

R. ORTEGA Y FRÍAS

LAS JUSTICIAS DE FELIPE II



LA NOVELA ILUSTRADA
REVISTA SEMANAL = NUMERO 316

TOMO QUINTO
35 CÉNTIMOS =

2-3-60 GOL/11

R. 43.114
BIBLIOTECA
MADRID
1001/41
Ramón Ortega y Frías

Las justicias de Felipe II

TOMO QUINTO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguénief.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Mefistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La pena del muerto, por Q. Couch.
- 367 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 173.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia, Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordón Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué.
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 290 a 293.—Lesage, Gil Blas de Santillana.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El noventa y tres. 38.—El hombre que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. (Agotado el primero.)—284.—El Año Terrible. 301.—El rey se divierte, Ruy Blas, Hernani. Angelo, tirano de Padua. 302.—Cromwell. María Tudor.

Colección Tolstói.

- 44.—Resurrección. 45.—La guerra y la paz. 46.—La sonata de Kreutzer. 47 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. duTerrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de

las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La cárcel de mujeres.—96. Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

180 a 188.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos. 139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos. 308 a 311.—El peluquero del Rey. 312 a 317.—Las justicias de Felipe II.

Mayne Reid

159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negrero. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas del bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros. 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos. 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos. 204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos. 210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lucrécia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares. 209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Diablo cojuelo. 241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras. 244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes. 248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bazarías de Belisa. 249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado. 250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz. 254.—Romancero del Cid. 256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra. 259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



Las justicias de Felipe II

CAPITULO XXVI

EL CRIMINAL SE CONSIDERA PERDIDO

Don Juan, tan turbado por la sorpresa como por el miedo, respondió:

—A nadie busco... Es que...

—Ibais á entrar en esta casa.

—Os equivocais.

—Sí, porque lo he visto.

—Me llamó la atención que á estas horas estuviese abierto y hubiese luz, y me detuve... Nada más... Que Dios os guarde—dijo don Juan con voz insegura.

Y dió media vuelta para alejarse; pero el corchete, que debía ser muy suspicaz, acabó de salir y puso la diestra sobre un hombro del señor de Guevara, y le dijo:

—Esperad.

—¡Oh!... ¿Qué hacéis? ¿No veis que soy un caballero?... Apartad, porque vuestra osadía puede costaros muy cara.

—Cumpló mi deber.

Iba á replicar el traidor; pero el alcalde, que de un lado para otro andaba haciendo observaciones para recoger detalles, llegó á la puerta, oyó aquellas voces, se asomó y dijo:

—¿Qué es eso?

—Este caballero que iba á entrar—repuso el alguacil—, y al verme se ha detenido y quería irse, y... Mírelo vuestra señoría... Yo no quisiera faltarle al respeto; pero ello es que quería entrar y que parece muy alterado.

Sintió don Juan como si se helase su sangre. ¿Qué significaba allí la presencia de la justicia?

Esto, después del aviso que le había enviado el señor Antolín, tenía muchísima importancia.

Era indudable que algún suceso gravísimo había tenido lugar en aquella casa.

La situación era doblemente crítica para el señor de Guevara porque no había tenido tiempo para reflexionar, y porque tendría que responder á las preguntas del alcalde sin poder calcular lo que le convenía.

—Al pasar por aquí—dijo—vi esta casa abierta y luz; y, como era natural, estas circunstancias me llamaron la atención y me detuve sin darme cuenta de lo que hacía...

—Perdonad—interrumpió el alcalde, que había conocido al señor de Guevara—, pero no puedo permitir que os alejéis.

—¿Y con qué derecho detenéis á los transeuntes pacíficos que no tienen que ver con lo que aquí sucede?

—La justicia que te detener á todo el mundo cuando lo cree necesario para cumplir sus deberes.

—Os advierto...

—Otra vez os pido perdón, señor de Guevara.

—¿Me conocéis?

—Sí, caballero.

No faltaba más que esto para que don Juan acabara de turbarse.

—Pues bien—repuso—, puesto que me conocéis...

—Entrad.

—Pero...

—En nombre del rey—dijo gravemente don Diego.

Y presentó la vara de la justicia, que de la diestra no dejaba sino para acostarse.

Temeroso de comprometerse con alguna palabra indiscreta, creyó don Juan que lo más conveniente era callar y obedecer hasta que el

alcalde le diese algunas explicaciones para formar idea de aquella extraña situación.

—En nombre del rey me intimáis, y obedezco—dijo.

—Venid.

En la casa entró el caballero.

Vió más alguaciles que iban y venían.

—Sentáos, don Juan—dijo don Diego cuando estuvieron en la habitación cuya ventana daba á la calle.

El caballero envainó la espada, dejó la linterna, y se sentó.

Densa palidez cubría su rostro.

Hacía grandes esfuerzos para dominar su violenta agitación.

Nunca como entonces había necesitado de toda su habilidad para fingir.

El alcalde lo miraba muy atentamente, y después de algunos minutos le preguntó:

—¿Sabéis quién habita en esta casa?

No pudo el buen Pantoja hacer pregunta más terrible.

Comprendió don Juan que de su respuesta dependía su salvación, y no podía tomarse tiempo para reflexionar, porque hubiese sido sospechosa su vacilación.

Tenía que jugar el todo por el todo, y confiando en su ingenio y en su astucia para salir después de cualquier apuro, contestó:

—Sí; aquí habita, ó por lo menos ayer habitaba, un hombre que ha sido soldado y que se llama Antón Cañamero.

—¿Vivía solo?

—En compañía de una joven á quien había amparado.

—Me felicito por la casualidad de haberos encontrado esta noche, caballero; pues veo que podéis dar noticias que serán muy útiles para que la justicia proceda con acierto.

—Yo también me felicito, señor Pantoja; pero me parece que ante todo debíais tomaros la molestia de decirme lo que ha sucedido en esta casa.

—Veo que os interesa la suerte de Antón Cañamero y de su protegida.

—Es un hombre muy honrado.

—Entonces no comprendo por qué de largo queráis pasar y asegurábais que solo por casualidad os habéis detenido.

—Estoy fatigado; deseaba descansar, y quise evitarme estas molestias, sin perjuicio de averiguar después lo que había sucedido.

—No debe ser grande el interés que teneis por Antón.

—No mucho, esta es la verdad, pues no pasa de ser el que á todos nos inspira la gente honrada.

—¿Y dónde ibais por aquí á estas horas?

—Don Diego, me parece que no estoy obligado á dar á nadie cuenta de mis particulares asuntos, de lo que pertenece á mi vida privada.

—Equivocado estáis, y lo siento mucho, y vuestro error consiste en haberos olvidado de que soy, no don Diego de Pantoja, sino un alcalde de Casa y Corte, y que represento al rey y en nombre del rey os pregunto.

—Con mucha dureza me tratáis.

—Con la gravedad y la severidad que es propia de la justicia.

—Señor de Pantoja...

—Señor alcalde direis, si os parece bien.

—¡Oh!...

—¿Adónde ibais por aquí?

—A mi casa.

—¿De dónde veníais?

—De la casa de don Carlos de Saavedra, donde he cenado en compañía de otros caballeros.

—No es este el camino para ir desde la casa de don Carlos á la vuestra.

—¿Y no puedo tener por estos sitios algún otro asunto reservado, como lo son casi siempre los de amor?

—Sí, es posible.

—¿Y estoy obligado á revelar esos secretos, comprometiendo la honra de una mujer?... Mucho pedís, señor alcalde, mucho pide el rey á un caballero que sabe cumplir sus deberes.

—Si he pedido mucho le veremos después. Ahora decidme cuanto sepáis de Antón Cañamero y su protegida.

—Pues no sé nada de particular.

—¿No tiene padres esa joven?

—No.

—¿Los había perdido, ó es que no los conocía?

—No los conoce.

—¿Y teníais algunas relaciones ó trato con los habitantes de esta casa?

—Una sola vez he hablado con ellos, y por casualidad, pues sucedió que pasando por aquí me acometió un desmayo, un mareo, un trastorno de esos que no tienen explicación, y Cañamero y su protegida me socorrieron muy cariñosamente. Esto dió ocasión para que hablásemos

de la desgracia de la pobre niña, desgracia que consiste particularmente en no haber conocido á su padre.

—¿Hace mucho tiempo que eso sucedió?

—Ayer por la mañana, ó si he de hablar con más exactitud, antes de ayer, pues ya debemos considerár que pasó la noche y es un nuevo día.

—¿Y después?

—No he vuelto á ocuparme de los habitantes de esta casa.

El alcalde guardó silencio y empezó á pasearse por la habitación.

Don Juan de Guevara, cuyos temores aumentaban por momentos, preguntó:

—¿Puedo ya saber lo que ha sucedido en esta casa y por qué me interrogáis tan minuciosamente?

—¿Acaso lo ignoráis?

—Os juro que sí.

—Es extraño.

—Así es, por extraño que os parezca.

—¿No sabéis si algún enemigo tenía Cañamero ó su protegida?

—No.

—¿Conocéis un hombre, un bribón intrigante, un perdido que se llama Antolín, y que habita en una posada de la calle de Segovia?

Esta pregunta fué otro golpe terrible para don Juan; pero tampoco quiso detenerse para responder, y dijo:

—No lo conozco.

—Pues hay quien asegura que os visitaba.

—Quien tal diga, miente.

—Es posible, porque al fin son voces vagas... Paciencia... No me decís nada que pueda servirme de guía para esclarecer los sucesos.

—Lo siento mucho.

—En esta casa hemos encontrado lo siguiente: un hombre con el cráneo dividido y muerto; otro muy mal herido de una estocada en el pecho, tan mal herido, que agonizando está, y ambos, si hemos de juzgar por las apariencias, son dos bandidos.

—Eso es horrible.

—Os advierto que ya no soy alcalde.

—Tiempo era, don Diego.

—Me perdonaréis; pero el cumplimiento de mi deber, la severidad de mi carácter...

—La justicia no puede ofender.

—Además, hemos encontrado con una puñalada en la espalda y también moribundo, al honrado Antón Cañamero...

—¡Ahl...

—¿Qué opináis de este crimen?

—Acabad, y...

—Nada más hemos encontrado, absolutamente nada más.

—Pero la protegida de Antón...

—Ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido!—exclamó don Juan poniéndose en pie como impulsado por un resorte.

—Sí.

—¡Dios misericordioso!

—Sólo un vecino declara que oyó gritar, y que al asomarse distinguió confusamente algunos bultos junto á la tapia del corral.

Lívido se había tornado el rostro del señor de Guevara.

Con tanta sorpresa como temor estaba fija su mirada en el alcalde.

¿Qué había de deducir de lo que había sucedido?

El miserable Antolín habíase anticipado, lo cual era una prueba de su mala fe, de su resolución de engañar al mismo á quien servía y le facilitaba los medios para cometer aquel abuso.

Fácil es comprender lo que sufriría don Juan en aquellos momentos.

Y si el alcalde no sabía más que lo que había visto, ¿por qué hablaba del señor Antolín?

Sobre este punto necesitaba el traidor claras explicaciones.

El alcalde lo miraba y decía para sí:

—Me parece que Quirós no se equivoca, y que el tal Antolín ha engañado á éste. De todas maneras necesito ponerme á cubierto por lo que pueda suceder, y que todo esté preparado, pues si el rey determina que se haga justicia sin ningún miramiento, me convendrá mucho tener cierta prueba.

—Una cosa no entiendo—dijo después de algunos momentos don Juan.

—Decid lo que es... Antes me permitiréis salir un momento... Esperad.

Y de la habitación salió el alcalde, hablando con uno de los alguaciles.

Volvió en seguida, y dijo:

—Preguntad, y si me es posible aclararé vuestras dudas.

—¿Qué tiene que ver en este asunto ese hombre á quien llaman Antolín?

—Que algunos vecinos lo han visto rondar por aquí, y les ha parecido hombre sospechoso.

— Pero no por eso había de conocerlo yo.

— Es que otra persona que por casualidad ha tenido noticia del suceso, habló también de ese Antón, y dijo que le parecía haberlo visto entrar en vuestra casa.

— Se ha equivocado.

— Muy fácilmente saldremos de dudas.

— Me parece, don Diego, que no hay duda posible cuando yo doy mi palabra como caballero.

— Vuestra palabra, don Juan, vale mucho para mí, para don Diego de Pantoja; pero no para el juez.

— ¿Quién es esa persona que tal cosa dice?

— No me está permitido revelar su nombre.

— ¿Y no han podido declarar los heridos?

— No, y temo que mueran sin pronunciar una palabra.

— ¿Los ha visto el médico?

— Sí, y opina lo mismo que yo.

— Entonces...

— Sin embargo, en estos casos no se puede responder de nada. Recordad lo que sucedió cuando tan gravemente hirieron al señor Antonio de Quirós.

— Es verdad—murmuró don Juan con voz alterada.

A este punto llegaban de la conversación, cuando uno de los corchetes se presentó y dijo al alcalde:

— Buscan á vuestra señoría.

— Voy al momento.

— Yo también me retiro á descansar—dijo el señor de Guevara.

— Esperad aún.

— Os recuerdo que me he pasado la noche sin dormir.

— Conviene que esperéis.

Salió el alcalde.

Pocos minutos después volvió con el señor Antonio.

El traidor no pudo contener una exclamación de sorpresa y de miedo.

Se consideró perdido.

Temblaba, y su palidez se hacía más densa.

El noble hidalgo fijó una mirada de desdén profundo en su rival, y se sentó sin decirle una palabra.

Aquella situación era demasiado violenta.

Silencio guardaron los tres.

El alcalde se paseaba y parecía muy preocupado. Así transcurrieron diez minutos, que diez siglos le parecieron á don Juan de Guevara.

Otra vez llamó uno de los alguaciles al alcalde, que salió.

Solos quedaron y frente á frente el señor Antonio y don Juan.

Este miraba á las paredes y al techo, y sin cesar cambiaba de postura.

¿Qué debía pensar del extraño proceder del alcalde? No se lo explicaba.

¿Por qué lo detenían?

Era indudable que lo consideraban como complicado en aquel asunto.

El señor Antonio rompió el silencio para decir:

— Os ha engañado vuestro cómplice...

— ¡Señor Quirós!...

— Escuchad.

No se atrevió á replicar el señor de Guevara.

El hidalgo prosiguió diciendo:

— Os ha engañado; pero esto no probaría vuestra inocencia, puesto que vos habíais trazado el plan de que vuestra hija desapareciese. De todas maneras se hubiera consumado el abuso; pero ahora, á merced vuestra hija de ese miserable que devorado por una pasión impura...

— ¡Oh!...

— A mí me responderéis de lo que á vuestra hija suceda, don Juan; á mí me responderéis y no á la justicia, porque este crimen no os lo perdonaré como el que me puso á los bordes de la sepultura... ¿Lo entendéis, señor de Guevara?

— ¡Ah!—exclamó el criminal. — Por la salvación de mi alma, os juro...

— Ya he dicho que vuestro cómplice os ha engañado, y por consiguiente, no he de creer que en vuestro poder está la noble y desgraciada criatura que es testimonio de vuestros criminales extravíos. Vuestra historia conozco, don Juan, y por vuestra hija, sólo por ella, quiero que os libréis de morir á manos del verdugo; pero á tal extremo lleváis vuestros abusos, vuestra iniquidad, que al fin, mal que me pese...

— No, no haréis tal cosa, señor de Quirós... Dad otra prueba de vuestra generosidad, y yo la pagaré ayudándoos á buscar á mi hija, y reconociéndola y haciéndola feliz en cuanto me sea posible... He sidro criminal, me había cegado una pasión; pero estoy arrepentido, os lo juro.

— ¡Miserable!—murmuró desdeñosamente el hidalgo.

— Sí—dijo con angustioso tono el criminal— soy un miserable indigno de vuestra consideración; pero pensad en mi pobre hija, que es un ángel, y...

—No, no me engañaréis.

—Os juro...

—Basta... Quisisteis asesinarme, sois también el asesino del honrado Antón, y habéis dado al más criminal de los hombres todos los medios para que se apodere de vuestra hija. Y aunque yo os perdonase, ¿creéis que es posible que os perdone también el hombre que ama á vuestra hija?

—No lo espero.

—Vuestro arrepentimiento no es verdad, porque hace pocas horas os ocupábais en cometer este abuso. ¿Desde cuándo estáis arrepentido? Mirad lo que hacéis. Yo no agravaré vuestra situación; pero es posible que vos mismo busquéis vuestra perdición.

Y al decir esto el hidalgo, se puso en pie y salió del aposento.

Ya empezaba á sonreír la aurora.

El señor de Guevara se pasó las manos por la frente.

Sus ideas eran confusas.

Media hora transcurrió.

Presentóse el alcalde.

—Podéis—dijo—volver á vuestra casa y descansar. Os he detenido por si declaraban los heridos; pero no dan señales de vida, como no sea por su respiración.

—Que Dios os ilumine para hacer justicia.

—Y á vos os proteja, don Juan.

Salió de la casa el caballero.

Su aturdimiento era cada vez mayor.

Alejóse con pasos vacilantes.

—¿Debo considerarme perdido?—murmuró. Llegó á su casa, sorprendiéndose al ver que la puerta abría su cocinera.

—¿Y José?—preguntó don Juan.

—¡Ay!—exclamó la criada.—Antes que amaneciese vino la justicia...

—¡La justicia!...

—Y se llevó al pobre José... ¿Qué delito puede haber cometido?... Yo hubiera jurado que era el hombre más honrado del mundo... Los alguaciles no quisieron dar explicaciones... ¡Jesús nos valga!

La criada siguió hablando y lamentándose.

—Don Juan había quedado inmóvil.

—No veía ni oía.

La prisión de su criada tenía muchísima importancia.

Después de algunos minutos fué á su habitación.

Sin darse cuenta de lo que hacía, dejó la espada, la capa y el sombrero.

Se sentó.

Apoyó los codos en una mesa, y la frente en las manos.

Era inútil que en aquellos momentos se esforzase para cavilar, pues su cerebro era un caos.

Entre tanto don Diego de Pantoja se encaminó á la cárcel y entró en un calabozo donde se encontraba el pobre José.

—¡Señor!—exclamó éste—soy un hombre honrado.

—Tranquilizaos, que vuestra honradez nadie la ha puesto en duda—le dijo el alcalde.

—¿Por qué me han traído aquí?

—Porque ha sido preciso para hacer justicia, yaquí no estaréis muchas horas si decís la verdad.

—Nunca he mentado, señor, ni mentaré por nada del mundo.

—Ahora lo veremos.

—Pregúnteme vuestra señoría.

—¿Visitaba á vuestro señor un hombre llamado Antolín?

—Sí, señor alcalde.

—¿Iba con mucha frecuencia á vuestra casa?

—Todos los días, y ayer tarde estuvo también.

—¿Sabéis de qué clase de asuntos trataba con vuestro señor?

—Lo ignoró—respondió José con ese acento inequívoco de la verdad.

—¿Tampoco lo sospechais?

—No, porque como no soy curioso, no me he tomado la molestia de pensar en semejante asunto. Mi señor me había mandado que á cualquier hora recibiese al señor Antolín, y yo cumplía esta orden sin meterme en más.

—Vuelvo á deciros que os tranquilicéis, porque antes de dos ó tres horas estaréis en libertad.

—Es que en este sitio me ahogo, y...

—Comprendo que para un hombre honrado no hay nada más horrible que la cárcel; pero es preciso, y sufrid con paciencia, porque así lo exige la justicia.

Ni más dijo, ni más escuchó don Diego.

Del calabozo salió, volviendo á la morada del veterano.

Algo se había despejado éste, y gracias á su organización vigorosa, pudo declarar, diciendo lo único que podía decir, y preguntando ansiosamente por Consuelo.

Presentes se encontraban el señor Antonio y Leandro, y el primero le dijo al veterano:

—No habéis más, que no es menester, puesto que yo sé mucho más que vos.

—Pero mi hija...

—Yo velo por su suerte.

—¿Dónde está, dónde?

—De esta casa la han sacado; pero...

—¿Quién?—preguntó el veterano con una energía que no podía concebirse en el estado en que se encontraba.

—Señor Antón, si no tenéis confianza en mí...

—Ciega, ya lo sabéis; pero...

—Ahora no debo daros más explicaciones, y si queréis favorecer á la pobre niña á quien tan generosamente habéis amparado, no caviléis, esforzáos para recobrar la calma en cuanto es posible, en la seguridad de que se hará justicia.

—No moriré—murmuró el veterano—porque aún he de vengar á esa inocente criatura; pero hacéis mal en no decirme todo lo que ha sucedido, porque las dudas me atormentan mucho.

—Después hablaremos y lo sabréis.

—Salvad á Consuelo, y que Dios os bendiga.

Como el criminal herido no podía declarar, el alcalde dispuso que allí quedase bien vigilado, dejando á cargo del señor Antonio el cuidado de Cañamero.

Una hora después el noble hidalgo salía también de la casa, dirigiéndose al alcázar real.

¿Qué determinaría Felipe II?

No es fácil adivinarlo.

CAPITULO XXVII

FELIPE II HACE JUSTICIA

Cuando las conmociones son muchas y demasiado violentas, se produce siempre un estado moral muy semejante al estoicismo, y llega un momento en que los peligros mayores, hasta la muerte, se miran con indiferencia.

Habíase convencido don Juan de Guevara de que era impotente para luchar con las circunstancias, y aceptó al fin su situación.

Si su salvación era imposible, ¿por qué no había de morir luchando y haciendo mal á sus enemigos?

No había término medio, y por consiguiente era preciso resignarse á morir ó triunfar por completo.

El desenlace dependía de una circunstancia cualquiera, y por consiguiente era preciso dejar que los sucesos se presentasen, aprovechando las ocasiones que favorables fuesen.

—Para vivir como vivo—dijo don Juan—, es preferible la muerte.

Y en un instante recobró la energía, volvió á ser lo que siempre había sido, sin más diferencia que la de sentirse con valor para todo, y pudo entonces examinar la situación y discurrir con claridad.

Su cerebro se había despejado.

Ya no eran sus ideas confusas.

¿No le quedaban medios para defenderse y hacer mal á sus adversarios?

Sí, aún contaba con muchos recursos.

—El que nada arriesga nada puede ganar—dijo.

Y con una audacia que parecía inverosímil, dispúsose á ir á palacio; pero cuando á salir iba, su criado se presentó.

—¡Ahl— exclamó el criminal! — ¡Ya estás libre!...

—Y mentira me parece, señor.

—A mí también.

—Os aseguro que he sufrido...

—Ya lo sé; pero ante todo, dime lo que te ha pasado, por qué te han llevado preso, y cómo es que te han dejado tan pronto en libertad.

—El señor alcalde don Diego de Pantoja es un hombre muy recto. Yo creí que á la cárcel me llevaban; pero no sucedió así.

—¿Pues dónde has estado?

—En la misma casa de don Diego.

—¿En su casa!...

—Lo único que quería era que yo declarase, y como lo hice de buena voluntad, me ha tratado muy bien.

—¿Qué te ha preguntado?

—Si os visitaba alguna vez un hombre llamado Antón.

—¿Y qué has respondido?—preguntó ansiosamente don Juan.

—Aunque no tengo conocimiento de vuestros asuntos, me pareció que quizás no os convendría que nadie supiese lo que hacíais en vuestra casa.

—¡Oh!... Mis enemigos no perdonan medio para hacerme mal.

—Contesté que nunca había visto á semejante hombre, ni de él tenía noticias, y aunque don Diego me mandó que jurase, lo hice sin escrúpulo de conciencia, pues el criado tiene la obligación de hacerlo todo por sus amos, que están en lugar de sus padres; y como los padres ocupan el lugar de Dios en este mundo, claro es que... En fin, señor, no acierto á explicarme,

porque soy muy rudo; pero yo me entiendo, y vos debéis entenderme también. Si al jurar he pecado, cuando confiese me impondrán la penitencia y me absolverán.

—Discurres como hombre juicioso, y sobre todo me complace mucho tu lealtad. Cuenta con la recompensa que mereces, con mi protección más desmedida, y...

—Señor, no soy ambicioso, ya lo sabéis, y bien recompensado estoy con la satisfacción de haber cumplido mi deber. No tengo queja del señor don Diego, pues repito que me ha tratado muy bien, y debió quedar convencido de que yo decía la verdad, porque no me hizo más preguntas, y me dijo que podía volver a casa para cumplir mis obligaciones.

Esto era cuanto don Juan necesitaba para recuperar la calma por completo, pues mientras no hubiese ninguna prueba de que estaba en relaciones con el señor Antolín, sería también imposible probar que tenía parte en el abuso de que fueron víctimas Consuelo y Antón.

El fuego de la más viva alegría brilló en los ojos del criminal.

Ya no le tenía miedo al señor Antonio de Quirós, y se reía de Leandro, y estaba dispuesto a cometer toda clase de abusos para realizar sus planes.

Lo había engañado el señor Antolín; pero en último caso, ¿qué le importaba?

Bien pensado, no le hacía ningún mal.

Consuelo había desaparecido, y esto era lo que le interesaba a don Juan.

Y para guardarse de él, lo mismo que de la justicia, el señor Antolín tendría buen cuidado de ocultarse.

Verdad es que la pobre niña, en poder de aquel miserable, había de ser víctima del más horrendo de los abusos; pero esto no mortificaba al traidor.

En el arrebato de su alegría, sacó algunas monedas de oro y se las entregó a José.

Este aceptó el regalo, no para satisfacer su codicia, sino para no hacerse sospechoso.

Acababa de mentir, pero obligado por las amenazas del alcalde, que le devolvió la libertad condicionalmente.

José era muy honrado y no podía servir para secundar las iniquidades de su señor.

Pidió éste la comida, porque ningún alimento había tomado.

Cuando acababa de reparar sus fuerzas, reco-

brando por completo el valor, refase del miedo que lo había trastornado.

—La pícara cobardía es la que me pone en estos apuros—decía.

Al acabar de comer fueron a decirle que el rey lo llamaba.

Don Juan se estremeció.

Se arrugó su entrecejo.

Empero luego dijo:

—¿Y por qué he de temblar?... El rey se en-
vanece con su severidad para hacer justicia, y no me condenará sin pruebas, y como pruebas no existen, seguiré burlándome de mis enemigos.

Presurosamente se encaminó al Alcázar Real, y apenas llegó fué recibido por el monarca.

—Que Dios os guarde—dijo éste con dulzura, desplegando una leve sonrisa.

Esta circunstancia alentó más y más al señor de Guevara, que sonrió también, pronunciando palabras muy respetuosas, y diciendo luego:

—Señor, espero las órdenes de vuestra majestad.

—Estáis pálido y ojeroso... ¿Se ha quebrantado vuestra salud?

—Es perfecta, señor, y mi palidez reconoce por causa la falta de sueño. Anoche se empeñó don Carlos Saavedra en que lo acompañase a cenar con algunos amigos, y como todos tenían buen humor y la conversación era muy alegre, las horas se pasaron sin sentir y he vuelto a mi casa al amanecer.

—Dichoso vos que podéis entregaros a esas inocentes expansiones; los reyes somos esclavos de nuestros deberes. Mientras vos cenábais con vuestros amigos y proporcionábais así a vuestro espíritu descanso, yo tenía que ocuparme de muy desagradables negocios.

—Siento que vuestra majestad se vea privado del reposo de que sus vasallos disfrutan.

—He hecho descubrimientos de mucha importancia, y para que los conozcáis os he llamado.

—Tanto me honra vuestra majestad...

—Soy justo.

—Señor...

—No habréis olvidado el criminal extravío de los que se habían conjurado para favorecer a los rebeldes flamencos.

—¿Cómo había de olvidarme de asunto de tanta gravedad? Pero mi desgracia ha querido...

—Habéis hecho cuanto era posible, y culpa

vuestra no ha sido que las circunstancias estorben terminar este asunto con la prontitud que yo deseaba. La situación ha cambiado, y como soy justo, quiero cumplir mis promesas con toda exactitud. Ya no tengo duda de la existencia del papel firmado por don Pedro de Carvajal, pues sé positivamente que se encuentra en manos de la viuda de Vargas.

—¡Ah!...

—Hay una circunstancia que no acierto á explicarme. Vos habéis visto en ese documento la firma del conde de Noringens.

—La he visto, señor.

—No es posible que sobre ese punto os hayáis equivocado.

—No, no es posible.

—Y sin embargo, la firma del conde ha desaparecido.

—¡Que ha desaparecido!—exclamó con tono de profunda sorpresa don Juan.

—Sí.

—No lo entiendo, señor.

—Yo tampoco; pero ante la evidencia no hay duda.

—¿Y la firma de don Pedro?

—En el papel está, y allí dice: «declaramos», lo cual prueba que eran muchos los que hacían la declaración y debían firmar.

—Como firmó el conde cuando llegó á la frontera, devolviendo el papel á Carvajal, y éste me lo enseñó, y vi su firma y la del conde...

—Averigüemos si hay alguna substancia con que pueda hacerse desaparecer la tinta del papel sin que queden señales, ni mancha, ni nada que indique que allí se escribió, pues este descubrimiento tendría muchísima importancia.

—Dudo que tal cosa pueda hacerse.

—De todas maneras, lo más interesante lo tenemos, puesto que no ha desaparecido la firma de don Pedro de Carvajal, y lo único que me falta es que venga á mi poder el documento.

—Sabiendo donde se encuentra la viuda de Vargas...

—Nada conseguiré con mandarle que el documento me entregue.

—¿Se atreverá á desobedecer la orden de vuestra majestad?

—Probablemente, aunque con la más noble intención, y por si acaso, he de esperar una ocasión propicia.

—De todas maneras, resulta...

—Que don Pedro conspira y que á vos se

debe el descubrimiento de la conspiración. Ofrecisteis presentar la prueba, y aunque materialmente no lo hayáis hecho así, la prueba existe y sé dónde está, y, por consiguiente, debo considerar que habéis cumplido el ofrecimiento.

—Así me parece; pero...

—Don Juan, os prometí una recompensa.

—Ninguna merezco por haber cumplido mi deber.

—Quiero hacer justicia, y si á don Pedro de Carvajal no impongo inmediatamente el castigo que merece por su traición, es porque no está en mis manos la prueba, y tendría derecho á decir que se había cometido una injusticia.

—Tan escrupuloso es vuestra majestad...

—Así ha de ser la justicia, don Juan.

—Verdad es, que como á veces engañan las apariencias, no debe castigarse sin tener pruebas claras y terminantes del delito.

—No basta que el juez esté convencido, sino que es preciso para fallar convencer también al delincuente.

Estas severas teorías, en boca del monarca, tranquilizaron más y más al traidor.

¿Qué debía temer si no había pruebas de sus crímenes?

Felipe II, siempre con la misma dulzura, dijo:

—Los hombres tan leales como vos, son los que más cerca deben estar de mi persona.

—No he merecido...

—Más merecéis de lo que os daré, y lo que hago es justicia, entendedlo bien, justicia no más.

—Señor, mi pequeñez, mi...

—Tomad—interrumpió el monarca.

Y cogió un papel que sobre la mesa había y se dignó alargarlo al señor de Guevara.

Este lo tomó.

—Leed—le dijo el rey.

Obedeció el criminal, encontrándose con que se le nombraba gentil hombre de la cámara de su majestad, es decir, que se le concedía uno de los empleos que en aquella época sólo se daban á los más ilustres personajes, á los miembros de la alta nobleza.

¡Gentil hombre del rey!

Esto era demasiado, era inconcebible, casi inverosímil.

Temblaba don Juan mientras leía.

Sus ojos relumbraron.

—¡Ah!—exclamó.—¡Señor!...

—Cumplid vuestros deberes y... nada más por ahora... He principiado á hacer justicia;

pero no he concluído .. Que Dios os guarde, don Juan.

Tan trastornado estaba el criminal por la alegría, que no comprendió el valor inmenso de las últimas palabras de Felipe II.

No podía pronunciar una palabra sin faltar al respeto y á las leyes de la etiqueta, y salió de la cámara real.

Atravesó los salones henchido por el orgullo, con la cabeza erguida y altivo el continente.

Su triunfo ni podía ser más completo ni más satisfactorio.

¡Qué emociones tan distintas en pocas horas!

En una galería se encontró con el noble hidalgo y lo miró como si lo provocase; pero el señor Antonio desplegó una sonrisa que lo mismo podía ser de lástima que de burla ó desprecio.

—Ahora—decía el criminal—don Luis de Guzmán tendrá que cumplir su promesa, puesto que ya tengo el empleo, ya ocupo la posición que halaga su amor propio, soy un verdadero personaje y estoy en el camino de la fortuna.

A su casa volvió don Juan porque necesitaba recobrar el sosiego. El exceso de alegría produjo en él tanta agitación como poco antes el miedo.

Descansó.

Meditó muy detenidamente y quedó convencido de que su situación era la más risueña y la más ventajosa.

Quizás el señor Antonio había hablado con el monarca del asunto de Consuelo; pero como no podía presentar ninguna prueba, nada había de conseguir.

Mucho le hizo cavilar al señor de Guavara lo que el rey le había dicho de que el terrible documento no tenía más firma que la de Carvajal.

¿Cómo pudo asegurarlo?

¿De quién se había servido para llegar á conocer estos detalles?

¿Y por qué guardaba tantos miramientos á la viuda de Vargas?

Todo esto era demasiado oscuro y además hubiera sido motivo de temor para don Juan si la alegría no lo trastornase.

A las dos de la tarde se puso su mejor ropa, salió de su casa y fué á la de don Luis de Guzmán.

—¿A qué debo vuestra visita?

—Esta visita, como otras muchas—respondió don Juan, tiene por principal objeto la satisfacción inmensa de saludaros.

—Gracias, caballero.

—Además hemos de hablar de un asunto de gran interés para mí.

—No adivino—respondió gravemente el padre de doña Luz.

—No debéis haber olvidado vuestras promesas, don Luis.

—Lo que prometo no lo olvido.

—Aspiré á la honra sin igual y á la dicha inapreciable de ser esposo de vuestra hija.

—Lo recuerdo perfectamente.

—Su mano os pedí.

—Y os la concedí con una condición.

—Pues bien, esa condición está cumplida.

Don Luis de Guzmán miró de pies á cabeza al traidor, y guardó silencio.

Aunque ligeramente, se contrajo el rostro de don Juan; pero disimuló su disgusto y con el mismo tono que antes, dijo:

—Ya he conseguido el empleo que solicité.

—Os felicito.

—Y por cierto que su majestad se ha mostrado excesivamente generoso.

—Peor para vos.

—¿Peor...

—Sí—repuso el señor de Guzmán—, peor, porque las generosidades de nuestro rey ocultan siempre algo terrible. Lo mismo sucede con sus sonrisas, que son siempre precursoras de resoluciones que espantan.

Se estremeció don Juan.

Fijó una mirada penetrante y excudriñadora en don Luis, y dijo:

—Con poco respeto habláis de su majestad.

—Decídselo, que yo cuidaré de defenderme.

—No soy delater, don Luis.

El padre de doña Luz se encogió de hombros.

El señor de Guavara empezó á palidecer.

No pudo ya dominarse, y preguntó:

—¿Qué significa vuestra conducta extraña?

—¿Y qué es lo que de extraño encontráis en mí?

—La frialdad con que me habláis, vuestras contestaciones...

—Digo lo que siento, y si en mis palabras hay algo que pueda ser ofensivo, el ofendido no sois vos, sino el rey.

—Sin embargo...

—Continuad, señor de Guevara, porque os lo vidáis del principal asunto.

—Continuaré.

—Vuelvo á escuchar.

—La mano de vuestra hija me habéis prometido, y asegurada quedó la promesa con vuestra fe de caballero.

—Es verdad.

—Pusísteis una condición, la de que yo consiguiese un empleo de cierta importancia en palacio.

—¿Y ya lo tenéis?

—Su majestad me ha nombrado su gentil hombre, y me parece que más no podéis pedir.

—Es bastante.

—Entonces...

—Escuchad vos ahora, don Juan.

—Decid.

—Me gustan los negocios claro.

—En éste no hay oscuridad.

—¿Por qué os ha nombrado el rey gentil hombre?

—Porque ha querido favorecerme, porque le he dado pruebas de mi lealtad, y ha creído que yo merecía tan honrosa distinción.

—¿Nada más que por eso?

—¿Y os parece poco?—replicó don Juan, á quien empezaba á disgustarle mucho aquel interrogatorio.

—No debe ser poco cuando el resultado prueba que es mucho; pero yo deseaba saber en qué consistían esas pruebas de lealtad, pues mucha importancia deben tener cuando por ellas se os ha concedido tan elevado puesto.

—Hay cosas que no tienen fácil explicación, y cuya importancia depende de la manera de apreciarlas.

—Es verdad.

—Otras hay que no pueden decirse, porque son de carácter reservado.

—Comprendo.

—Pero me parece que el resultado es lo que importa.

—Sí, sois gentil hombre y no debo mirar más.

—La condición está cumplida.

—Y falta que también yo cumpla mi promesa.

—Así lo espero.

—Don Juan, asegura mi hija que tiene muy graves razones para rechazar vuestra mano.

—¿Y qué razones son esas?

—No las conozco.

—Pues entonces...

—Le preguntaré y ella contestará.

—Yo puedo decirles: esas razones no son más

graves que el amor con que la ha trastornado mi rival.

—Quirós—murmuró don Luis.

—Y á pesar de vuestra vigilancia todas las noches penetra en esta casa el hidalgo, con mengua del honor de vuestra hija...

—Eso no.

—Eso sí—repuso enérgicamente don Juan—; eso sí, porque yo lo he visto.

—¡Oh!...

—Ese es el inconveniente que se opone á la realización de mi dicha; ese es el gran obstáculo, esas son las razones que tiene doña Luz para rechazar mi mano.

—Si eso fuese verdad...

—Sucedería lo que siempre ha sucedido.

—Pronto saldremos de dudas, don Juan.

—Sí, pronto podremos salir, si queréis llamar á vuestra hija.

—¡Oh!—murmuró rudamente don Luis.—Ni mi hija me conoce, ni vos tampoco; pero por vuestra desgracia llegará un día en que me conozcáis. Esperad, señor de Guevera, y tened calma como yo la tengo.

Ni más dijo entonces don Luis, ni quiso escuchar.

Llamó y le dijo á un criado que fuese en busca de doña Luz.

Muy pocos minutos después se presentó la joven, grave, tranquila, y tan bella como siempre.

CAPITULO XXVIII

MAS JUSTICIAS

La suerte de don Juan iba á decidirse.

Doña Luz miró rápidamente y con desdén profundo á don Juan de Guevara, sin dignarse saludarlo más que con un movimiento de cabeza.

—Padre y señor—dijo—, vuestras órdenes espero.

—Sentáos—respondió don Luis.

La joven obedeció, quedando inmóvil y silenciosa.

—Debéis recordar—dijo el noble caballero—, que vuestra mano prometí á don Juan de Guevara.

—Lo recuerdo.

—También sabéis que para hacer la promesa impuse una condición.

—Lo sé.

—Pues bien, don Juan acaba de ser nombra-

do gentil hombre de la cámara de su majestad.

—También lo sabía.

—¡Que lo sabíais!...

—Hace mucho tiempo.

—Perdonad—dijo el señor de Guevara—, pero no podíais saber lo que no había sucedido, sino solamente que su majestad me había prometido darme un empleo.

—Yo tenía la seguridad de que os lo daría como recompensa á los servicios que le habéis prestado.

—¿Y qué deducís de eso, doña Luz?

—Nada—contesto fríamente la joven.

—Os habéis negado á ser esposa de don Juan—repuso don Luis.

—Y me niego, y si se intenta violentarme, al rey acudiré, pidiéndole amparo, pidiéndole justicia, y justicia hará.

—Bien estaría eso si vuestra negativa pudiérais fundarla en graves razones; pero cuando se trata de un caballero de ilustre cuna y honrado con el empleo que se le ha concedido...

—Pero bien sabe el rey por qué ha hecho esa concesión, y bien sabe que en vez de una honra ha patentizado así que el noble caballero es el más digno de los hombres.

—¡Señora!—exclamó Guevara, cuyo rostro se cubrió de mortal palidez.

—Sí—repuso enérgicamente doña Luz—, ese empleo conque os envanecéis es el precio de vuestra traición; ese empleo es la bolsa conque recompensaron á Judas cuando vendió á su Divino Maestro.

—¡Por Dios vivol...

—Sí, don Juan, el papel de Judas habéis representado con don Pedro de Carvajal y el conde de Norringens cuando conspiraban en favor de los flamencos, y os fingísteis su amigo y su compañero para sorprender sus secretos, y como villano que sois os vendísteis.

Anonadado se sintió don Juan.

Temblaba á impulsos de la ira y del temor.

Inclinó la cabeza, porque no se atrevía á mirar frente á frente á doña Luz.

Esta prosiguió diciendo:

—Y lo que ahora digo, en presencia del rey lo diré, y el rey declarará que todo es muy cierto, y que ha pagado la traición porque útil le era; pero que desprecia al traidor, porque el traidor siempre es vil. ¿Y he de ser esposa de quien comete infamia tan horrenda? ¿He de llevar el nombre del miserable que su fortuna le-

vanta sobre la sangre de los que fiaron en su lealtad?... Antes consentiría morir... Pero no; mi noble padre, que es honrado, no puede querer que su sangre se mezcle con la sangre de los traidores.

—¡Impostura, impostura!—exclamó al fin don Juan.

—Tengo las pruebas.

—Presentadlas.

—Las presentaré, y además las de que sois un asesino.

—¡Señora!—gritó fuera de sí el traidor.

Y se puso en pie.

—Sí, el asesino sois del noble Quirós, y las pruebas tengo, lo repito, y esas pruebas presentaré, y á manos del verdugo moriréis... Pero no, porque os perdono, como el noble Quirós os ha perdonado; os perdono, siquiera para que en la apariencia honrado pueda heredar vuestro nombre la hija de vuestra seducción.

—¡Su hija!—exclamó don Luis.

—Sí, tiene una hija...

—Basta de ofensas—interrumpió don Juan—, basta de calumnias.

—Basta de hipocresía, de audacia, de cinismo.

—Temblad, y que vuestro amante tiemble, porque justicia pediré...

—Y justicia hará Felipe II.

—Salid—replicó el señor de Guzmán con concentrada voz—, salid, porque vuestra presencia me ofende.

—¡Oh!...

—Verdad es cuanto mi hija dice, y las pruebas he visto de que pagásteis asesinos para que quitasen la vida al señor Antonio de Quirós... Salid, salid.

—No se atrevió á resistir el señor de Quirós.

El pavor se había apoderado de su espíritu.

Con pasos vacilantes salió del aposento, y luego de la casa.

—Me vengaré, me vengaré—decía con ronca voz.

No se detuvo un instante.

Tomó por la cuesta abajo, y pocos minutos después entraba en el alcázar real.

Pidió ver al rey, lo cual se le concedió, con tanto más motivo cuanto que era un gentil hombre.

No le espereban nuevas desdichas, pero sí sorpresas que debían desagradarle mucho.

Poco antes se había mostrado Felipe II franco

y expansivo; pero ya debía ser, lo mismo que siempre, el hombre reservado, de alma impenetrable.

A don Juan miró por algunos momentos, y le dijo:

—Estais más pálido que antes, y muy agitado... ¿Qué os ha sucedido, caballero?

—Señor, vengo á pedir justicia.

—Me complacéis, porque el mejor servicio que podéis prestarme es proporcionarme ocasiones para hacer justicia.

—Ya lo se, y por eso acudo á vuestra majestad.

—Explicaos—dijo el monarca, cambiando de postura y volviendo á mirar al traidor.

—No ignora vuestra majestad que amo á doña Luz de Guzmán, que pedí su mano...

—Y que don Luis os la concedió con ciertas condiciones, que prueban las rarezas de su carácter. Todo eso lo recuerdo bien, y puesto que desde aquí iréis á ver al padre de doña Luz para reclamar el cumplimiento de su promesa...

—Así lo hice.

—¿Y se ha negado don Luis?

—Sí, señor.

—Si su negativa no la funda en motivos muy graves será preciso recordarle su obligación de cumplir lo prometido.

—El fundamento de su proceder es una ofensa grave, no solamente grave para mí, sino para vuestra majestad.

—Cosa extraña—murmuró Felipe II.

Y volvió á mirar al caballero.

Algo desconcertado se sintió éste al ver que con tanta calma hablaba el rey después de decirle que lo habían ofendido.

—Continuad—dijo el monarca.

—Doña Luz sabe que el empleo con que vuestra majestad me ha honrado es una recompensa por haber descubierto la conspiración. Y conoce todos los detalles de este asunto, y me ha llamado traidor, como si traición fuese la prueba de lealtad que he dado á mi rey; y me ha calificado de Judas, y ha dicho que si la traición puede ser provechosa, el traidor es siempre criminal y despreciable.

El monarca, que había inclinado la cabeza, la levantó, miró á don Juan y replicó:

—¿Todo eso ha dicho doña Luz?

—Más aún, señor—repuso el criminal con creciente arrebató—más aún.

—Sepamos.

—Que se creería deshonrada con mi nombre, que me desprecia, que soy un miserable...

—Las mujeres son terribles—respondió con calma el rey.

—Y como si todo esto no fuese bastante, me ha calumniado.

—Eso es más grave, y siendo como decís, sin miramiento alguno castigaré á doña Luz, pues la calumnia es la ruindad más abominable.

—Pruebas, señor, pruebas de las terribles acusaciones que contra mí se han lanzado—repuso el señor de Guevara—quiero pruebas y que se haga justicia.

—Justicia haré.

—Si soy criminal, que se me castigue.

—Sí, don Juan, porque la mano más dura para el castigo es la más generosa para el premio.

—Pero si esas acusaciones no se prueban...

—Los calumniadores sufrirán la pena que merecen.

—Clara y terminantemente ha dicho doña Luz que soy el asesino del señor Antonio de Quirós.

—Muchas cosas sabe la hija de don Luis.

—Y yo también sé muchas cosas.

—Decidlo todo.

—Esas noticias tan exactas que tiene doña Luz de lo que ha sucedido en el asunto de la conspiración, se las ha dado su amante, que en íntimas relaciones está con los conspiradores, y que es uno de esos hombres que pasan la vida averiguando secretos para convertirlos en armas terribles. Y como ese hombre me odia porque amo á doña Luz, y porque conseguí que su mano se me concediese, le ha hecho creer á ella que yo, arrebatado por los celos, pagué asesinos para que lo matasen. Una mujer está siempre dispuesta á creer cuanto le dice el hombre á quien ama; pero el absurdo de esta calumnia se encuentra al pensar que si ese hombre supiese que yo era su asesino, y si tuviese pruebas de mi crimen, ya me hubiera entregado á la justicia, ó por lo menos me hubiera buscado para pedirme cuentas de mi proceder.

—Así parece; pero como ese hombre tiene tan extraño carácter...

—Que presente las pruebas.

—No podemos pedirselas, porque se nos acusa.

—Todas las noches, y mientras duerme don Luis, el señor Antonio de Quirós se introduce en su casa.

—Eso nada tiene de particular, es cosa de enamorados, cuando estorbos se les ponen para verse. Lo más extraño es que vos no conocáis al señor Antonio de Quirós, según declarásteis, cuando lo visteis moribundo.

—Y como no lo conocía no pude odiarlo.

—De todas maneras resulta que os ha calumniado doña Luz.

—Y que su padre asegura que es verdad lo que su hija dice, y que por consiguiente se considerará relevado de cumplir lo prometido, pues no ha de casar á su hija con un criminal como yo.

—Proseguid.

—No quiero ser ya esposo de doña Luz.

—No podéis serlo, puesto que ella no quiere.

—Pero la gravísima ofensa que se me ha hecho reclama justicia.

—Sí.

—Si esa calumnia se repite, si cunde la voz, aunque las pruebas no se presenten, el mundo dudará y yo quedaré en la situación más crítica.

—Ciertamente.

—Acudo, pues, á vuestra majestad.

—Os dije que había principiado á hacer justicia, pero que no había concluido.

—Ahora...

—Determinaré—interrumpió el monarca.

—Señor...

—Dios os guarde, don Juan.

Inmóvil y mudo quedó por algunos momentos el traidor.

Le desagradaba mucho, no sólo la tranquilidad del rey, sino la extraña manera de poner fin á la conversación.

No le estaba permitido decir una palabra más después de haberlo despedido el rey.

Haciendo profundas reverencias, salió de la cámara el miserable.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para sonreír y contestar á las felicitaciones de los cortesanos.

También entonces encontró en los salones al señor Antonio de Quirós.

Este desplegó una leve sonrisa.

Era el amante afortunado, y parecía revelar su semblante la inmensa satisfacción de su dicha.

Don Juan sufría horriblemente.

Después de lo que había sucedido, su pasión encendíase más y más.

¿Estaba destinado á ver unidos á doña Luz y Quirós?

Esto no podría soportarlo.

Aunque hubiera de costarle la vida, necesitaba que á toda costa desapareciese del mundo su rival.

¿Por qué no había de intentar otra vez asesinarlo?

Muy peligroso era esto; pero don Juan no podía vivir con el martirio inconcebible de los celos que á todas horas le destruían el alma.

El señor Antonio era imprudente; iba solo todas las noches á la Cuesta de Santo Domingo, y fácilmente podría darse un nuevo golpe.

No había comprendido don Juan de Guevara que su situación era la más crítica, y á pesar de toda su astucia no había penetrado los pensamientos de Felipe II, y no había dado su verdadero valor á las palabras que éste había pronunciado.

Lo dejaremos cavilar y trazar planes, y nos ocuparemos otra vez del suceso espantoso que había tenido lugar en la vivienda de Antón Cafiñero, pues no debemos olvidarnos de la infeliz huérfana, cuya situación era la más horrible.

CAPITULO XXIX

CÓMO PUEDE DISPONERSE DE LA VIDA DE UN HOMBRE

Inútil había sido cuanto se había hecho para encontrar al miserable Antolín.

No había éste vuelto á la posada y parecía que la tierra se lo hubiese tragado.

El señor Antonio, Leandro y el señor Felipe, con el auxilio de algunos criados del primero, dedicáronse á buscar á la huérfana y espiar á todas horas á don Juan de Guevara, sin perjuicio de lo que hacían los agentes de la autoridad.

Quirós había tenido aquella mañana una conferencia con el rey, y éste había llamado al alcalde y le había dado instrucciones.

También dispuso que el doctor Olivares fuese á ver á los heridos, haciendo cuanto pudiese para salvar al honrado Antón y para que declarase el criminal.

Obedeció el médico.

Declaró que era dudosa, aunque no imposible, la salvación del veterano y apeló á toda clase de recursos para que el criminal recobrara la razón y el vigor siquiera por una hora, y con el fin de que pudiese declarar.

Presente estaba Pantoja cuando todo esto hacía Olivares, y como las primeras recetas no

produjeron el resultado que se deseaba, el médico llevó á otro aposento al alcalde y le dijo:

—Veamos, don. Diego, si opináis lo mismo que yo.

—Decid.

—Supongo que habréis entendido bien las palabras de su majestad.

—Me parece que sí, aunque no es fácil entenderle, y os aseguro que tiemblo sólo al pensar cuán fácilmente puedo equivocarme, si bien me tranquiliza vuestro auxilio, pues tengo la seguridad de que no habéis de dejarme comprometido cuando sabéis que mis intenciones son las más rectas y los más vivos mis deseos de servir á su majestad.

—Contad conmigo, aunque yo también puedo equivocarme.

—No, no.

—Principiemos por comparar la vida de ese bribón, de ese asesino que casi agonizando está, con la vida, y lo que es más, la honra de esa pobre niña que se encuentra en poder de un desalmado que es doblemente temible porque lo trastorna una pasión.

—Si esa comparación hacemos...

—Suponed que es absolutamente preciso que, para que la huérfana se salve, muera el criminal herido, ó que para que el herido recobre la salud, es menester que se pierda Consuelo.

—La salvación del herido es imposible, doctor.

—Pues casi me atrevo á responder de su curación.

—¿Y qué importa que lo curéis, si después yo he de mandar que lo ahorquen?

—Eso es otra cosa.

—Si ese hombre muere de esa herida, debe considerarse afortunado, pues á lo menos no tendrá que sufrir lo que sufre el reo que al cadalso va, pues hay mucha diferencia entre morir en el lecho y asistido cuidadosamente, y perecer en la horca.

—Pues ya no dudo.

—¿Y qué duda os ocurría, doctor?

—Era un escrúpulo de conciencia, escrúpulo quizás exagerado, y quise tranquilizarme con vuestra opinión y vuestros consejos.

—No os entiendo.

—Vais á entenderme.

—Os escucho.

—Un recurso me queda para que ese hombre recobre la energía, y su cabeza se despeje, y

pueda declarar como si gozase de la más perfecta salud.

—Pues si ese recurso tenéis...

—Pero el medicamento que he de darle acabará seguramente con su vida, y como ahora tengo esperanzas de salvarlo...

—Para que lo ahorquen, ya os lo he dicho.

—Entonces...

—Todo es cuestión de algunos días, mi querido doctor, y me parece que no tiene importancia lo de que ese bribón muera un poco antes ó un poco después.

—Poca importancia tiene, es verdad.

—En cambio hay gran diferencia para el resultado del asunto en que declare hoy ó dentro de quince días, pues si perdemos una semana será posible que encontremos ya deshonrada á la pobre niña. Dadle tiempo al miserable Antolín, y le habréis dado cuanto necesita para satisfacer su impura pasión. Aún acudiendo pronto, temo llegar tarde.

—Me habéis convencido.

—Sin embargo, vos sabéis mejor que yo si esta opinión está conforme con los deseos de su majestad.

—Creo que sí.

—¿Por qué salvar un compromiso para encontrarse en otro mayor?

—Tranquilizaos.

—Pues entonces, doctor, no esperéis más, y escribid en seguida esa receta que ha de obrar tales prodigios. En vuestra mano está, pues, evitar que se consume el más horrendo abuso; de vos depende la salvación de esa inocente criatura.

—Si de mi depende, pronto se salvará.

—Aquí tenéis papel y pluma.

—Pues en nombre de Dios—dijo Olivares.

Y escribió la receta.

Un alguacil corrió en busca del medicamento. Media hora después el criminal herido tomaba lo que para él era la muerte.

—Veréis—dijo el doctor, sonriendo con la satisfacción inmensa de su vanidad de sabio—, veréis qué efectos tan maravillosos... No os mováis de aquí... Observad el rostro del herido, mirad particularmente sus ojos y sus labios.

—Sois un gran hombre.

—Ante todo veréis que las pupilas se contraen y empiezan á recobrar el brillo, y esto sucederá en el espacio de unos diez minutos.

—Es decir, que los efectos de esa pócima...

—Son rápidos, y más lo serían si yo quisiese, pero la vigorosa organización de este hombre exige cierta prudencia, porque podría suceder que de ese estado de postración en que se encuentra pasase al de la excitación más violenta, en cuyo caso produciría el delirio y luego la muerte, sin que hubiéramos conseguido nada.

El alcalde miró á Olivares con admiración.

Ambos quedaron silenciosos y contemplando al herido.

Antes de que transcurrieran ocho minutos las pupilas de éste empezaron á contraerse y á brillar.

—¡Ah!—exclamó el alcalde entusiasmado.

Otra sonrisa de satisfacción inmensa desplegó Olivares.

Aquel triunfo le halagaba, sin que le importase la vida criminal, como quizás tampoco le hubiese importado la de un inocente.

—Ahora—dijo—se humedecerán los labios de este hombre.

Y efectivamente, al cabo de otros diez minutos no estaban secos los labios del herido.

—¡He triunfado!—exclamó el médico.

—¿Y ahora?

—Cambiará el color de su rostro, y se reanimará y hablará...

—Sois un sabio que merece el respeto del mundo.

—Ya puede venir el escribano y prepararse, si es que la declaración ha de escribirse.

—Sí, sí.

—Dentro de media hora podréis interrogar al herido.

Don Diego mandó que inmediatamente fuesen en busca del escribano.

El doctor había calculado con admirable exactitud.

El criminal fué recobrando poco á poco el vigor.

Su mirada dejó de ser vaga, y se fijó en el alcalde, diciendo:

—¿Dónde estoy? ¿Qué me ha sucedido?

—¡Vive el cielo!—exclamó Pantoja.—Si en esto no hay brujería se le parece mucho.

—Hay ciencia—dijo Olivares.

—Pero una ciencia que parece tener algo de diabólica.

—Si eso repetís muchas veces—replicó el médico sonriendo irónicamente—, es posible que la Inquisición me queme por brujo, hechicero ó cosa por el estilo.

Llegó el escribano.

Del criminal dependía la salvación de Consuelo, y si el miserable no hablaba entonces, todo se perdería, puesto que debía morir muy pronto.

El alcalde se acercó al lecho y le dijo al herido:

—Estáis en la misma casa y en la misma habitación donde habéis cometido el crimen, y os encontráis en el mismo lecho de vuestra víctima.

—¡Ah!—exclamó el criminal, en cuyo rostro se pintó el terror.

—Si alguno de vuestros cómplices puede salvarse, para vos no hay salvación posible, á menos que os hagáis acreedor á la clemencia con vuestra sinceridad.

—Señor alcalde...

—Voy á interrogaros; pero antes os haré algunas advertencias, os daré un consejo, y si no queréis seguirlo, peor para vos.

—Las apariencias me condenan; pero...

—El momento de la defensa no ha llegado.

—Si yo entré en esta casa...

—Vuelvo á deciros que me escuchéis y os conviene hacerlo así.

—Diga vuestra señoría lo que le parezca bien, y sepa que aunque soy un bribón, siempre he respetado á la justicia.

—Si declarais la verdad, sin ninguna reserva se os perdonará la vida.

—¡Señor alcaide!

—Sí, se os perdonará, porque en este asunto hay otros más criminales que vos, y sobre esos dejará la justicia caer todo el peso de la ley.

—No, yo no soy el más criminal.

—Viendo estáis que se atiende á vuestra curación y se os trata como á un hombre honrado; pero si cometéis la torpeza de mentir ó de ocultar lo que necesita saber la justicia, moriréis.

—Diré la verdad, lo juro.

—Otros la han dicho ya; pero se necesita la comprobación, y para que no nos quede duda, hasta después que hayais declarado no os diré qué ha sido de vuestros compañeros, ni si llegó á consumarse el crimen en todas sus partes.

—A uno de mis compañeros lo vi morir.

—Estaba herido no más.

—¿Y ha declarado?

—Sí.

—¿Qué ha dicho?

—Después lo sabréis.

En aquella época los jueces se creían autorizados para exigir así las declaraciones, principiando por mentir, y por tender hábilmente un lazo al acusado, y hasta se apelaba al incalificable recurso de prometer un perdón, que no había de concederse.

—Pregúnteme vuestra señoría—dijo el herido.

—¿Cómo os llamáis?

—Lorenzo y nada más, y en cuanto á mi edad supongo que tengo treinta y tantos años, pues de fijo no lo sé, así como ignoro dónde nací, y quiénes fueron mis padres.

—¿Qué os proponíais al entrar en esta casa?

—Llevarnos á la mujer que aquí vivía.

—¿Con qué fin?

—Eso lo sabe la persona que nos pagaba.

—¿Quién es esa persona?

—Un bribón, muy astuto y muy cobarde, que se llama Antolín y que presume de hidalgo.

—Habéis dicho la verdad.

—Y seguiré diciéndola.

—¿Erais cinco los que aquí entrásteis?

—Sí.

—¿Estaba con vosotros el llamado Antolín?

—Se quedó fuera, junto á la tapia del corral.

—¿A dónde debíais llevar á la mujer que aquí habitaba?

—Antolín nos dijo que cerca de aquí tenía preparada una silla de manos; pero no nos dió más explicaciones.

—¿Debíais acompañarlo después?

—Nada de eso hablamos; pero me parece que así lo hubiéramos hecho.

—Decid los nombres, sitios y habitaciones de vuestros cómplices.

—Uno se llama Pedro, aunque nadie lo conoce más que por el apodo de *Tízones*. Ha estado ocho años en las galeras de su majestad, y no sé si todavía tiene alguna cuenta pendiente con la justicia. Ignoro dónde habita, pues siempre lo he visto en la taberna que hay en la plaza del Arrabal.

—Está bien.

—Otro de ellos era Pascualote, y no digo más, porque me parece que lo conoce muy bien vuestra señoría.

—No os equivocáis.

—El otro es Timoteo el Salamanquino, y concurre diariamente á la taberna, y el que herido cayo se llama José Merino, según debe haber declarado.

—La comprobación de cuanto acabáis de decir, es fácil.

—Claro es.

—¿Sabéis si Antolín obedecía á otra persona?

—No lo sé; pero debió meterse en este negocio por su propia cuenta, pues según todas las señales estaba medio loco por la hija ó ahijada del viejo.

Mandó el alcalde al escribano que consignase lo que Lorenzo acababa de decir.

Olivares permanecía inmóvil y con la mirada fija en el criminal.

Este se oprimió las sienes y murmuró:

—¡Rayos!

—¿Os sentís mal?—le preguntó el médico.

—No; pero... la cabeza...

—¿Tenéis sueño?

—Eso parece.

Lorenzo empezaba á languidecer.

Cerrábanse sus ojos contra su voluntad.

Cuando la declaración estuvo escrita, le preguntó el alcalde:

—¿Sabéis firmar?

Se esforzó el criminal para abrir los ojos y respondió con voz oscurecida:

—No sé.

Y quedó inmóvil y como aletargado.

Olivares le pulsó, diciendo:

—Esto se acaba.

—Ya no importa—respondió don Diego.

—He concluido, señor Pantoja.

—¿Os vais?

—Sí.

—De manera que este hombre...

—Mi compañero se sorprenderá cuando lo vea; pero no conviene que le deis explicaciones.

—Comprendo.

—Volveré á la tarde para ver al otro.

—Que Dios os dé salud.

El pronóstico de Olivares se cumplió, y antes de que trascurriese una hora, Lorenzo agonizaba.

Don Diego, que era buen cristiano, dispuso que fuesen en busca de un confesor, y ya no se ocupó más del moribundo, porque toda su atención tenía que fijarla en el asunto principal.

El suceso que acabamos de referir tuvo lugar mientras el señor de Guevara recibía el nombramiento de gentil hombre y visitaba á don Luis



CAPITULO XXX

MÁS DECLARACIONES

El alcalde dió las órdenes más terminantes, amenazando terriblemente á sus subordinados, y de éstos se pusieron muchos en movimiento para buscar y prender á los tres criminales designados por Lorenzo.

Mucho se había conseguido, pero no era bastante para salvar á Consuelo, y sobre este punto no debemos hacernos ilusiones, pues sin conocer su situación no es posible calcular con exactitud.

Los alguaciles no descansaron un solo instante, pues ya les había dicho don Diego que si á los delinquentes no prendían, en lugar de éstos quedarían.

A propósito se había hecho cundir la voz de que los dos criminales huídos habían muerto, y por consiguiente los otros tres no temieron verse comprometidos por la declaración de sus compañeros, y no se cuidaron de ocultarse.

En la taberna que ya conocemos, y en otros sitios de los que frecuentaban, fueron encontrándolos, y á las cuatro de la tarde ya estaban en la cárcel, y puestos seguros calabozos sin ninguna comunicación.

Regocijábbase don Diego y bendecía al doctor Olivares, cuya sabiduría revivió á Lorenzo para que éste pudiera declarar.

Cuando le llevaron la noticia de que estaban encerrados los tres bandidos, exclamó don Diego:

—¡Manos á la obra!

—Dió algunas órdenes, y en compañía del escribano se instaló en la cárcel.

Quiso la casualidad que el primero á quien se dirigió fuese el llamado Tizones.

Era éste el que vimos marchar delante cuando el crimen se consumió.

En la cárcel había estado muchos meses, y no le espantaba ya el encierro, ni se turbaba en presencia de los jueces.

En un montón de paja, que las veces de lecho hacía, habíase recostado y esperaba sin impacientarse, porque ya sabía lo que eran aquellos negocios.

Se incorporó cuando en el calabozo entró el alcalde.

—Poneos en pie—dijo éste.

—No lo hice, porque con los grillos me cuesta mucho trabajo—respondió el criminal.

—Mandaré que los grillos os quiten para que

no tengáis ninguna molestia y me contestéis con el ánimo tranquilo.

—Señor alcalde, no he perdido la tranquilidad, porque como ningún delito he cometido...

—Está bien.

—Vuestra señoría dispondrá lo que le parezca justo.

Era Tizones uno de esos criminales endurecidos, impasible, y que miraba la muerte con la más fría indiferencia.

Llamó el alcalde al carcelero, y le mandó que los grillos quitase al preso.

Este se encogió de hombros, hizo un gesto de indiferencia, y dijo:

—Mejor haríais en darne un vaso de vino, porque estos hierros no me incomodan gran cosa.

—El vino lo beberéis en la taberna muy pronto si declaráis la verdad.

Tizones desplegó una sonrisa maliciosa.

Cuando tuvo los pies libres, acabó de levantarse.

Llevaron una mesa para que el escribano escribiese.

—Cuando venga el verdugo—dijo gravemente el alcalde—, que espere mis órdenes.

—Muy de prisa vamos—murmuró Tizones.

—Sí, porque el negocio es urgente—le dijo don Diego.

—Como no sé de qué se trata...

—Del último crimen que habéis cometido, y para que no os hagáis ilusiones, os advertiré que vuestro cómplice Lorenzo está vivo y ha declarado, y que presos están Pascualote y Timoteo el Salamanquino.

—Sí, los conozco.

—Pues escuchad y responded, en la inteligencia de que si inmediatamente no decís la verdad, os aplicaré el tormento sin esperar á otro día.

Dijo el criminal el nombre y demás circunstancias, y el alcalde le preguntó:

—¿Es verdad que anoche penetrasteis en una casa del Arrabal de San Martín para apoderaros de una mujer?

—Yo estaba anoche muy lejos del Arrabal; y lo probaré con testigos.

—Si así principiais, mal concluiremos.

—Digo la verdad.

—No.

—Señor alcalde...

—¿No estuvisteis en el Arrabal?

—Repito que no—contestó Tizones con firmeza.

Con la declaración de Lorenzo, el reconocimiento de Antón y otras muchas circunstancias hubiera podido convencerlo el alcalde; pero no quiso andar con tantos miramientos, y volviéndose hacia la puerta, gritó:

—¡A mí, el verdugo!

—¡Rayos!—exclamó Tizones.—Esto es una injusticia.

—Silencio.

—Nunca se ha visto semejante cosa...

—Ahora la veis; porque alguna vez había de ser la primera.

Y el verdugo entró con un ayudante, llevando una escalera de mano y una espuesta donde había lo que se necesitaba para el tormento.

Tizones palideció.

Sin embargo, aún tenía la esperanza de que todo aquello se hiciese para infundirle miedo.

Permaneció inmóvil, silencioso y con la mirada sombría.

El verdugo puso la escalera en el suelo, sacó unas cuerdas, un martillo y algunas grandes cuñas de madera.

Este era uno de los tormentos más terribles. Se hizo más densa la palidez del criminal.

—Haz tu oficio—le dijo el alcalde al verdugo. Esta orden se cumplió inmediatamente.

Cogieron á Tizones y lo colocaron sobre la escalera, sujetándolo fuertemente, lo descalzaron y pusieron también cuerdas en sus pies.

Entre la planta de éstos y las ligaduras colocó unas cuñas el verdugo, y tomando el martillo lo levantó, mirando al alcalde y esperando la señal.

Hubo algunos momentos de inmovilidad absoluta. Tizones contaba con sus fuerzas hercúleas y con su valor.

Era muy leal con sus amigos y quería cumplir su promesa de ser reservado.

Don Diego Pantoja dijo al fin con grave tono:

—Os he preguntado si anoche invadísteis una casa en el Arrabal de San Martín.

—No—respondió el criminal.

—Una cuña—dijo el alcalde con reconcentrada voz.

Y el verdugo golpeó las cuñas, y las cuerdas oprimieron los pies del acusado.

El rostro de éste se tornó lívido.

Empero no pronunció una palabra.

Su fuerza de voluntad era mucha y pudo resistir los dolores sin exhalar una queja.

Esperó el alcalde algunos momentos, y volvió á preguntar:

—¿Penetrásteis anoche en una casa del Arrabal de San Martín?

—No—dijo Tizones.

—Otra cuña, verdugo.

Y la segunda cuña fué puesta.

Pocos hombres resistían tanto.

Lívido se tornó el rostro del criminal.

Sus ojos, inyectados en sangre, se abrieron como si á saltar fuesen de sus órbitas.

Exhaló un gemido angustioso.

—Responded—dijo el alcalde.

—No estuve en el Arrabal—murmuró el acusado, cuyos miembros se contraían violentamente.

—¡Vive el cielo!... Sois tenaz... Peor para vos, porque os pondrán otra cuña y luego os descoyuntarán en el potro.

—Digo la verdad.

—¡Oh!...

—Justicia, justicia...

—Viendo estáis que no me detengo para hacerla.

—Señor alcalde...

—Responded.

—Nada más tengo que decir.

—¡La tercera cuña!

Pocos ejemplos hubo de resistir tres cuñas.

Sin duda se convenció Tizones de que el alcalde estaba resuelto á ser inflexible, y pensando también que nada conseguía en negar si Lorenzo había declarado, y que era lo más probable que los otros dijese la verdad, exclamó:

—¡Ah!... Que me quiten las cuñas... No puedo hablar...

—¿Estuvísteis en el Arrabal?

—Sí...

—Desatadlo—dijo don Diego.

Y con la misma indiferencia que había golpeado las cuñas, el verdugo desató las cuerdas.

Tizones, cuyos pies estaban medio destrozados y sufría horriblemente, se arrastró hasta el lecho y exclamó:

—¡Por el infierno!... Si todos fuesen leales yo callaría, porque tengo valor para morir; pero, ¿qué adelanto con sufrir, si los demás dicen lo que yo callo?

—Repito que la declaración de Lorenzo es clara y terminante, y aquí la tenéis escrita. Fuisteis al arrabal, porque os pagaba un hombre que se llama Antolín, y os proponíais...

—Sí, todo eso es verdad.

—¿Qué hicísteis?

—Entramos, y cuando ya teníamos sujeta á la muchacha, el viejo se presentó y la emprendió á cuchilladas con nosotros; pero el Salamanquino le dió una puñalada.

—Proseguid.

—Ella se desmayó, y entonces salimos para decirle á Antolín lo que sucedía.

—¿Dónde se había quedado él?

—Junto á la tapia del corral.

—Eso asegura Lorenzo.

—Mejor hubiera hecho en callar y morirse.

—¿Os llevásteis á la ahijada de Antón?

—Y la metimos en una silla [de manos que Antolín tenía preparada.

—¿Y adónde fuisteis?

—¡Oh!...

—Que aún están aquí las cuñas y también se traerá el potro.

—¡Mil rayos!

—Acabad.

—Pues bien, fuimos á la calle del Almendro por puerta de Moros, hasta una casa á la malicia que hay bajando á la izquierda y antes de llegar á la costanilla que baja hasta San Pedro.

—¿Quién había en aquella casa?

—No lo sé, porque no entramos; Antolín nos pagó y nos fuimos.

—¿Sabéis lo que se proponía?

—Tampoco.

—¿Lo sospecháis?

—No; pero me parece que la muchacha lo tiene un poco trastornado.

—¿Hizo alguna indicación por la que pudiera deducirse si á otra persona obedecía?

—Ninguna.

—Está bien.

—Nada más puedo decir.

—Descansad.

—Me parece, señor alcalde, que no sería mucho concederme un vaso de vino para reponer las fuerzas.

—Se os dará.

—Gracias.

Escribióse la declaración y dió por terminado el acto.

—¡Ah!—exclamó el alcalde.—Me parece que ya tenemos cuanto necesitamos.

Y de la cárcel salió, encaminándose inmediatamente al Arrabal y entrando en la vivienda de Antón.

Encontrábanse allí Quirós y Leandro.

De la ansiedad del segundo nada tenemos que decir.

Apenas vió al alcalde exclamó:

—¡Ah!...

—¿Qué habéis conseguido?

—Mucho, muchísimo—, dijo don Diego.

—¡Que Dios os bendiga!

—Encerrados tengo á los otros tres criminales que aquí penetraron.

—Pero Consuelo...

—Esperad, señor Leandro, que de una vez no se hace ni se dice todo.

—Si pudiérais comprender lo que sufro...

—Y si vos os encontráseis en mi lugar...

—Acabad, don Diego, os lo suplico.

—No he tomado declaración más que á uno de los criminales, al llamado Tizones, y he cometido una injusticia.

—¡Una injusticia!

—Sí, señor Leandro, porque apenas pronunció la primera palabra negando, llamé al verdugo y mandé que preparase las cuñas.

—Don Diego—dijo el señor Antonio—, habéis hecho mal y, efectivamente, habéis cometido una injusticia, un abuso, porque debísteis escuchar, preguntar á los demás presos y haciéndoles ver las contradicciones en que hubiesen incurrido...

—Todo eso es verdad; pero como urgía averiguar dónde se encuentra esa pobre niña y... ¡Que Dios me perdone!... Esta mañana también cometimos otro abuso, porque hemos dado una pócima al herido para que recobre las fuerzas y hable, á sabiendas de que había de costarle la vida. Pero no es mía toda la responsabilidad, según puede deciros el doctor Olivares...

—Ya me lo ha dicho.

—Sois excesivamente escrupuloso, señor de Quirós, y debéis pensar que en ciertas situaciones...

—La justicia es antes que todo.

—¿Y si sucumbía Consuelo?

—Aunque hubiera de sucumbir todo el mundo—dijo enérgicamente el hidalgo.

—En vez de reconvirme, señor Antonio, debírais compadecerme. Recordad todo lo que os sucedió cuando os hirieron y...

—Continuad, porque el señor Leandro apenas puede dominarse.

Don Diego, atendiendo antes á su vanidad por lo que había conseguido, que á la impaciencia del mancebo, dijo:

—Se le puso á Tizones la primera cuña, y resistió.

—¡Oh!...

—Se le puso la segunda, y resistió también; pero cuando mandé que le pusiesen la tercera, prometió declarar.

—¡Ah!—exclamó Leandro.

—Y así lo hizo, diciendo que Consuelo se desmayó al ver herido á su protector, que dieron aviso al señor Antolín, que entre todos sacaron á la joven de esta casa y que la metieron en una silla de manos que preparada tenían.

—¿Y adónde la llevaron?

—A la calle del Almendro.

—¡Gracias á Dios!—exclamó el mancebo.

Y se puso en pie mientras sus negros ojos brillaban intensamente.

—¡Vámos, vámos—dijo.

—¿Adónde?—le preguntó el hidalgo.

—¿Adónde ha de ser sino en busca de Consuelo?

—¿Así tan de repente, y así sin más ni más?...

—¡Señor Antonio!...

—Calma, mi buen amigo, porque bien puede suceder que con vuestro arrebato hagáis á Consuelo mucho mal. ¿Creéis que el señor Antolín se resignará á ver en vuestros brazos á la mujer que en su pecho ha encendido una pasión?

—Aunque no se resigue...

—Cuando se convenza de que es imposible satisfacer su impuro deseo, matará á la pobre niña, y así tendrá siquiera el goce de veros sufrir.

Anonadado se sintió el mancebo.

Era demasiado horrible lo que decía el señor Antonio, y sin embargo era verdad.

El alcalde arrugó el entrecejo y exclamó:

—¡Por Dios vivol...

—¿Creéis que me equivoco?

—Es que yo no había pensado en semejante cosa.

—¿Y no sois de mi opinión?

—Sí, señor Antonio, y tan seguro estoy de que no os equivocáis, que lo que nos falta que hacer me parece mucho más difícil que lo que se ha hecho.

—Sí.

—¡Que Dios nos asistal... Sólo de pensar que Consuelo puede morir á manos de ese hombre...

—Lo evitaremos.

—Y de pensar que el rey... ¡Ah!... No sé lo sé lo que me pasa.

Palidez mortal cubrió el rostro del buen alcalde.

—Señor Leandro—dijo el señor Adtonio—ahora es cuando debéis dar pruebas de valor.

—Y las daré—murmuró con voz reconcentrada el infeliz mancebo.

—Vos valéis más que nosotros, señor de Quirós—dijo el alcalde—; lo reconozco humildemente.

—Es que tengo más calma.

—Decid lo que debe hacerse.

—Un hombre de mi confianza vigilará en la calle del Almendro para evitar que de su encierro saquen á la huérfana y la lleven á otro.

—Bien pensado.

—Entretanto vos daréis parte de cuanto sucede á su majestad.

—Lo haré.

—Y luego, si otra cosa no dispone el rey, haremos el sacrificio de perdonar la vida á uno de los criminales que en la cárcel se encuentran á condición de que represente la farsa de ir en busca de Antolín para darle un aviso cualquiera, evitando que se consume un nuevo crimen.

—Comprendo.

—Puesto así un guardián en el interior de la casa donde tienen á Consuelo, podremos entrar sin temor.

—¿Y si llegamos tarde?—preguntó Leandro.

—Tarde podemos llegar también en este momento. ¿Quién sabe lo que ha sucedido? Manifiesto mi opinión, y nada más.

—La verdad que todo eso exige mucho tiempo—repuso el alcalde.

—Entonces...

—Pero no quiero la responsabilidad de ninguna determinación.

—Por eso digo que debéis acudir á su majestad para que determine.

—Ahora mismo lo haré.

—Pues vámos.

—¿Y vos?

—Esperaré á las puertas del alcázar real.

—Y por si auxilio necesita la persona que ha de vigilar en la calle del Almendro, dispondré que tres ó cuatro alguaciles anden por allí y obedezcan mis órdenes.

—Bien pensado.

Terminaron así la conferencia.

Todo se hizo como acababan de proyectar.

Uno de los criados del señor Antonio se encaminó á la calle del Almendro.

Tres alguaciles lo seguían y tenían la orden de auxiliarlo en cuanto fuese menester.

Don Diego, Quirós y Leandro fueron al alcázar real, entrando sólo el primero.

Eternidades le parecían los minutos al enamorado joven.

Silencioso estaba, porque no encontraba palabras para expresar lo que sentía; pero su sufrimiento lo comprendía muy bien el hidalgo.

Cerca de media hora pasó.

El sol se ocultaba.

Pronto debía cerrar la noche, y sus tinieblas podían ser lo mismo favorables que contrarias para la realización del plan del señor Antonio.

Por fin salió el alcalde, diciendo:

—Su majestad opina lo mismo que vos.

—Entonces...

—A la cárcel voy para entenderme con aquellos desalmados y preparar el golpe.

—Y nosotros reconoceremos entretanto el terreno, y si nos parece que algo puede hacerse en seguida, lo haremos con el auxilio de los corchetes que allí están.

—Esperadme allí.

—Que Dios os dé acierto.

CAPITULO XXXI

LO QUE HABÍA SIDO DE CONSUELO

No podemos continuar sin dar á conocer la situación en que se encontraba la huérfana, y para hacerlo así tenemos que retroceder al momento en que la dejamos entrando en la casa que debía servirle de encierro.

Mientras en la silla la llevaban, y poco antes de llegar á la calle del Almendro, recobró la n-feliz el sentido, abrió los ojos, y poseída de pavor miró á uno y otro lado.

No vió más que el negro interior del vehículo, y alguna muy leve claridad por las ventanillas, distinguiendo también confusamente el bulto de los criminales que la vigilaban.

Un grito quiso exhalar; pero no pudo, porque amenazada estaba.

El pañuelo anudado que la habían puesto en la boca no podía quitárselo, puesto que los brazos le habían atado á la espalda.

A pesar del aturdimiento que era consiguiendo en su estado, comprendió que la habían sacado de su casa, y que éste era el fin que los criminales se proponían.

Al mismo tiempo, aunque confusamente, re-

cordó lo que había sucedido, y que su protector había muerto por defenderla.

Lo que todo esto hizo sufrir á la pobre niña, no puede concebirse.

Y como si fuese poco, sentíase medio ahogada porque no podía respirar, y la fiebre la devoraba.

No hay organización que resista tantos tormentos físicos y morales.

Asomó Consuelo la cabeza por la ventanilla, vió á los criminales, hizo un esfuerzo desesperado para romper sus ligaduras, y volvió á caer pesadamente, quedando inmóvil.

No había perdido el conocimiento; pero sí la conciencia de su situación horrible, porque la fiebre, mas intensa cada momento, la aturdió completamente, trastornando su razón.

En la casa entraron.

Allí había una mujer vieja y horrible, cubierta de repugnantes harapos.

Tenía en la mano izquierda un candil, cuya rojiza luz se esparcía trabajosamente en un aposento de húmedo piso y paredes ennegrecidas.

El señor Antolín abrió una de las puertecillas, encontrándose con que la joven había reobrado el conocimiento y le miraba con espanto.

—Podéis salir—dijo el miserable.

Consuelo no se movió.

Su mirada estaba siempre fija en el criminal.

—¡Por el infierno!—exclamó éste.

Metió los brazos en el vehículo, desató los de la joven, y entonces ésta, impulsada por el instinto, se puso en pie y salió, llevando las manos al pañuelo que le tapaba la boca y quitándoselo antes de que estorbarlo pudieran.

Creyó el criminal que su víctima iba á exhalar un grito y pedir socorro; pero se equivocó, porque la desuichada, mientras hacía esfuerzos para sostenerse, se oprimió el pecho, miró á todos lados, y dijo con voz destemplada:

—¿Dónde está, dónde?... ¡Padre mío!... Aquí, Leandro, aquí... ¡Ah!... Este es, éste... Miralo, el del rostro amarillento, el espía...

—¡Rayos de Satán!—exclamó desesperadamente el señor Antolín.—¡Está delirando!...

No se equivocaba.

—¡Jesús bendito!—exclamó la vieja.—La pobrecita no puede sostenerse en pie... ¡Válganos, Dios!... Pues si con esta calentura que se la come la metemos en la cueva...

—La pondremos en vuestra cama.

—Sí, porque debemos tener caridad... ¡Y qué hermosa es!... No tenéis mal gusto, señor Antolín... Siempre habéis sido aficionado á las rubias; pero no habéis encontrado una como ésta.

—Ayudadme.

Sostuvieron á la niña, que se dejó llevar á otra habitación.

Allí había una miserable cama, en la que colocaron á la huérfana.

No contaba el criminal con este incidente.

El rostro de Consuelo estaba lívido y desfigurado, y sus magníficos ojos no tenían entonces ningún atractivo.

—Pues si se muere—dijo la vieja—habéis trabajado en balde.

—Se salvará, porque...

—¿Pensáis llamar á un médico?... Si tal hacéis debemos considerarnos perdidos.

El señor Antolín cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, y empezó á pasearse por el aposento.

Estaba desesperado, porque temía que Consuelo muriese.

¿Y qué haría para evitar esta desgracia?

No encontraba medio de socorrer á la infeliz sin comprometerse, y tenía que fiarlo todo á la casualidad.

Medio aletargada había quedado la joven, y de vez en cuando pronunciaba los nombres de Leandro y de su protector.

Su estado era grave, tan grave, que aun socorriéndola podía morir.

El criminal juraba y maldecía, y la vieja invocaba á Dios y á todos los santos, rogándole que devolviese la salud á la hermosa rubia, pues si no, el negocio se echaba completamente á perder.

Lo mismo para el verdugo que para la víctima, fueron horribles las horas de aquella noche.

Cosa rara fué que el señor Antolín no cometiese todos los abusos, aprovechando la ocasión del estado en que la huérfana se encontraba; pero aquella contrariedad le había desesperado y trastornado profundamente.

Poco antes de que amaneciese, exclamó:

—¡Oh!... Si así continúa, me volveré loco... Necesito que se despeje mi cabeza.

—Os conviene salir y respirar el aire libre.

—Haced con esta criatura lo que os parezca conveniente, pues al médico no podeis traer.

—Por de pronto le pondré unos sinapismos, que mal no pueden hacerle,

—Entretanto descansaré y reflexionaré.

Seguro de que nadie lo espiaba entonces, salió el señor Antolín con intención de respirar el aire libre, y al amanecer metióse en una de las tabernas de las cercanías para tomar algún alimento.

La vieja puso, según había dicho, los sinapismos á Consuelo, y ésta continuó bajo la influencia del sopor febril.

Amaneció.

La vieja, que sin dormir había pasado la noche, sacó de la cueva un colchón que allí habían puesto, lo llevó al aposento en que se encontraba la joven, se acostó sin desnudarse, y se entregó bien pronto al sueño más profundo.

Media hora después abrió los ojos Consuelo.

Su mirada no era ya tan vaga como antes.

Respiraba con más sosiego.

La fiebre había disminuído mucho, bien fuese por efecto de los sinapismos ó por otra causa cualquiera.

Se pasó las manos por la frente la infeliz, miró á todos lados, y exclamó:

—¡Dios mío!...

Hizo un esfuerzo y se incorporó.

—Este no es mi aposento... ¿Qué me ha sucedido?... ¡Ah!...

Se estremeció violentamente.

Al mirar al suelo vió á la horrible vieja, que durmiendo continuaba.

Muy confusos eran los recuerdos de la pobre niña; pero al fin llegó á comprender su situación.

—¡Padre mío!—exclamó con voz ahogada.

Y un torrente de lágrimas se escapó por sus mejillas.

Todo el que sufre busca un consuelo, y ella lo buscó en la esperanza de que no hubiese muerto su protector generoso.

Necesitaba dominarse para reflexionar, pues así lo exigía para su salvación.

Después de recordar los sucesos de la pasada noche, recordó también cuanto Leandro había dicho, y empezó á creer que el abuso de que era víctima lo había cometido su padre.

No se le ocultaba que si la habían dejado hasta entonces sin otros guardianes que aquella mujer, y sin adoptar ninguna precaución era porque la vieron postrada.

La convenía, pues, seguir fingiendo que estaba muy enferma.

Empero antes quiso reconocer el interior de

aquella casa, hacer observaciones, y calcular si le sería posible recobrar la libertad.

En esto es en lo primero que piensa el que está encerrado.

El peligro daba fuerzas á Consuelo.

Quitóse los sinapismos, volvió á ponerse sus zapatos y se acercó á la vieja, convenciéndose de que dormía profundamente.

Trabajo la costaba á la infeliz joven sostenerse; pero no se detuvo.

Sin producir el más leve ruido, salió del aposento.

Fué de un lado para otro.

A nadie encontró.

Llegó á la puerta de la casa.

—¿Por qué no he de salir?—dijo.—Nadie me lo estorba.

Como la llave estaba puesta en la cerradura, abrió sin ninguna dificultad.

Salió de la casa.

Pudo contemplar el cielo.

Desconocía aquel sitio.

—¡Ah!—exclamó.—Dios me protege.

Sin perder un instante tomó calle arriba con la intención de pedir socorro á los primeros transeúntes que encontrase.

¡Se había salvado!

Pocos minutos después llegó á Puerta de Moros.

Allí se detuvo.

Otra vez disminuían sus fuerzas.

Parecióle que la luz perdía su brillo, y que los edificios giraban á su alrededor.

Sentíase desfallecer.

Abrió los brazos buscando un apoyo.

No lo encontró; vaciló su cuerpo y cayó pesadamente.

Precisamente en aquel momento muchas personas salían de la iglesia de San Andrés, y las que más cerca se encontraban de la joven se detuvieron, las unas con el noble fin de socorrerla, y las otras por mera curiosidad.

—¡Pobrecita!

—Se ha desmayado.

—Está pálida como un difunto.

—¡Y qué hermosa es!

—Traed agua.

—Y vinagre.

Así hablaban todos á la vez, y todos preguntaban quién era aquella criatura.

Empero nadie la conocía.

Entre las personas que por allí pasaron y se

detuvieron, había una dama que iba en compañía de su dueña y un paje, que llevaba un almohadón de terciopelo y el libro de oraciones.

Aunque vestida de negro y sencillamente, conocíase que debía ser persona de calidad muy noble.

Recataba con el ancho manto el rostro y apenas se veían más que sus ojos grandes, rasgados, negros y de mirada tan profundamente melancólica, que bien podía calificarse de dolorosamente triste.

Al inclinarse para mirar á la joven, quedó en descubierto el rostro de la dama, y entonces pudo verse que representaba unos cuarenta años.

Aún era hermosa, aún conservaba encantos.

Su belleza marchita, más que por el tiempo, por el dolor, por esos sufrimientos silenciosos de que el mundo apenas se apercibe y que son un roedor incesante que hace de nuestra existencia un tormento.

La mirada de aquella mujer era la revelación de una historia trístísima, y, por consiguiente, no podía mirársela con indiferencia.

—¡Dios mío!—exclamó al ver á Consuelo.

Y luego, dirigiéndose á las personas que allí se encontraban, les preguntó:

—¿La conocéis?

Todos respondieron negativamente.

Entonces la dama se volvió á su lacayo y le dijo:

—Corre... Que vengan á socorrer á esta infeliz... La llevaréis á casa, iréis por el médico, y cuando tenga los auxilios que necesita, averiguaremos quién es.

El paje corrió, entró en una casa de apariencia suntuosa, y pocos minutos después volvió con otros criados, que habían improvisado con una escalera de mano y unos colchones la camilla. En ésta colocaron á Consuelo, que no daba señales de vida, sino por su respiración violenta y desigual.

Llevaronla cuidadosamente á la casa, donde también entró la dama melancólica.

Hasta la puerta fueron los curiosos; pero como ya no se necesitaban auxilios de nadie, el portero los despidió bruscamente, y á los pocos minutos quedó despejado aquel lugar.

Dios había protegido á la desdichada niña enviándole aquel socorro; pero quizás esto mismo debía tal vez complicar su situación.

¿Quién era la dama que tan compasiva se había mostrado?

Ahora no podemos decirlo, porque tenemos que volver á la vivienda de la vieja para saber lo que allí sucedía.

CAPITULO XXXII

DE CÓMO SIN QUERER COMETIÓ EL SEÑOR ANTO- LÍN OTRO CRIMEN

Cuando sonreía la aurora, el señor Antolín se metió en un bodegón que había cerca de San Andrés, acomodándose en el rincón más oscuro, pidiendo algunas viandas y vino y empezando á reparar sus fuerzas mientras comía y bebía.

Con el descanso y el alimento empezó su cabeza á despejarse y á cambiar sus ideas.

Recordó todos los sucesos de la noche anterior, comprendiendo entonces que había cometido una torpeza al salir de la casa de Antón sin asegurarse de que éste y los dos criminales estaban sin vida; pero semejante torpeza ya no tenía remedio, y lo único que hacer podía era averiguar para poder con algún acierto trazar su plan de conducta.

En cuanto á Consuelo, pensó el miserable que había sido torpe también.

¿Por qué no aprovechó el desmayo de la joven?

Así, si ésta llegaba á morir, satisfecho hubiera quedado en cuanto era posible, y no estérilmente habría arriesgado lo que arriesgó para consumir el abuso.

Burlóse de su miedo, de su desesperación y de sus escrúpulos, y acabó por hacer propósito firme de enmendarse.

—El diablo—dijo—me proporciona la mejor de las ocasiones, y yo soy estúpido hasta el punto de no aprovecharla... ¡Mil rayos!... Pero afortunadamente mi torpeza tiene remedio, y antes de una hora Consuelo será mía.

Con el fuego de su pasión relumbraron los ojos del señor Antolín.

Consideróse dichoso.

Acabó de comer y bebió bastante, excitando así más y más su imaginación.

Una hora después exclamó:

—¡Concluyamos!

Y pagó, y salió, encaminándose á la calle del Almendro.

Decidido á no respetar nada, á consumir el último y más horrendo de los abusos, llegó á la puerta de la casa.

Consuelo no se había cuidado de cerrar.

—¿Qué significa esto—murmuró el criminal. Y se detuvo y escuchó.

—Algo ha necesitado esta bruja y ha salido pero debió cerrar.

El señor Antolín entró en la casa.

Atravesó las primeras habitaciones y llegó al dormitorio de la vieja, viendo que ésta dormía profundamente y roncaba.

Volvió la cabeza el señor Antolín, miró hacia la otra cama y vió que Consuelo no estaba allí.

Lo que sintió el miserable no es posible concebirlo.

Exhaló una exclamación de sorpresa y de ira. Centellas se escaparon de sus ojos.

—¡No está!—gritó con voz destemplada.

Retrocedió y en pocos momentos recorrió toda la casa.

La joven había desaparecido.

Esto se explicaba fácilmente sin más que ver á la vieja dormida.

Profundamente trastornado por la desesperación, loco, el señor Antolín, jurando y maldiciendo y amenazando terriblemente, volvió al dormitorio, asió por la garganta á la vieja y la levantó mientras le decía:

—¡Traidora!... ¿Qué has hecho?...

Sobresaltada despertó la vieja, exhalando un grito de pavor.

—¡Se ha ido, se ha ido!—gritó Antolín.

—¡Que se ha ido!... ¡Misericordia!...

—No hay misericordia para ti... ¿Qué has hecho, víbora, hipócrita?...

Y mientras así hablaba el criminal, oprimía con todas las fuerzas de su desesperación la garganta de la vieja, y la sacudía brutalmente.

Pontáse amoratado el rostro de la desdichada, y sus ojos se abrían y se inyectaban en sangre, y se dilataban sus pupilas.

Hizo esfuerzos sobrehumanos, revolvióse para desasirse y no lo consiguió.

—¿Qué has hecho, que has hecho?—gritaba sin cesar el señor Antolín.

La vieja se estremeció violentamente.

Sus ojos perdieron el brillo y la expresión.

Ya no resistía.

¡Acababa de morir estrangulada!

No se apercibió el criminal de lo que acababa de hacer, y al fin la dejó, preguntándole nuevamente por Consuelo.

Por fin se agotaron las fuerzas del señor Antolín.

Quedó inmóvil.



Contempló á su víctima y al fin comprendió que la había matado.

—¡Que el infierno me traguel—exclamó.

Otra vez el pavor se apoderó de su espíritu.

Su situación no podía ser más crítica.

Consuelo había desaparecido, y ni siquiera podía pedir explicaciones á la vieja.

¿Qué había conseguido con los crímenes que acababa de cometer?

Nada más que comprometerse y verse perseguido, tanto por la justicia como por don Juan de Guevara, á quien había engañado.

Ni siquiera podía preguntar á los vecinos por si habían visto á salir Consuelo, pues se hubiera comprometido más y más.

El criminal supuso que la joven había vuelto á su casa, y como daría explicaciones de cuanto le había sucedido, era cosa para que la justicia había de ponerse en movimiento inmediatamente, yendo á la calle del Almendro para proceder contra la vieja y contra cuantas personas hubiese en la casa donde habían encerrado á la joven.

Ante todo le convenía al criminal huir y ocultarse, alejándose de aquellos sitios.

Pensó que quizás en aquellos momentos se encontraba la justicia á pocos pasos de la casa, y no atendiendo ya más que á la salvación de su persona, salió y se alejó rápidamente hacia San Pedro para internarse en el laberinto de estrechas calles de la Morería y refugiarse allí en alguna taberna para descansar, desaturdirse y reflexionar.

El golpe había sido tanto más terrible cuanto que el señor Antolín creía que su triunfo era ya seguro.

Inútilmente intentaríamos pintar su desesperación.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para recobrar la calma.

En una hedionda taberna pasó hora tras hora.

Allí encontró alguno de los criminales á quienes conocía y oyó hablar de los sucesos que en el Arrabal de San Martín habían tenido lugar la noche anterior.

A pesar de que se aseguraba que habían muerto los dos criminales heridos y que también el veterano estaba sin vida, el señor Antolín no se atrevió á salir de la taberna.

Y sin embargo aquel no era el lugar más seguro.

A las cuatro de la tarde cundió otra noticia.

—A Tizones lo han preso—se dijo.

El señor Antolín palideció y tembló.

—¿Se sabe por qué?—preguntó.

—Hay quien dice que fué uno de los que anoche entraron en la casa del Arrabal.

—¿Y cómo ha podido averiguarse eso?

—Porque según parece, Lorenzo ha vivido algunas horas y ha declarado, y el viejo que lo hirió vive también.

Pasó otra media hora y á la taberna llegaron nuevas noticias, la de la prisión de los otros dos criminales, y la de que Antón vivía y Lorenzo también.

Uno de los bandidos que allí se encontraban dijo que él sabía todo aquello por un corchete amigo suyo, que era de los que acompañaban al alcalde don Diego de Pantoja.

No necesitó más el señor Antolín para considerarse completamente perdido, porque Lorenzo lo habría delatado lo mismo que á los demás.

Tenía que ocultarse.

Afortunadamente le quedaba bastante dinero del que le había dado don Juan.

Acudió á un amigo suyo de mucha confianza y le dió á conocer su apuro.

—Pues no tengas cuidado—le respondió el amigo—, porque hace pocos días alquilé yo una casa para cierto negocio que no se ha realizado, y allí podrás ocultarte hasta que todo esto se olvide y hagas lo que mejor te parezca.

—Tengo dinero, y por consiguiente...

—Yo te llevaré comida y no será menester que salgas.

—Eres mi salvador.

—Otras veces me has servido tú.

Poco después, y mirando recelosamente, salieron de la taberna los dos amigos.

El sol se ocultaba.

Antes un cuarto de hora el señor Antolín se instalaba en su nueva vivienda, donde encontró lo más preciso para las necesidades de la vida.

De allí no debía salir á ninguna hora.

Era inútil que la justicia lo buscara, porque no había de encontrarlo.

Cuantos sacrificios había hecho el miserable, fueron estériles para él.

Mientras todo esto sucedía, nuestros amigos se preparaban para dar el golpe y salvar á Consuelo.

Otro desengaño debían sufrir.

El criminal no había conseguido lo que deseaba, y sin embargo, la situación de Consuelo seguía siendo la más crítica.

El criado del señor Antonio, seguido por los alguaciles había llegado á la calle del Almen-dro, y al mirar hacia la miserable casa, vió á medio abrir la puertecilla.

Como conocía la situación, hizo un gesto de sorpresa y dijo para sí:

—No lo entiendo... Si aquí tienen á la pobre niña, mal la guardan, porque cualquiera puede entrar y sorprender á los criminales.

Fué de un lado para otro el sirviente.

Detúvose al fin en la puerta, y escuchó.

No percibió ni el más leve ruido.

—¡Vive el cielo! murmuró.—Mucho temo que hayamos venido tarde.

Pensó sin con los alguaciles debía entrar en la casa.

No se atrevió, porque su señor le había mandado terminantemente que se concretase á observar y que nada más hiciese, á menos que de la casa quisiese salir alguna persona, en cuyo caso debían detenerla.

La noche cerró.

Por la tortuosa calle ni transitaba alma vi-viente.

El criado se impacientaba.

Por fin vió que llegaban su señor y Leandro, los que, según lo convenido, debían también esperar hasta que fuese el alcalde.

El criado adelantó hacia el señor Antonio y el mancebo.

Estos no se habían apercibido aún de que la puerta estaba á medio abrir.

CAPITULO XXXIII

DE CÓMO OLIVARES PROBO QUE ERA ADIVINO

El señor Antonio le preguntó á su criado:

—¿Hay alguna novedad?

—Debe haberla y de muchísima importancia, señor, porque nos hemos encontrado á medio abrir la puerta de la casa, y dentro ni suena ningún ruido, ni han encendido luz después que anocheció.

—¡Otra contrariedad!—exclamó Leandro.

El hidalgo hizo un gesto de disgusto.

—Veamos—dijo.

Se acercaron á la casita, escucharon y mi-raron.

Tinieblas y silencio.

—¿Por qué esperamos?—dijo el mancebo.

—Poque es preciso que siquiera nos hagamos cargo de la situación.

—¡Oh!...

—¿Señor Leandrol...

—¡Hemos llegado tarde!... No está Consuelo aquí, no está, porque me lo dice el corazón.

—Sí—dijo sombríamente el señor Antonio—, deben habérsela llevado.

—El miserable que la tiene en su poder, temeroso de que sus cómplices declaren...

—Callad, y...

—¡Vive el cielo!... ¿Y aún queréis que me detenga?... No, y mil veces no.

—Y al decir esto Leandro, empujó la puerta y acabó de abrir, entrando en la casa.

—¡Luz, luz!—gritó el hidalgo.

Y entró también.

Los tres alguaciles acudieron.

Como sabían que habían de permanecer allí después que cerrase la noche, habíanse prevenido con sus linternas.

Uno de ellos llamó en otra casa, y en nombre de la justicia pidió luz.

Se la dieron, y entonces con sus dos compañeros siguió á los que habían entrado en la morada de la vieja.

La escena debía ser breve y en extremo interesante.

Leandro, con los ojos encendidos y agitado violentamente, iba y venía mirándolo todo.

Por de pronto nada encontraron de particular; pero cuando entraron en el dormitorio detuviéronse y exhalaron una exclamación de sorpresa y de ira.

Sobre el colchón que en el suelo estaba, encontrábase el cadáver rígido y frío de la vieja.

El otro lecho, por su descompuesto ropaje, presentaba las señales de haber tenido una persona.

—¡Aquí ha estado!—exclamó Leandro con el acento de la desesperación.

El señor Antonio se detuvo.

Su mirada era profundamente sombría.

Todo lo examinaba, ni pasó desapercibido para él un solo detalle, y después de algunos momentos, dió un paso, se arrodilló, puso una mano sobre el cadáver, y dijo con voz opaca:

—¡Otro crimen!

Entretanto, el mancebo se entregaba á todos los transportes de la desesperación y del dolor.

Tomó una de las linternas, y volvió á reconocer la casa.

Empeñábase en encontrar allí á la infeliz mujer á quien amaba tanto.

Volvió el señor Antonio á mirar á su alrededor y á examinar con atención profunda todos los objetos, buscando, no á la joven, sino huellas, indicios, algo que luz le diese para adivinar, para calcular adónde la habían llevado.

—¡Oh!—murmuró.—Estamos peor que antes, mucho peor, porque ha muerto la única persona que podía declarar, y que era esta mujer.

Luego le dijo á uno de los alguaciles:

—¡Corred! .. En la cárcel encontraréis á don Diego... Decidle que ya no necesitamos la ayuda de ninguno de los criminales, y que venga sin perder un momento; pero que antes envíe un aviso al doctor Olivares para que también acuda.

—Entiendo, señor.

Y el alguacil salió de la casa y corrió hacia la cárcel.

—Ahora, mal que os pese—le dijo el señor Antonio á Leandro—, hemos de esperar.

—¡Fatalidad horrible!...

—Me prometisteis dejar de ser niño y ser hombre.

—No os queda ninguna esperanza...

—Pronto os declararéis vencido.

—Señor Antonio...

—El tiempo que habéis de invertir en exhalar quejas, estará mejor empleado en hacer observaciones y en discurrir.

—Ya hemos visto cuanto hay que ver.

—Os equivocáis.

—Cada minuto que se pierde...

—Este no es tiempo perdido.

—Sí, esperaré, porque no puedo hacer otra cosa.

—Lo que nos decís, señor Leandro, lo adivino. Pensáis que mía es la culpa de esta nueva desgracia, por no haber venido inmediatamente, es decir, hace dos horas, pues antes no sabíamos dónde se encontraba Consuelo.

—No es vuestra la culpa, sino de mi desdicha.

—Sí, pudiera ser mía, porque como ignoramos lo que ha sucedido, puede suponerse que hace dos horas encontrábase aquí todavía Consuelo, y que por consiguiente la hubiéramos salvado si esas dos horas no perdiésemos en consultar al rey y en adoptar otras precauciones.

—Señor Antonio, con la mejor intención y con mucha prudencia nos disteis un consejo, y...

—No basta eso para mi tranquilidad.

—Me ofendéis al creer que yo pueda acusar al hombre á quien se lo debo todo, hasta la dicha inmensa de mi amor.

—Sin embargo, yo necesito probar que nada hubiéramos conseguido con venir dos, tres, ni cuatro horas antes, porque hubiéramos encontrado lo mismo que ahora, ese cadáver y nada más.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Os lo dirá el doctor Olivares, y probablemente os lo dirán también los vecinos.

—No comprendo...

—Comprenderéis muy pronto... Ahora salgamos de esta habitación, porque ese cadáver me repugna.

Leandro se encogió de hombros.

Fueron al aposento inmediato.

No pronunciaron una palabra más.

Los alguaciles, colocados junto á la puerta, esperaban órdenes.

El señor Antonio y Leandro se paseaban, siempre en sentido contrario, y por consiguiente cruzándose cuando llegaban al centro de la habitación.

Así pasó muy cerca de una hora.

Por fin, se presentó don Diego con el escribano y algunos corchetes, y exclamando:

—¡Ah!... ¿Qué es lo que me han dicho de que ya había desaparecido Consuelo, y que aquí no se encontraba más que el cadáver de una mujer vieja?

—Y esa es la verdad.

—¡Dios misericordiosos!... ¿Y qué hemos de hacer ahora?... Verdad es que nos queda el recurso de preguntar á los vecinos; pero éstos no podrán decir más sino que han visto salir á tales ó cuales personas; pero no adónde han ido.

—Reconoceréis la casa; pero nada más haréis mientras no venga el doctor, porque me parece que podrá decirnos cosas de algún interés.

—Veamos.

Y el alcalde recorrió la casa y contempló con mucho disgusto el cadáver de la vieja.

—Me parece—dijo—que puedo ir consignando todo lo que aparece, sin perjuicio de determinar lo que convenga cuando presente el doctor.

Por de pronto tengo que lamentar el que hayamos llegado tarde; pero la culpa no es mía, sino de las circunstancias, puesto que hemos pasado la mejor parte del día sin saber adónde ese desalmado Antolín había llevado á la pobre huérfana. ¡Oh!... No soy rencoroso, y tengo serenidad para hacer justicia; pero juro que he de complacerme en descoyuntar á ese bribón, haciéndole sufrir todo lo posible antes de que le ahorquen.

—No falta más sino que caiga en nuestro poder.

—Más ó menos tarde caerá, no lo dudéis, y aunque hayan transcurrido cien años, pagará, no solamente sus crímenes, sino lo que me hace sufrir con estos apuros en que me pone. Y en cuanto al otro, cuyo nombre no quiero pronunciar...

—Ya ha principiado á sufrir el castigo que merece.

—¿De veras?—preguntó el alcalde.

—Escuchad—dijo el señor Antonio.

Y se inclinó hasta colocar sus labios junto al oído de don Diego, diciéndole:

—Hoy ha sido nombrado don Juan de Guervara gentil hombre de la cámara de su majestad.

—¡Por Dios vivo!—exclamó el alcalde, brincando y fijando una mirada de asombro en Quirós.

—Pero en cambio—repuso éste—, don Luis de Guzmán le ha echado ignominiosamente de su casa.

—¿Y qué le importa si hace fortuna?

—Aún, según viendo estoy, de seguro no conocéis á su majestad.

—Es verdad... Sin embargo... No lo entiendo, señor Antonio...

—Ese hombre había prestado un gran servicio, y era justo darle la recompensa... Y nada más os digo, porque conocéis otros secretos y no necesitáis explicaciones.

Don Diego mandó al escribano que consignase lo que sucediendo estaba.

La casa reconocieron otra vez, y bajaron á la cueva, donde vieron una cama de la que faltaba el colchón que la vieja había subido, y además encontraron dos sillas.

Comprendieron que aquel era el aposento destinado para guardar á la joven, pero no había señales de que hubiese estado allí.

Cuando el escribano acababa de escribir, presentóse el doctor Olivares.

Frío, impasible como siempre, escuchó el relato de lo que sus amigos habían visto, y sin pronunciar una palabra, arrodillóse, se inclinó y examinó muy detenidamente el cadáver.

Todos esperaban con ansiedad, y fijas estaban las miradas de todos en el astuto y sabio doctor.

—No hay duda—dijo por fin éste—: la muerte ha sido por estrangulación y sin servirse más que de las manos. Mirad, aquí están las señales de los dedos... Estas dos son de los pulgares...

La víctima quiso defenderse, pues así lo prueba el desorden de su ropaje.

—¿Y podréis decir—le preguntó el señor Antonio—, cuánto tiempo hace que esta mujer murió?

—Aproximadamente puedo decirlo, sin temor de equivocarme, porque tengo la prueba en la rigidez de sus miembros, y otras pruebas puedo buscar y encontrar en el interior de su cuerpo.

—Pues decid, porque es una circunstancia que interesa mucho.

—Hace lo menos doce horas que esta mujer dejó de existir, ó lo que es igual, la mataron esta mañana, probablemente al amanecer.

—¡Ah!...

—Viéndolo estáis—le dijo Quirós á Leandro—, aunque á las cuatro de la tarde hubiésemos venido, también hubiera sido tarde.

—La muerte de esta mujer—repuso el doctor—, debe ser una consecuencia de la salida de esta casa de la prisionera, y, por consiguiente, debemos creer que se la llevaron esta mañana, y como ningún indicio dejaban aquí, ni siquiera se cuidaron de cerrar la puerta.

—¡Vive el cielo!—exclamó Pantoja.—Buen médico sois; pero haríais mejor alcalde.

—Todo esto es cosa clara, y aun encontraremos algo más, porque algo deja siempre una persona.

—Por desgracia en esta ocasión no ha sucedido así.

—Lo veremos—dijo el doctor.

Y mientras hablaba así, iba y venía por el aposento, examinándolo todo.

—¡Ah!—exclamó al ver en el suelo unos trapos y unas cintas.—Algo es esto.

Y desplegó una sonrisa de satisfacción.

Recogió los trapos, los miró y remiró, los acercó á la nariz, y luego dijo:

—Mostaza... Le han puesto unos sinapismos, lo cual prueba que alguien aquí ha estado indispuerto, con la cabeza arrebatada probablemente por alguna fiebre violenta.

—¡Doctor!...

—Dejadme hacer suposiciones y deducciones.

—Sí, sí.

—A esta casa trajeron á la huérfana, y debió llegar con fiebre producida por las violentas conmociones que había experimentado. La fiebre debía tener más ó menos marcadamente un carácter nervioso, apoderándose en particular del cerebro y produciendo el delirio.

Todos contemplaban con admiración á Olivares, que siempre con la misma calma, prosiguió diciendo:

—Debemos suponer que esta vieja había de ser el guardián de Consuelo.

—Eso es indudable.

—Cuando la sacaron de la silla de manos, encontráronse con que la infeliz no podía pedir socorro, ni siquiera comprendía su situación, y espantado el criminal y temeroso de perder el fruto de su crimen, no quiso encerrar á Consuelo en la cueva, sino que la dejó en esta cama, y para cuidar de ella instalóse a su lado esta mujer.

—Todo eso es claro como la luz del día—dijo don Diego—, y yo soy un estúpido por no haberlo comprendido así.

—Continuad—dijo ansiosamente Leandro.

—No podían llamar al médico, porque se comprometían, y probablemente la vieja determinó poner unos sinapismos á la joven, y los sinapismos produjeron su efecto, despejando la cabeza de la pobre niña, que debió quedar alestargada.

—Sí, y entonces esta mujer, que sin dormir había pasado la noche, porque esperaba al señor Antolín, se entregó al reposo.

—Ahora falta saber lo que hizo el criminal. Supongamos que determinó llevar á otra parte á Consuelo, porque temía que sus cómplices declarasen, como ha sucedido.

—Quizá desconfiara también de la mujer, y aprovechó los momentos en que dormía para matarla, llevándose después á su víctima.

—Eso pudo haber sucedido—dijo el doctor—; pero si desconfiaba de la vieja no tenía necesidad de matarla, pues bastaba con que aquí la encerrase para que no pudiese seguirla y averiguar adónde iba. Nadie atenta contra la vida de otra persona por mero placer de hacerlo así, sino por absoluta necesidad, y además, para asesinarla mientras dormía, porque á ello le obligasen las circunstancias, lo hubiera hecho con menos trabajo, dándole una puñalada en el corazón; pero estrangularla parece más bien el desahogo en un arrebato de ira, y quizás él mismo no quiso matarla.

—Esperad—dijo Leandro, cuyos ojos brillaban con el fuego de la inspiración.

—Veamos cómo discurrís, señor alférez.

—Supongamos—repuso el mancebo—que Antolín salió para hacer averiguaciones sobre la

suerte de sus cómplices ó para tomar alimento y con la esperanza de que entre tanto se calmase su víctima.

—Bien, muy bien... Antolín necesitaba alimentarse, tanto más cuanto que había trabajado mucho durante la noche... Muy bien, señor Leandro. Continuad, porque vamos á ver lo que prometéis.

—Quizás Consuelo se mejoró y volvió al conocimiento mientras la vieja dormía y su verdugo estaba fuera de la casa.

—Además de los sinapismos—dijo el doctor—, tenemos la influencia de la luz del sol, y al amanecer la fiebre debió remitir ó desaparecer, y Consuelo se encontraría más despejada.

—Y entonces comprendería su situación, y como vió que su guardián dormía y que ningún inconveniente tenía para salir de la casa, se quitó los sinapismos, los tiró al suelo...

—Así estaban, como si se hubiesen arrojado de cualquier manera.

—Tomó sus zapatos y salió...

—¡Ah!—exclamó el mancebo.—¡Se ha salvado!

—¡Gracias, Dios mío!—dijo el señor Antonio, á quien le parecían adertadas aquellas suposiciones:

Y luego añadió:

—Lo demás se explica fácilmente.

—El señor Antolín volvió, entró sin llamar, porque Consuelo no se cuidó de cerrar la puerta, encontróse con que su víctima había desaparecido, y ciego por la ira acometió á la mujer, la asió por el cuello, le preguntó, la acusó, le amenazó, y...

—Se le quedó muerta entre las manos.

Era admirable el acierto con que aquellos hombres discurrían; pero nada hubieran adivinado sin las primeras suposiciones, deducciones y observaciones del doctor.

Finalmente, creyeron que la huérfana no se encontraba ya en poder del señor Antolín; pero ¿á dónde había ido á parar?

Esto preguntaba sin cesar Leandro.

—Pues eso—dijo el doctor—se adivina mejor que nada. La necesidad dió por de pronto fuerzas á la pobre niña y pudo salir; pero su deseo la engañó, y cuando estuvo libre, cuando ya no tenía que temer nada de su perseguidor; atormentada solamente por el temor de que hubiese muerto su protector generoso, desaparecieron.

sus fuerzas, cayó sin conocimiento, y... Alguien debe haberla socorrido, aunque...

Se interrumpió el médico y su frente se contrajo.

—Acabad.

—No hay nada que me infunda tanto miedo como las pícaras coincidencias.

—Explicáos.

—Es muy desagradable lo que tengo que decir.

—No puede ser más desagradable que lo que sucede.

—Pues bien, temo que el señor Antolín sea quien haya encontrado y socorrido á Consuelo.

—¡Oh!...

—Si esto no es probable, es posible.

—Sosegáos—dijo el alcalde—y veamos lo que nos dicen los vecinos.

—Sí, sí.

—Pues vamos.

Salieron de la casa, donde quedaron algunos corchetes para vigilar.

En la casa de enfrente llamaron, y mandaron abrir en nombre de la justicia.

Abrieron, y otra vieja haraposa se presentó, exclamando:

—¡Jesús me valga!... ¡En mi casa la justicia!...

—Nada temáis, buena mujer, porque lo único que buscamos son noticias.

—Eso es otra cosa; pero...

—Escuchad.

—Dispuesta me tiene á responder vuestra señoría, y lo haré con el debido respeto.

—¿Quién habita en esa casa de enfrente?

—Una mujer que se llama Rita. Yo no tengo amistad ni relaciones con ella.

—Pero debéis saber algo de su conducta, de sus antecedentes.

—Nada sé, señor alcalde. He oído decir que si se ocupa en esto ó en lo otro, ó en lo demás allá... En fin, señor alcalde, vuestra señoría debe entenderme... La visitaban algunos hombres de mala traza, y esto es lo único que puedo decir.

—¿Y la noche pasada no habéis observado nada de particular?

—Desperté bastante tarde y oí ruido de pasos y que llamaban en casa de la señora Rita; pero como no soy curiosa, me dormí otra vez tranquilamente.

—¿Y hoy?

—Muy temprano vi que llegó un hombre que la ha visitado otras veces.

—¿Sabéis quién es?

—Lo ignoro.

—¿Sus señas?

—Muy flaco, amarillento, muy feo, y vestido así como con pretensiones de hidalgo.

—Veo que decís la verdad.

—Poco antes sucedió otra cosa, señor alcalde.

—No olvidéis nada—dijo el señor Antonio—, y os recompensaré largamente.

—A Dios gracias sé cumplir mi obligación.

—¿Qué sucedió antes de que viniese el hombre flaco?

—Que se abrió la puerta y salió una mujer, joven, rubia como el oro, hermosa como un ángel; pero pálida como un difunto...

—¡Consuelo!—exclamó Leandro.

—Miró á todos lados como espantada, y echó á correr...

—¿Hacia dónde?

—Calle arriba.

—Proseguid.

—Luego vino el hombre flaco y se detuvo un poco, y oí que decía: "¿qué significa esto?...". Y entró en la casa de la señora Rita, y sonaron gritos... Nada más sé decir. El hombre flaco salió jurando y maldiciendo, y se fué calle abajo.

—¿Había pasado mucho tiempo desde que salió la joven rubia hasta que vino el hombre?

—Como una hora.

—Está bien.

—Entreabierta dejó la puerta y así ha estado todo el día. Algunos vecinos miraban al pasar; pero como nada de particular se veía ni se oía, nadie ha entrado. Esta tarde al oscurecer andaba por aquí un hombre y... Vos, os conozco bien—añadió la vieja dirigiéndose al criado del señor Antonio.

—Es verdad.

—Y luego habéis venido los demás.

—¿No sabéis otra cosa?

—Nada, señor alcalde.

—Pues venid y reconoceréis el cadáver que en esa casa se encuentra.

—¡Un cadáver!—exclamó la vieja con espanto.

—Sí,

—¡Dios misericordiosos!...

—Vamos.

La mujer obedeció.

Apenas vió el cadáver, exclamó:

—¡La señora Rita!...

—¿Estáis segura de no equivocaros?

—¿Cómo he de equivocarme, si hace más de diez años que estoy viéndola diariamente?

La vecina no podía en realidad decir más de lo que había dicho.

Tenía mucho interés la noticia que había dado y confirmaban las últimas suposiciones hechas por Leandro.

—Tomad—le dijo el señor Antonio.

Y le entregó una relumbrante moneda de oro.

—Que Dios se lo pague á vuestra merced...

—Es justa recompensa, porque habéis dicho la verdad.

A su casa volvió la vecina, bendiciendo la hora en que la justicia la había buscado.

Interrogaron á los demás vecinos; pero ninguno pudo decir más sino que habían visto medio abierta todo el día la puerta de la casa de la señora Rita, lo cual á nadie llamó la atención, porque otras muchas veces había sucedido.

De la calle salieron y continuaron los interrogatorios por si alguien había visto pasar á la joven; pero todos respondían negativamente.

Así fueron hasta Puerta de Moros.

Si hubiesen vuelto á la derecha avanzando hasta San Andrés, hubieran encontrado quien les diese la noticia que tanto deseaban y necesitaban; pero no lo hicieron así.

No podían ir de casa en casa y recorrer toda la población.

Supusieron que á la joven la habían alcanzado las fuerzas para alejarse mucho y que quizás había caído desmayada en el centro de Madrid, ó tal vez en las cercanías del Arrabal.

Retrocedieron.

Hacia San Pedro se encaminaron preguntando también por el señor Antolín.

Nadie recordaba haberlo visto.

Vencidos tuvieron que declararse por entonces.

El señor Antonio le dijo á Leandro:

—Ya sabéis que Consuelo huyó calle arriba, y que el señor Antolín se fué calle abajo, de lo cual debéis deducir que es imposible que se hayan encontrado.

—Esa es mi opinión; pero...

—Puede ser que Consuelo esté gravemente enferma y que su vida peligre; pero se ha salvado su pureza, está ya libre de la más horrenda desgracia.

Consolador era esto; pero no tanto como el mancebo hubiese querido.

El doctor, aunque callaba, era el que más te-

mía, pues calculaba que en el grave estado en que la joven debía encontrarse cuando de la casa salió, era forzoso que la alteración de su salud se hubiese complicado muy peligrosamente.

No podían hacer más aquella noche, pues particularmente las fuerzas de don Diego, de Quiros y de Leandro estaban agotadas.

No habían dormido la noche anterior, apenas habían tomado alimento aquel día, y no habían descansado un instante.

Grande era su resistencia; pero tenía su límite.

El doctor Olivares se despidió para volver á palacio, prometiendo darle al rey cuenta detallada de todo lo sucedido.

Los demás se encaminaron al Arrabal de San Martín.

Hablaban muy poco, porque tenían que pensar mucho.

Lorenzo había dejado de existir, y su cadáver fué sacado de la casa.

Antón continuaba en el mismo estado, con poca diferencia, y casi á todas horas estaba alestargado por la fiebre.

—¿Puedo hacer algo ahora?—preguntó el alcalde.

—Demasiado habéis hecho—le contestó el señor Antonio.

—Pues declaro que no me quedan fuerzas para sostenerme.

—Retiraos á vuestra casa y descansad.

—¿Y qué haréis vosotros?

—Aquí pasaremos la noche.

—Mejor estaríais en vuestra vivienda.

—Más tranquilos aquí, por si novedad ocurre en el estado del pobre Antón.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Dics os dé salud, don Diego.

—Y que también me ayude para encontrar á esa niña infeliz y al miserable que ha cometido estos crímenes, porque con sosiego no viviré hasta que lo vea castigado.

No era posible que prolongasen la conversación, porque fuerzas no tenían ni aun para hablar.

Despidióse don Diego y se fué, dejando allí algunos corchetes á las órdenes del señor Antonio y de Leandro.

Sin otra novedad debía pasar aquella noche.

La situación no era menos crítica que algunas horas antes.

No solamente era difícil que se descubriese pronto el paradero de la huérfana, sino que había también el peligro de la muerte para la infeliz.

Para que el lector no se haga ilusiones, advertiremos que la ilustre dama de la mirada melancólica, vivía muy retraída del trato social, y que por consiguientes, no era probable que con nadie hablase de aquel suceso y que así pudiera llegar la noticia hasta nuestros amigos.

¿Qué determinaría Felipe II en vista de los últimos sucesos?

Nada por de pronto, absolutamente nada.

—¿Y don Juan?

Preocupado estaba y sufría mucho, no porque abrigase ningún temor, sino porque le era forzoso renunciar al amor de doña Luz.

Mientras sus víctimas se encontraban en la situación más horrible, el miserable traidor cavilaba y trazaba planes para concluir con la existencia de su rival.

¿Accedería don Luis á que su hija se casase con el señor Antonio?

Nos parece que no, y por consiguiente era también muy triste, y debía ser muy apurada la situación de doña Luz y el hidalgo.

Dejaremos que llegue el nuevo día.

CAPÍTULO XXXIV

UNA DETERMINACIÓN DE GUEVARA

Al día siguiente, desde muy temprano, el alcalde, Quirós y Leandro volvieron á ponerse en movimiento, y Olivares también hacía mucho, aunque en apariencia permanecía indiferente.

Inútilmente se movieron, pues no conseguían averiguar dónde se encontraba la huérfana.

Ya no era posible dudar que esta había enfermado y tan gravemente que no pudiera ni aún decir dónde habitaba.

Bien podía suceder que muriese sin haber pronunciado siquiera su nombre, y este peligro, por desgracia muy cercano, espantaba á su amante y á sus amigos y les hacía sufrir lo que no es imaginable.

Don Juan de Guevara, como quien se interesa por un desgraciado, aunque sea el último desconocido, procuró averiguar el estado del asunto, y también hizo, aunque con distinto fin, cuanto es imaginable para conocer el paradero de su hija.

Desde que el miserable perdió la última espe-

ranza de casarse con doña Luz, no tenía tanto interés en ocultar la existencia de Consuelo; pero tampoco estaba decidido á cumplir su deber y reconocerla, pues antes que hacer esto necesitaba meditar mucho.

Todo aquel día y el siguiente lo pasó reflexionando sobre tan grave asunto y comprendió al fin que en su situación, bastante difícil, le convenía dar algunas pruebas de honradez y de nobles sentimientos. Así inspiraría confianza y atenuaría en lo posible sus culpas, pudiendo aspirar á que se le guardasen algunas consideraciones y á que el monarca fuese clemente en caso de apuro.

Más que nadie creía don Juan que su hija no podría sobrevivir á las desdichas que había sufrido, y por consiguiente, era menos lo que arriesgaba si la reconocía.

Al fin se decidió y diciendo:

—El hombre que no se somete á las circunstancias, comete la mayor de las locuras. Puesto que las circunstancias lo exigen y son superiores á mí, me someteré y sacaré partido de ellas en cuanto me sea posible.

Ya no vaciló, y dando á su aspecto la expresión dolorosa que le convenía, se fué á palacio y esperó la ocasión de hablar reservadamente con el monarca.

—Señor—dijo el criminal—si vuestra majestad se dignara escucharme, consideraré que me ha otorgado la más señalada merced.

—Alguna desgracia os sucede, don Juan—respondió Felipe II—pues así parece revelarlo vuestro semblante.

—Si yo fuese merecedor de que vuestra majestad me honrase hasta el punto de fijar en mí su atención, no se le habría ocultado que hace algunos días estoy muy preocupado. Siempre viene la fortuna tras de la desgracia, y también sucede que las desgracias nos agobian cuando empieza á sonreírnos la fortuna. Pocos días hace me honró vuestra majestad como yo no merecía, y veinticuatro horas después empecé á sufrir lo que nadie puede comprender.

—Explicaos, don Juan, que si de mí depende el alivio de vuestro sufrimiento, me complaceré en devolveros la tranquilidad.

—Depende de Dios; pero si he de cumplir mis deberes, necesito revelar á vuestra majestad el secreto de mis desdichas.

—Os escucho.

—En los primeros años de mi juventud, en

esa edad en que apenas tenemos juicio y no damos importancia á nuestras acciones, en esa edad en que nuestras pasiones se desbordan tan fácilmente, cometí una grave falta.

—Todos las hemos cometido.

—Y el castigo me estaba reservado para más tarde, y ahora lo sufro, después de diez y ocho años.

—Ya sabéis que no hay deuda que no se pague.

—La experiencia me lo ha probado así—dijo tristemente don Juan.

—Proseguid.

—Conocí á una pobre aldeana cuya belleza me impresionó, y sin dar importancia á mi proceder, conseguí que la pobre niña me sacrificase su pureza.

—Una seducción.

—Satisfecho mi deseo y viéndome obligado además, para atender á negocios de grande interés, á venir á la corte, abandoné á la sencilla aldeana sin comprender que cometía un crimen. Un hijo, una niña, fué el resultado de mi abuso, y según más tarde supe, la infeliz que su honra me había sacrificado, murió, dejando á su padre al cuidado de la niña inocente, cuyo porvenir debía ser el más triste.

—Una historia como muchas.

—Algunos años después, mi conciencia me acusó y me mandó cumplir mis deberes. Quise hacerlo así, busqué á mi hija y no la encontré, ni pude adquirir noticias de su paradero. Cansado al fin de buscar sin encontrar, dejé que el tiempo hiciese lo que yo no conseguía, y así han transcurrido los años.

—Es decir, que tenéis una hija y que desapareció.

—Eso es.

—Continuad.

—Por una serie de circunstancias, de casualidades, de coincidencias que providenciales deben ser, llegué á encontrar hace poco tiempo algún indicio, y otra vez trabajé sin descanso para poner en claro la verdad. Me habló vuestra majestad de una joven amparada por un soldado viejo durante los sucesos tristes del Escorial.

—Sí, y os pedí ayuda para encontrarla.

—Vuestra majestad me dijo que se llamaba Consuelo.

—Sí.

—Y ése es el nombre de mi hija.

—Extraña coincidencia.

—Su abuelo se llamaba Mateo también.

—Pues entonces debísteis sospechar que la huérfana en cuestión fuese el fruto de vuestro extravío.

—Sí, señor; pero nada me atreví á decir á vuestra majestad, porque un error podía tener las más graves consecuencias.

—Ciertamente.

—Si no era mi hija, ¿para qué hablar de mi extravío?

—Comprendo.

—Busqué sin descanso, aunque aparentaba ocuparme poco de este asunto.

—¿Y qué habéis conseguido?

—Que á la huérfana encontré hace pocos días, muy pocos, y para poner en claro mis dudas principié por introducirme en la vivienda del honrado Antón Cañamero.

—Muy reservado habéis sido, don Juan.

—La prudencia me aconsejaba serlo, porque ante todo necesitaba pruebas.

—¿Y las habéis encontrado?

—Tarde, señor.

—¡Tardel...

—Sí, porque no las tuve hasta el día en que me sorprendió la noticia de un crimen que se había consumado en el Arrabal de San Martín.

—¡Don Juan!...

—Y Consuelo ha desaparecido precisamente en los momentos en que mis dudas se disipaban, en los momentos en que me convencí de que era mi hija... ¡Ah!... Digno soy de compasión, porque sufro como padre, y sufro también porque mi conciencia se levanta terrible, implacable, y me acusa sin cesar, y no me deja un instante de reposo.

Don Juan se interrumpió como si no pudiese continuar.

Parecía profundamente conmovido.

Lo mismo que siempre, daba pruebas entonces de ser un cómico muy hábil.

Inclinó tristemente la cabeza.

Su semblante revelaba el dolor más intenso.

Felipe II lo miró mientras entreabría los labios para sonreír muy levemente.

Hubiera temblado, se hubiera espantado don Juan de Guevara si se apercibiese de aquella sonrisa.

Pasaron algunos minutos de silencio, que rompió el monarca para decir:

—Yo también, aun siendo rey de dos mundos,

he llegado tarde, porque no he sabido dónde Consuelo se encontraba sino después que se ha cometido el crimen.

—Pues por lo que después he visto...

—Habéis debido suponer, y no os equivocásteis, que de este asunto hablé también á Quirós.

—Sí, señor, lo he supuesto.

—Quirós no se parece á ningún hombre, y no sé si debe calificarse de extravagante. Alguna vez he creído que mi imaginación se extraviaba, y... No acabo de conocerlo.

—Yo tampoco.

—Averigué dónde estaba la huérfana, y calló; averigué también que la pobre niña estaba enamorada, y vino á pedirme protección para el amante. Es un mancebo de mucha inteligencia y noble corazón; pero un pobre soldado, y lo nombré alférez.

—Ya lo sé.

Quirós me dijo algunas frases vagas que no pude entender, y cuando el criminal abuso se ha cometido, me ha dado explicaciones, y no completas, puesto que deja entrever que conoce la historia de la pobre niña, el secreto de su existencia, y no dice más. Yo lo he dejado, aparentando que su reserva y su extraño proceder no me llamaban la atención, porque sólo así puedo llegar á conocer á ese hombre.

—No es fácil, señor. Yo me equivoqué, juzgándolo muy desafortunadamente, y ahora, al encontrar las pruebas de que Consuelo era mi hija, las he tenido también de que el señor Antonio de Quirós es uno de esos hombres de gran talento y de una nobleza de alma sin igual.

—¿Estáis seguro de no haberos equivocado?

—Tengo las pruebas, señor, y á reconocerlo estoy obligado por más que Quirós sea mi rival, por más que sea el verdadero estorbo insuperable que se ha levantado entre el corazón de doña Luz y el mío. No puedo amar á Quirós, lo confieso; pero soy justo.

—Os felicito, don Juan.

—¿Y qué extraño es que conozca el secreto de mi extravío cuando no hay secreto que no conozca? No sé cómo puede averiguarlo todo; pero ello es que lo averigua, y que todo lo sabe con una exactitud que sorprende. A mí me hizo algunas indicaciones sobre el conocimiento que tenía de mis antecedentes, pero nada más, y ahora comprendo su conducta.

—Os agradezco mucho las noticias que acabáis de darme.

—Ya conoce vuestra majestad mi situación.

—No es risueña.

—Sé que mi hija existe, la conozco, y cuando quiero abrazarla desaparece.

—La buscaremos.

—Abrigo temores horribles.

—¿Creeis que el miserable que de ella se apoderó haya consumado el abuso?

—Según entiendo, Dios la ha protegido y se ha librado de esa inmensa desgracia.

—Sí.

—Pero dudo que pueda soportar los terribles golpes que ha sufrido, y me parece que hay motivos para creer que sus fuerzas se agotarán, y que si no ha muerto está á los bordes del sepulcro.

—Enferma debe estar.

—De otro modo no se explica lo que está sufriendo, pues si hubiese podido decir su nombre y el de su protector, los que la hayan amparado hubiesen ido al Arrabal. Además, el crimen ha sido ruidoso; no hay en Madrid quien no se ocupe de tan triste asunto, y por consiguiente, los que á Consuelo hayan auxiliado comprenderían quién era con poco que ella dijese.

—¿Y qué determinación habéis tomado?—preguntó el monarca.

—Busco, señor, porque otra cosa no puedo hacer.

—Supongamos que se averigua dónde está Consuelo:

—¡Ahl...

—¿Qué haréis en semejante caso?

—No puedo hacer más que una cosa para cumplir mis deberes y satisfacer los deseos de mi corazón.

—Es decir, que reconoceréis á vuestra hija.

—Sin vacilar.

—¿Y por qué no lo hacéis desde ahora?

—Mientras no sepamos dónde se encuentra...

—Eso no es inconveniente, porque podéis declarar que vuestra hija es la joven amparada por Antón Cañamero, y que ha sido víctima del crimen en que entiende la justicia en estos momentos.

—Señor...

—Me parece que esto es perfectamente legal, y así, si vuestra hija ha muerto, en la losa de su sepultura podría ponerse el nombre de su padre, y si vive, cuando la encontremos no tendréis que hacer más que abrazarla. También siendo vos su padre nadie os negará el derecho que tenéis á entender en este asunto, y el juez os mira-

rá como se mira á la persona más interesada, y podréis perseguir á los criminales y pedir contra ellos lo que bien os parezca con el derecho del ofendido.

—Si esa es la opinión de vuestra majestad...

—Sí; pero tened entendido que os dejo en libertad completa para que determinéis lo que os parezca mejor, porque en este asunto no tengo más interés que el que me había inspirado con sus desgracias esa pobre niña.

—Estoy decidido, señor, y hoy mismo y con todas las formalidades haré el reconocimiento de mi hija, y pediré que de mi declaración tome acta don Diego de Pantoja, y que al nombrar á Consuelo y escribir su nombre, le ponga un apellido, que es el mío, y en la causa me mostraré parte como interesado directamente y como ofendido.

—Bien, muy bien.

—Ya que tengo que renunciar al amor de doña Luz...

—Os queda un amor más puro.

—Y como lo que sufro es justo castigo por la gran falta que cometí, seduciendo y abandonando á la pobre madre de Consuelo, me resignaré.

—Esa es vuestra obligación.

—No merezco la protección de vuestra majestad; pero siquiera por mi hija, que es inocente...

—Por ella haré cuanto me sea posible, y así le deberéis mucho.

—Gracias, señor.

—Haced un esfuerzo y tranquilizáos, que aún nos queda esperanza y medios nos sobran para encontrar á vuestra hija.

—El día que así suceda, será el más feliz de mi vida.

—Dios os perdonará si vuestro arrepentimiento es verdadero...

—Señor...

—Ocupaos exclusivamente de vuestra hija.

El señor de Guevara pronunció algunas palabras más, y salió de la cámara.

Su papel lo había representado tan hábilmente, que hubiera engañado y hasta conmovido á cualquiera que no fuera Felipe II.

Inmediatamente el traidor ocupóse en cumplir todas las formalidades para reconocer como hija suya á Consuelo, y de este asunto habló sin ninguna reserva, y la noticia cundió rápidamente, haciéndose muchos comentarios.

Y no solamente la noticia de este suceso cun-

dió, sino que todos referían detalladamente la triste historia de Consuels.

No es menester decir que esta historia la refirió el señor Antonio á dos ó tres de sus amigos, lo cual fué bastante para que la conociese todo el mundo.

Así á don Luis de Guzmán no pudo quedarle duda de que su hija había dicho la verdad en cuanto á que don Juan de Guevara tenía una hija.

Resultó también que el crimen cometido en el Arrabal tuviese así más importancia, puesto que no se trataba ya de una infeliz cualquiera, sino de la hija de un caballero, cuya posición había llegado á ser de gran importancia desde el momento en que fué nombrado gentil hombre.

Si la dama que cerca de San Andrés habitaba no hubiese vivido tan retirada, de seguro aquel mismo día ó al siguiente hubiese conocido la historia que la atención pública ocupaba; pero nada supo y sólo pensó en salvar la vida á la joven, esperando á que ésta pudiera explicarse para dar un aviso á su familia.

Esto, que parece muy extraño, se comprenderá perfectamente cuando conozcamos á la ilustre dama que había socorrido á Consuelo.

No tenemos para qué dar cuenta detallada de cuanto hicieron nuestros amigos, pues basta decir que nada consiguieron, y que los días pasaban sin que adquiriesen noticias de la infeliz joven, ni sus huellas encontrasen.

El mancebo estaba desesperado.

No se resignaba, ni era posible que se resignase.

La justicia tampoco había logrado encontrar al señor Antolín.

Y don Juan de Guevara, para representar su papel con toda perfección, iba diariamente á saber si mejoraba el veterano; y como allí encontraba siempre al mancebo, le hablaba con mucha dulzura, muy cariñosamente, y á pesar de que Leandro apenas le contestaba.

Del señor Antonio nada tenemos que decir, porque en vez de moverse mucho para no conseguir nada, meditaba á todas horas y conferenciaba con el astuto doctor, buscando un medio para encontrar á la hija de Guevara.

¿No conseguirían nada aquellos dos hombres de ingenio tan fecundo?

Nada habían conseguido al cabo de ocho días, tiempo sobrado para que combinasen un plan cualquiera.

Ingenio le sobraba también á Leandro, y más interés que nadie tenía, y tuvo que reconocer al fin su impotencia.

Así quedó la situación después de aquellos ocho días.

CAPÍTULO XXXV

LA INSPIRACIÓN DEL HIDALGO Y DEL DOCTOR

El señor Antón había mejorado en cuanto era posible, y el doctor Olivares atreviase ya á responder de la curación.

Preciso fué decirle la verdad de cuanto había sucedido, pues se convencieron de que al valeroso veterano le hacía más daño que nada la incertidumbre, de manera que conocía perfectamente la situación y estaba al corriente de cuanto se hacía para averiguar el paradero de la joven.

También se le dijo lo del reconocimiento hecho por don Juan de Guevara, y aunque se alegró mucho de que Consuelo tuviese ya padre, desagradábale que el padre fuese don Juan, y dudaba que éste cumpliera su deber sinceramente.

El señor Antonio dió al veterano los más prudentes consejos en cuanto á la conducta que debía seguir con el traidor, y así éste no llegó á desconfiar, sino que creyó que se había conjurado la tormenta, y que ya ningún peligro le amenazaba.

Su primer cuidado era entonces inspirar confianza, porque así le sería posible desgargar el golpe contra el señor Antonio sin que nadie pensara en acusarlo.

Según hemos dicho, á todas horas cavilaba el noble hidalgo, y diariamente conferenciaba con el doctor.

Una noche, después de haber permanecido por espacio de una hora solo en su aposento, los negros ojos de Quirós brillaron, cambió repentinamente la expresión de su semblante, y exclamó:

—¡Triunfaré!

Y en pie se puso, meditando mientras paseaba.

En su inteligencia había penetrado un rayo de luz, había brotado la ida feliz, la inspiración, ó lo que es igual, creía haber encontrado el medio de averiguar en pocas horas dónde se encontraba Consuelo.

¿Se equivocaba?

Tal vez; pero no lo sabemos.

Nada le era posible hacer aquella noche; pero

con la seguridad de que conseguiría mucho al día siguiente, pudo acostarse y dormir con perfecta tranquilidad.

El hidalgo era una de esas criaturas que gozan haciendo bien, y debía considerarse muy dichoso si proporcionaba la dicha á Consuelo y Leandro.

Amaneció.

El lecho dejó el señor Antonio.

Volvió á pensar en el mismo asunto, tomó algún alimento, y exclamó:

—¡Que Dios me proteja!

Y salió de su casa y al alcázar real se encaminó.

Cuando dejó atrás las Platerías y la Puerta de Guadalajara y por la calle de la Almudena seguita, encontré con el doctor Olivares, que iba en dirección contraria.

Ambos se detuvieron, contempláronse por un instante, y mientras el hidalgo exclamaba:

—¡He triunfado!

El doctor decía:

—¡Eureka!

—¡Vive el cielo!—dijo Quirós.

—Decís que habéis triunfado...

—Y vos también, doctor.

—¿Sabéis dónde está Consuelo?

—No.

—Entonces.

—¿Y vos?

—Tampoco.

—¿En qué consiste vuestro triunfo?

—¿Y el vuestro?

—En una idea, en un plan.

—Y el mío también.

—¡Ahl...

—¿Por qué os sorprendéis?

—La coincidencia...

—Es rara, sí.

—Explicáos, doctor.

—Hacedlo vos primero.

—Pues venid á mi casa, porque la conversación ha de ser interesante, y debemos hablar serenamente.

—Adónde iremos será á la vivienda de don Diego Pantoja, pues para mi plan lo necesito.

—Yo me encuentro en el mismo caso.

—Empiezo á sospechar, señor Antonio, que vuestra idea y la mía no sean más que una.

—Mucho me alegraría.

—Sí, porque nos inspiraría más confianza.

—Vamos, pues, que los minutos son preciosos.

—Vamos.

Y no hablaron entonces más.

A buen paso encamináronse á la vivienda del alcalde, que á salir se disponía.

—¿Qué novedad ocurre?—preguntó al ver al hidalgo y al médico.

—Venimos para que nos escuchéis.

—Y con mucho gusto lo haré... Sentaos y explicaos.

—Dios me ha inspirado—dijo Qvirós.

—Y yo tengo una idea, un plan.

—¿Para buscar á la hija de Guevara?

—Sí.

—Sepamos, pues de gran interés es el asunto.

—Principiad, señor Antonio.

—Vos primero, doctor, porque antes es quien más años tiene.

—Pues válgame la vejez, y principio reconociendo que he sido torpe, muy torpe, porque no se me ha ocurrido la cosa más sencilla.

—Yo hago la misma confesión—dijo el hidalgo.

—Es indudable que Consuelo, cuando á su casa volvía, temiendo encontrar muerto á su protector, perdió las fuerzas y cayó sin sentido.

—Y es indudable también que alguien la socorrió y la entró en su casa para hacer por ella lo que fuese posible.

—Su grave estado no podía ocultarse al más torpe.

—Y como la persona que tan buena obra hizo debió comprender que se comprometía si la joven llegaba á morir, tanto por hacer completo el beneficio, cuanto para quedar á cubierto de toda responsabilidad...

—Debíó ir en busca de un médico—interrumpió Olivares.

—Y ese médico debe seguir asistiendo á la pobre niña.

—¡Ah!—exclamó el alcalde.

—¿Comprendéis?

—¡Yo también he sido torpe!

—Esta idea, este plan...

—Era también el mío.

—Mil veces necio—dijo Pantoja.—¿Cómo no se me ha ocurrido llamar á todos los médicos que hay en Madrid, dándoles las señas de la hija de don Juan?

Por lo mismo que era tan sencillo el medio, nadie había pensado en él.

—Sí—decía el alcalde entusiasmado—, aquí vendrán á declarar todos los médicos, todos los

cirujanos, hasta esos curanderos embaucadores á quienes acude la gente ignorante y sencilla, y claro es que alguno de ellos dirá que llamado fué por tal ó cual persona para curar á una mujer joven, rubia, con ojos azules, que es un prodigio de hermosura, y que estaba sin conocimiento ó deliraba.

—El medio me parece seguro.

—Y si diligente sois, don Diego, hoy mismo podrá el infeliz Leandro ver á la que tanto ama, y don Juan tendría motivo para desesperarse y se convencerá de que ha cometido una gran torpeza, puesto que ya no puede retractarse de su solemne declaración.

—¿Y habéis hablado de este asunto con su majestad?

—Sí—respondió Olivares—, y el rey ha dispuesto que inmediatamente el plan se ponga en ejecución; pero con mucho sigilo y sin que don Juan de Guevara se aperciba de lo que se hace, ni del resultado.

—Qué se propone su majestad?—dijo el alcalde?

—Si queréis saberlo, preguntádselo.

—¡Oh!...

—Principiemos, amigo Pantoja, sin meternos en más honduras, porque no nos conviene saber lo que el rey quiere callar.

—Libreme Dios de ser curioso.

—Lo único que puedo asegurar es que el rey hará justicia, pese á quien pese.

—Y alguna desgracia tendremos que deplorar.

—En cambio se evitarán mayores desgracias. Supongo que no habéis creído en el arrepentimiento de don Juan.

—No.

—Pues bien, tened por seguro que antes de mucho tiempo, y apenas encuentre la ocasión, don Juan de Guevara ha de intentar asesinaros otra vez, señor Antonio.

—No os equivocais.

—Milagrosamente os habéis salvado una vez. pero ¿sucederá lo mismo la segunda?

—¡Oh!...

—Valor os sobra; pero el valor para nada sirve contra los golpes que se descargan alevosamente.

—Confío en la protección divina.

—Yo también; pero es prudente no encomendarlo todo á Dios.

—Perdemos el tiempo.

—Es verdad.

—Pues manos á la obra—dijo el alcalde.—Ayudadme, doctor, y principiemos por hacer una lista de todos los médicos que hay en Madrid. Vos debéis conocerlos...

—Sí.

—Y en movimiento se pondrán inmediatamente cuantos alguaciles sean menester, y traerán uno por uno á todos vuestros compañeros.

—Escribid, pues, que á decir voy los nombres de cuantos se dedican á la ciencia de curar.

Tomó el alcalde la pluma.

Nombres empezó á decir el doctor.

Pocos eran enronces los médicos que en Madrid había, y por consiguiente en pocas horas también podía terminarse el interrogatorio.

Una vez que la lista estuvo hecha, dió Pantoja las órdenes convenientes, y varios alguaciles corrieron para cumplirlas.

Nuestros amigos continuaron la conversación sobre el asunto que los ocupaba.

Antes de una hora se presentó uno de los médicos que tan respetuosamente saludó al alcalde como á Olivares.

Nombró uno por uno todos los enfermos que desde una semana antes estaban á su cargo, y ninguno de ellos era la hija de don Juan.

Llegó otro médico.

El resultado fué el mismo.

Presentóse después el doctor Revilla, que era uno de los que en aquella época tenían en Madrid mejor reputación, y que estaba muy bien relacionado con la gente rica y de noble clase.

Al alcalde saludó con mucho respeto, y más ceremoniosa que cariñosamente á Olivares.

—Es preciso—le dijo don Diego—que deis cuenta de todos los enfermos que tengáis y hayais tenido á vuestro cargo desde hace días, pues así lo exige la recta justicia que he de hacer en un asunto en extremo interesante.

—Señor alcalde—respondió el médico—si no me diéssis más explicaciones, nos evitaríamos la molestia de ocuparnos de una multitud de enfermos que de seguro nada tienen que ver con la justicia. Supongo que se ha cometido un crimen, y que es necesario hacer cierta clase de averiguaciones.

—Sí.

—Pues si yo supiese lo que más interesa, con más acierto me explicaría.

—Lo que quiero es averiguar el paradero de una mujer, á la que de su casa sacaron, y que

debe haber caído enferma rápidamente y ser socorrida por alguien.

—¿Es joven?

—Y muy hermosa.

—¿Tiene los cabellos rubios?—preguntó el médico.

—Sí.

—¿Y los ojos azules?

—Esa debe ser, ésa—dijo don Diego.

—Me felicito, porque he tenido ocasión de hacer un beneficio.

—Explicaos, doctor, porque de estas averiguaciones depende la felicidad de algunas criaturas, y además el rey está muy interesado en este asunto.

—Lo he expuesto, porque me encuentro aquí con mi respetable compañero el doctor Olivares.

—Os escucho.

—Ocho días hace que fui llamado por doña Juana de Lemus, á quienes debéis conocer.

—Sí—dijo el alcalde—; á esa dama ilustre la conoce todo el mundo, aunque ella huye del trato de todos.

Olivares, no sabemos por qué, arrugó el entrecejo.

Revilla añadió:

—Me encontré con una joven, que parecía pertenecer á plebeya clase, y que estaba sumida en el letargo de una molesta fiebre. Doña Juana me dijo que cuando salía de misa de San Andrés se había encontrado con aquella criatura que acababa de caer sin conocimiento, y que la socorrió, disponiendo que la entrasen en su casa.

—Y decís que tiene los ojos azules...

—Y rubios como el oro los cabellos.

—¿Su edad?

—Unos diez y siete años.

—¡Sí, ella es!... Gracias, doctor, gracias... No sé si habréis oído hablar de un crimen que se cometió en el Arrabal de San Martín.

—¡Ah!...

—Y de una hija que tenía el señor de Guevara y ha reconocido...

—Comprendo, comprendo.

—En una casa de la calle del Almendro encerraron á esa criatura, y ella debió tener ocasión de huir á las pocas horas; pero le faltaron las fuerzas.

—¡Gracias, Dios mío—exclamó el señor Antonio.

Olivares, que silencioso había permanecido hasta entonces, dijo:

—Ya no podemos dudar de que esa joven es la hija de don Juan de Guevara, y, por consiguiente, tenemos cuanto necesitamos.

—Una cosa falta—replicó Revilla.

—Sí; que recobre la salud, pues muy grave debe ser su enfermedad cuando ni siquiera ha podido decir su nombre.

—Cuando aletargada no está, delira, y es inútil preguntarle. He agotado todos los recursos, y si hoy no se presenta una crisis favorable, me declaro vencido, porque la fiebre la ha devorado, sus fuerzas están agotadas, y ya no es posible que resista más. La veréis, mi querido compañero, y si es distinta vuestra opinión, la salvaréis, y me alegraré mucho. Con lo que acabáis de decirme me explico perfectamente su estado. Siempre he creído que esa infeliz criatura había experimentado grandes conmociones, y ahora veo que no me equivoqué. Debe tener algún pariente ó amigo que se llame Leandro, porque este nombre lo pronuncia con frecuencia, y también llama á su padre.

—Leandro es el hombre á quien ama.

—Perdonad—dijo el señor Antonio—; todos los comentarios que hagamos son inútiles, pues lo que interesa es acabar de convencernos de que esa criatura es la hija de don Juan.

—Sí, vamos á la morada de doña Juana de Lemus.

—Ireis vosotros—dijo Olivares—, veréis á la enferma, y yo, entre tanto, me ocuparé de otro asunto no menos urgente.

Quirós y Pantoja comprendieron que lo que Olivares tenía que hacer era ver al rey, y se concretaron á decirle:

—Os espèraremos allí.

—No me esperéis, porque si efectivamente esa joven es Consuelo, habréis de ir á llevarle la noticia al señor Leandro.

—Es verdad.

—Y vos, don Diego, no olvidéis hacer á mi querido compañero las advertencias convenientes.

—Señor Revilla—dijo gravemente el alcalde—, nadie, absolutamente nadie ha de saber que hemos encontrado á la hija de don Juan, ni que la tiene doña Juana, ni que vos la curáis, pues todo esto debe ser un secreto hasta para su padre.

—Callaré.

—Así lo exige la justicia.

—Ningún interés tengo en lo contrario.

—Pues vamos á ver á la ilustre dama.

Salieron todos.

Al alcázar real se dirigió Olivares.

Hacia San Andrés fueron los otros.

No tenemos para qué presenciar la entrevista que tuvieron con la ilustre dama, á la que el señor Antonio dió explicaciones suficientes para que comprendiera la situación.

Escuchó doña Juana con atención profunda.

Muy pocas palabras pronunció.

Parecía cuidarse ante todo de examinar con la mirada al noble hidalgo.

Vió éste á Consuelo, y no hay que decir que la reconoció.

Encontrábase la infeliz joven en uno de esos momentos de letargo en que no se tiene conciencia de la vida.

La gravedad de su estado la revelaba claramente su pálido rostro.

De su existencia no daba señales sino por su respiración violenta y desigual.

El doctor Revilla repitió su pronóstico terrible, diciendo que como milagro debería considerarse la salvación de aquella criatura.

No se detuvo el señor Antonio más que el tiempo absolutamente preciso, y se despidió de la ilustre dama.

Esta, que tan silenciosa había permanecido, le dijo entonces:

—Perdonadme, caballero; pero deseo saber si ante todo váis á buscar á ese joven que ama á esta pobre niña.

—Ese es mi deber, señora, porque el desdichado mancebo sufre lo que nadie puede comprender.

—¿Tenéis inconveniente en decirme cómo se llama?

—Ya os lo he dicho, señora.

—Leandro, sí; pero su apellido...

—No lo tiene.

—¡Desgraciado!—murmuró la dama.

Y otra vez guardó silencio.

Con un movimiento de cabeza saludó al noble hidalgo.

Este y el alcalde salieron.

Con cuanta prisa les fué posible encamináronse al arrabal de San Martín.

Llegaron y entraron en la vivienda de Antón.

Allí estaba Leandro, y el doctor se encontraba allí también, pues había ido, después de hablar con el rey, para ver cómo seguía el herido, y preparar su ánimo y el del mancebo para

recibir la noticia de haber encontrado á la joven.

Así se explica que apenas entrasen don Diego y el señor Antonio le preguntase el mancebo con angustiosa ansiedad:

—¿La habéis visto?

—Sí.

—¡Ahl...

—¡Mi pobre hija!—exclamó el veterano.—Sí, porque mi hija será siempre... ¿Y por qué no ha venido? Está enferma, ¿no es verdad?... La habréis tranquilizado en cuanto á mi salud, le habréis dicho que mi herida no es más que un arañazo, y que si estoy en el lecho es porque el doctor se ha empeñado en matarme en fuerza de cuidados.

—Vamos donde está Consuelo—dijo arrebatadamente Leandro.

—Sí; pero necesitáis calma, porque si ella os ve agitado...

—Tiene razón el señor Antonio—dijo Cañamero.—Es menester que disimules, hijo mío, porque si Consuelo te ve de cierta manera, creará que yo estoy muy grave.

—Descuidad, que me dominaré.

—Y vuelve pronto, Leandro, porque necesito saber cómo está mi hija. Y cuando venga don Juan...

—No le diréis una palabra de este asunto—interrumpió Olivares.

—¿Y por qué?

—Porque así lo ha mandado el rey.

—¡Rayos!... Pero si se trata de su hija...

—¿Y qué le importa su hija á ese miserable?—replicó Quirós.—La buscaba para hacer con ella lo que ha hecho el señor Antolín.

—Si el rey lo manda...

—Es preciso obedecer.

—pues callaré.

Leandro volvió á suplicar al señor Antonio que lo llevase donde estaba Consuelo.

Salieron ambos y también el doctor, que iba con el fin de apreciar el estado de la enferma, según las órdenes que el rey le había dado.

Iban á tener lugar escenas muy extrañas, incomprensibles, misteriosas.

Durante el camino hablaban sin cesar el señor Antonio y Leandro.

Olivares guardaba silencio y parecía muy pensativo.

A San Andrés llegaron y entraron en la casa.

La primera mirada de doña Juana de Lemus fué para el enamorado joven, en cuyo semblan-

te se pintaba la ansiedad y el más angustioso dolor.

Y en la dama se fijó la mirada de Olivares, que dijo:

—Señora, su majestad me ha mandado ver á la enferma; pero como necesito algunos antecedentes para juzgar con acierto, esos antecedentes nadie puede dárme los más que vos; os ruego que me escuchéis mientras mis amigos ven á la enferma y el señor Leandro satisface su anhelo.

La dama fijó una mirada profunda en el doctor, y le dijo:

—Está bien... Hablaremos.

Y á uno de sus criados mandó que á la habitación de la enferma llevasen al hidalgo y al mancebo, aunque no sin decirle antes á éste:

—Considerad que estáis en vuestra casa.

—Gracias, señora—respondió Leandro, á quien había impresionado vivamente el aspecto grave, melancólico y doloroso de aquella mujer.

Solos quedaron doña Juana y el doctor.

CAPITULO XXXVI

UNA ESCENA MISTERIOSA

Silenciosamente se contemplaron.

No tiene explicación lo que expresaba en aquellos momentos el semblante de la ilustre dama.

El doctor estaba como siempre, pues ya sabemos que le sucedía lo mismo que á Felipe II, es decir, que muy difícilmente se conmovía, ó que por lo menos no parecía conmoverse.

—Señora—dijo después de algunos minutos—, yo sé cómo explicarme sin dar ninguna explicación y para hacerme comprender.

—Doctor, hace veintidós años que nos conocemos.

—Sí.

—Conocemos también á otras personas, y quizás nadie en el mundo las conoce como nosotros.

—No os equivocáis.

—Y además—repuso doña Juana como alterada ligeramente—conocéis la triste historia de mi vida, historia que tampoco el mundo conoce.

—Ni la conocerá.

—¿Para qué necesitáis darme explicaciones? ¿Y sobre qué habéis de dárme las? ¿Acaso ha cambiado mi situación, ni la del hombre que con su antifaz de hielo oculta un corazón de diamante y un alma tenebrosa? Me parece que

no, y por consiguiente, si nuestra situación es la misma, si yo sufro y callo, como he callado y sufrido hasta hoy, si de Dios espero la justicia que al mundo no puedo pedir, y que me niega el hombre que se envanece con hipócritas alardes de justicia, me parece inútil que os molestéis y que yo me mortifique, inútil remover las cenizas de un fuego que si no se extinguió...

—Os pido perdón, doña Juana—interrumpió el médico.

—¿Me equivoco?

—No os equivocáis, sino que disimuláis.

—Doctor...

—Si he conseguido penetrar en el alma misteriosa de Felipe II, más fácilmente penetraré en la vuestra. La situación ha cambiado, y el cambio es muy trascendental.

—Pues tan grande es mi torpeza...

—No, porque vuestros ojos me han dicho lo que inútilmente negarán vuestros labios. Os lo diré con franqueza: he venido para mirar, para observar y hacer lo que convenga, según el resultado de mis observaciones.

—No os entiendo—replicó la dama, que ligeramente se estremeció.

—Al entrar os miré y vos no me mirábais, y vi que á los ojos salía vuestra alma, y sin poner las manos sobre vuestro pecho, pude apreciar los latidos de vuestro corazón. ¡Con cuánta rapidez circulaba vuestra sangre!... Y aún no ha vuelto á su curso regular... En estos momentos tenéis fiebre, señora; pero una fiebre que no ha de curarse con mis recetas.

—Sí, agitada estoy, porque esta conversación...

—No es lo que hablamos lo que os conmueve.

—Os he visto, y mis recuerdos...

—Tampoco es porque me habéis visto, sino porque habéis adivinado, lo cual no me sorprende. Hay coincidencias que providenciales deben ser, y esta es una. En vuestra casa tenéis á esa pobre niña, víctima del más criminal de los abusos. Al borde del sepulcro se encuentra, y estos sucesos lo considera todo el mundo como una gran desgracia. ¿Opináis vos lo mismo?... Responded, señora, y decid la verdad, en la inteligencia de que vos misma os condenaréis, os haréis mucho mal si negáis.

La mirada intensa del doctor se fijó en la dama.

Más densa se hizo la palidez del rostro de aquella infeliz.

Sus negros ojos brillaron como carbunclos.

Se oprimió el pecho, y exclamó:

—¡Ah!... Sí, he adivinado, y tengo la seguridad de que no me engaña mi pobre corazón; he adivinado, y Dios sabe lo que he sufrido... No, no he sufrido, porque á pesar de mi desdicha inmensa, dichosa me considero, y...

—Calma, señora, calma.

—Basta de disimulo—repuso doña Juana con febril exaltación—, basta de disimulo, porque no puedo más... Doctor, nadie más que vos puede comprenderme, nadie más que vos puede interesarse por mí... El mundo cree que no tenéis corazón; pero el mundo se equivoca, y yo tengo pruebas de que no sois indiferente á las ajenas desdichas.

—Gracias, señora.

—¡Que habéis visto el alma en mis ojos!... Sí, y la habéis visto llena de mortal angustia, de ansiedad inconcebible; la habéis visto...

—He visto el alma de una madre.

—¡Dios misericordioso!...

—Y cuando os contemplaba...

—Doctor, vos conocéis el secreto, sí, lo conocéis, porque para vos no hay misterio en cuanto se refiere á Felipe II... Decidme la verdad, os lo suplico por lo que más améis, en nombre de la misericordia divina; disipad mis dudas, si es que dudas puedo abrigar cuando me habla mi corazón... Decidme la verdad y os bendeciré; decidmela, y á vuestros pies me veréis...

Un momento se interrumpió la dama, y cogió una de las manos de Olivares, la estrechó con fuerza convulsiva, la llevó á su pecho, y siempre con febril acento, exclamó:

—¡Pobre corazón mío! Ya veis cómo late, cómo se agita... Doctor, en nombre de Dios justiciero... ¡Consolad á una pobre madre!

—Os mortificáis en vano—dijo el doctor—, porque para deciros la verdad, no necesito vuestras súplicas.

—Acabad...

—No os habéis equivocado.

Doña Juana exhaló un grito, cuyo significado era imposible comprender, uno de esos gritos que parece que el alma se llevan.

Abriéronse sus ojos estremadamente, relumbraron por un momento, y luego se empañaron, dejando escapar dos lágrimas.

La infeliz se puso en pie.

—¡Gracias, Dios misericordioso!—exclamó con voz ahogada por los sollozos.

Y de rodillas cayó, cruzando las manos, inclinando la cabeza y quedando inmóvil.

En llanto corría en abundancia por sus mejillas.

—Llorad, señora—le dijo el doctor con grave tono—, llorad, porque en estos instantes supremos necesitáis el desahogo del llanto.

Silenciosos quedaron.

Para cualquier observador hubiera sido incomprendible aquella escena.

Cinco minutos después doña Juana hacía un supremo esfuerzo, limpiaba sus ojos, y se sentaba otra vez, diciendo:

—Diez años hace que lágrimas no salían de mis ojos... ¡Bendito sea el llanto!

—Preciso es que os dominéis y me escuchéis.

—¿Qué más podéis pedirme? ¿No veis que teniendo tan cerca me contengo, y aun disimulo y destrozo mi corazón?... Pero esto no podré hacerlo muchas veces, doctor, porque las fuerzas humanas tienen su límite, y las mías han de agotarse.

—Si cometéis una imprudencia, peor para vos... Peor para él.

—Os escucho, mi buen amigo.

—Os referiré una historia, la historia de esa pobre niña a quien habéis socorrido.

—Bendita la hora en que la encontré.

El doctor, aunque con brevedad, sin olvidarse de nada de lo que tenía verdadero interés, refirió la trágica historia de Rosalía, y dió a conocer todas las desdichas de Consuelo hasta el instante en que fué víctima del abuso del señor Antolín.

Así también tuvo que hablar de Leandro, concluyendo por decir que el rey estaba decidido a protegerlo.

Cuando hubo terminado, añadió:

—Ahora comprenderéis bien la situación.

—Sí, la situación comprendo, y veo también hasta qué punto es justiciero el rey—respondió con amarga ironía doña Juana—, tan justiciero, que condena y castiga a don Juan de Guevara por las mismas debilidades que él ha cometido.

—Señora, si tanto profundizamos...

—Es verdad; debo ocuparme solamente de lo que me interesa.

—Después de adoptar ciertas precauciones, y en el momento que oportuno parezca a su majestad, podréis revelar el secreto a vuestro hijo; pero la relación ha de ser a medias, pues si otra cosa sucede...

—No, no.

—Tendríamos que lamentar algún otro acto de justicia de Felipe II—dijo irónicamente el doctor.

—Y mi desdichado hijo...

—Tan lejos iría, qué por mucho que viviese no tendría tiempo para volver.

—Y eso haría el que justiciero pretende que le llamen!

—Eso y más, bien lo sabéis.

—¡Oh!...

—¿No me habéis dicho que conocéis a Felipe II?

—Sí—respondió tristemente la dama.

—Pues entonces...

—No conocerá mi hijo el terrible secreto, no lo conocerá.

—Vos, que sois su madre, sois también la más interesada, la que más cuidadosamente debe ocultárselo.

—¡Pobre hijo mío!

—Digno es de vuestro amor, porque su alma es un tesoro de nobleza y de ternura.

Otra vez el llanto se escapó de los ojos de la dama.

—Debemos terminar por ahora esta conversación.

—Sí, porque ese hidalgo que os acompaña...

—También conoce al rey.

—Mucho debe valer ese hombre.

—Quizás tanto como Felipe II; pero con un alma distinta. Vuestra gratitud merece...

—Y la tiene.

—Es desgraciado también.

—Como todas las almas nobles.

—Otro día os referiré su historia.

—Vamos a ver a la enferma.

—Y no olvidéis...

—Descuidad, que antes que todo es para mí la felicidad de mi hijo.

—Confío en vuestro talento y en vuestra discreción.

Así pusieron fin a la conversación tan extraña como misteriosa.

Fácilmente puede el lector comprender la situación, cuyo desenlace era muy oscuro.

Entraron en el aposento donde estaba la hija de don Juan.

Continuaba ésta muda en el letargo febril.

Leandro la contemplaba con ansiedad angustiosa, con angustia mortal.

Y doña Juana contempló también ansiosamente al mancebo.

Y el señor Antonio fijó su mirada penetrante en el doctor y luego en la dama, mientras decía para sí:

—¿Qué sucede?... Mucho me equivoco, ó nos encontramos con otro misterio... Larga ha sido la conferencia, y no necesitaba hablar tanto ni tan reservadamente para decir cómo ha estado la enferma estos días... ¡Oh!... ¿Y qué hay en el semblante de esta mujer que tanto me llama la atención?... No lo adivino; pero lo averiguaré, ó dejaré de ser quien soy.

Muy detenidamente examinó el médico á la enferma.

—¿Qué opináis?—preguntó Leandro después de algunos minutos.

—Grave.

—Pero...

—Muy grave.

—¡Oh!...

—En el espacio de veinticuatro horas se presentará una crisis.

—Y luego...

—La vida ó la muerte en pocos minutos.

—¡Dios mío!...

—Un recurso queda, no más que uno.

—Salvadla, doctor, salvadla, y pedidme la vida.

—Otra cosa os pediré, porque vuestra vida no la necesito.

—Salvadla, y seré vuestro esclavo.

—Mucho prometéis.

—Y lo cumpliré.

Olivares, con la calma que le caracterizaba, volvióse hacia el hidalgo y le dijo:

—Señor Antonio de Quirós, testigo sois de lo que promete el señor Leandro. Y no quiero tanto como me ha prometido, ni jamás le pediré lo que al esclavo puede pedirse; pero habrá de concederme algo que no será para él una ofensa, ni perjudicará sus intereses.

El señor Antonio arrugó el entrecejo.

¿Por qué Olivares tomaba en consideración tan seriamente las palabras que en el arrebato de su dolor había pronunciado el mancebo?

—De la promesa de mi amigo—respondió el hidalgo—, hablaremos oportunamente.

—Ahora dadme papel y pluma, porque voy á recetar cumpliendo así las órdenes que de su majestad he recibido, y con perdón de mi apreciable compañero Revilla. Me desagrada echar

sobre mí la responsabilidad de la vida de esta criatura; pero el rey lo manda y es preciso obedecer.

Recetó Olivares.

Dió las instrucciones convenientes, y luego le dijo á doña Juana:

—Ya os indiqué que el señor Leandro ama con delirio á esta inocente niña, y por consiguiente, le haríais el más señalado favor si le permitiéseis permanecer aquí algunas horas..

—Todo el día y... De noche también. Ya le he dicho que considere que está en su casa, y se lo advertí, porque comprendía el vivísimo interés que tiene por la enferma. Mis criados lo respetarán, cumplirán sus órdenes.

—¡Ah!—exclamó el mancebo.—¡Cuán buena sois, señorial!

—Como yo también he sufrido...

—Que Dios os bendiga...

—A todos os recomiendo la calma—dijo el doctor—, y tened mucho cuidado con lo que habláis, pues aunque parece que la enferma de nada se apercibe, es lo más probable que entienda y tome en consideración todo lo que oye y lo que ve.

—Prudentes seremos.

—Por ahora he concluído, y como otros enfermos me esperan, y también su majestad, os dejo y os deseo salud.

—Y yo voy á ver al honrado Antón—dijo el hidalgo.

Ambos se despidieron y salieron.

—¿Tenéis alguna esperanza?—le preguntó sencillamente el señor Antonio á Olivares.

—Alguna, sí.

—Yo creo que Consuelo se salvará.

—Dios lo quiera.

—Así veremos si el pobre Leandro cumple su promesa.

Olivares miró al señor Antonio de una manera particular.

No respondió.

Silenciosamente avanzaron hasta llegar á las Platerías.

Allí se despidieron.

Tomó el doctor hacia el alcázar real.

El hidalgo se encaminó al Arrabal de San Martín.

CAPITULO XXXVII

OTRO ACTO DE JUSTICIA

El día siguiente á las diez de la mañana recibió don Juan orden de presentarse inmediatamente á Felipe II.

—¿Qué novedad ocurre?—se preguntó el criminal.

Le desagradaba aquella orden sin otra razón que la de no haber motivo que la justificase.

A palacio fué.

Inmediatamente entró en la cámara real.

El rey estaba sentado junto á una mesa, don-
había varios papeles.

En el extremo opuesto de la cámara encontrábase el doctor Olivares, en pie, inmóvil como una estatua y medio envuelto en la sombra proyectada por unas cortinas.

Don Juan de Guevara se sintió desagradablemente impresionado.

Si se trataba de un asunto de interés, ¿qué papel representaba allí el doctor?

No hablaba con Felipe II, y por consiguiente parecía mudo testigo de la escena que iba á tener lugar.

El semblante del monarca expresaba la misma tranquilidad que siempre.

Su mirada se fijó por un momento en don Juan, diciendo:

—Bien venido, caballero.

—Señor, he sido honrado con una orden de vuestra majestad.

—Tenemos que hablar de un asunto muy grave.

—Vuestra majestad me honra.

—Ya sabéis que principié haciendo justicia y recompensado el servicio que me habéis prestado, y que también os advertí que de hacer justicia no había concluido.

—No lo he olvidado—dijo don Juan, porque otra cosa no acertó á responder.

—Poco después de haberos entregado el nombramiento de gentil hombre con que me pareció bien distinguíros, acudísteis á mí con una querrela y en demanda de justicia.

—Señor, se me había ultrajado.

—Sí; muy graves eran las acusaciones de don Luis de Guzmán y de su hija.

—Pero yo los perdono... De todas maneras ya no es posible la dicha á que aspiraba siendo esposo de doña Luz, y por consiguiente quiero olvidarlos.

Pero si os han calumniado...

—Los perdono, señor, los perdono—volvió á decir don Juan.

—Bien me parece vuestra generosidad, y para perdonar la ofensa tiene siempre derecho el ofendido; pero esto nada tiene que ver con la justicia. Además se os acusó de haber cometido un crimen, y es menester que no quede duda de vuestra inocencia, pues la calumnia empieza á cundir; hay ya quien se ocupa de este asunto, y yo no puedo permitir que en opinión del mundo sea dudosa la honradez de uno de mis mis más allegados servidores.

Mortal palidez cubrió el rostro de don Juan.

Seguía creyendo que era imposible encontrar pruebas de su crimen; pero no era esto bastante para que estuviese tranquilo.

—He hablado con don Luis de Guzmán y le he pedido explicaciones, echándole en cara su ligereza por haber lanzado acusación tan terrible contra un caballero, y don Luis, con la firmeza de su carácter, me respondió que traía las pruebas de que vos habíais pagado asesinos para que atentasen contra la vida de Quirós.

—¡Que tiene les pruebas!—murmuró don Juan.

—Sí.

—¿Y en qué consisten esas pruebas?... Probablemente serán apariencias, de las que hará deducciones y creará que con esto basta para pronunciar un fallo.

—No se concretó á eso don Luis, sino que acusó á la justicia de falta de celo y, sobre todo, de torpeza, y dijo que si se hubiese hecho lo que hacer se debía, vos habríais muerto ya á manos del verdugo.

—Pero las pruebas—dijo don Juan con voz insegura—, las pruebas...

—Seguid escuchando.

El señor de Guevara inclinó la cabeza respetuosamente.

—También os acusó don Luis de haber guardado el secreto de que teníais una hija.

—Es verdad; pero eso no es un crimen.

—Estaba en lo cierto según después hemos visto.

—Señor, suplico á vuestra majestad que recuerde...

—Sí, recuerdo lo que habéis sufrido cuando hace pocos días desapareció esa niña desgraciada; pero ya podéis tranquilizaros, porque en salvo se encuentra.

—¡Ahl—exclamó el señor de Guevara.

—Ese desalmado á quien llaman Antolín la llevé á una casa de la calle del Almendro, y vuestra hija aprovechó un momento oportuno y huyó; pero en la calle le acometió un desmayo, cayó y fué recogida por una noble dama.

—¡Bendita sea!...

—Enferma está vuestra hija, y ayer, cuando la vió el doctor Olivares, no había esperanzas de salvación.

—¡Dios mío!...

—Pero la situación empieza á cambiar, y...

Se interrumpió el monarca y añadió dirigiéndose á Olivares:

—Decid, doctor, lo que opináis con respecto á la enfermedad de esa pobre niña.

—Que anoche tuvimos la fortuna de provocar una crisis, cuyo resultado ha sido feliz, y ahora me atrevo á responder de la salvación de la enferma. Ya ha recobrado la razón, y la fiebre no tiene importancia. Ha podido hablar, y no solamente ha respondido á cuantas preguntas se le han hecho, sino que ha dado mucha luz sobre el crimen de que fué víctima.

—¿Y el señor Antolín?—preguntó ansiosamente don Juan.

—No ha sido posible encontrarlo.

El criminal respiró como quien se siente libre de un peso enorme.

Nada tenía que temer mientras no encontrasen al señor Antolín.

—Pero algún día—repuso el monarca—, caerá en manos de la justicia.

—Dios lo quiera.

—Sin embargo, el buen Pantoja, como para desmentir á Guzmán, y con un celo y un acierto que le honran mucho, ha conseguido cuanto se deseaba.

Otra vez tembló don Juan.

—Debéis recordar—le dijo el rey—, que preso llevaron á vuestro criado José.

—Sí, para preguntarle si ese bandido había ido á mi casa alguna vez.

—Vuestro criado no vaciló para contestar.

—Señor, cuando la verdad se dice, no se vacila.

—Debe ser muy honrado y tener una conciencia muy escrupulosa vuestro criado.

—Muchas pruebas ha dado de su honradez.

—Por eso su declaración tiene doble fuerza.

—Nunca ha visto á ese hombre.

—¡Que nunca lo ha visto!—replicó Felipe II

cambiando de tono.—Pues dió señas muy exactas.

—Pero...

—Aquí tenéis la causa—interrumpió el rey, poniendo la diestra sobre uno de los montones de papeles—; aquí la tenéis, don Juan, y veréis la declaración de vuestro criado, por su mano firmada, asegurando que todas las noches iba á vuestra casa el llamado Antolín, y ratificándolo con detalles que no dan lugar á duda.

El señor de Guevara no acertó á responder.

Su rostro se puso lívido.

—A vuestro criado se le mandó que otra cosa os dijese, y así lo ha hecho... Responded, defendeos, porque de la causa resulta que vos sois el verdadero autor del crimen.

Hizo don Juan un esfuerzo sobrehumano, puso en tortura su imaginación, y dijo después de algunos momentos:

—Señor, es verdad que á mi casa iba ese hombre y que conferenciaba secretamente conmigo; pero esto no podía yo decírselo á Pantoja ni á nadie. Me honró vuestra majestad encargándome averiguar dónde se encontraban la viuda y la hija de Vargas.

—Sí.

—Sabe vuestra majestad que adopté el sistema de espiar al señor Antonio de Quirós; y como esto no podía yo hacerlo personalmente, tuve que acudir á otro persona, busqué un hombre astuto, un perdido cualquiera, y encontré al señor Antolín.

—Yo averigüé dónde se encontraban esas mujeres, y este asunto se dió por terminado, y, sin embargo, después ha sido cuando á vuestra casa iba ese hombre.

—Porque aún me servía para espiar á Quirós, que era mi rival, y sólo así pude saber que todas las noches se introduce en la morada de doña Luz. Si entretanto se ocupaba de mi hija, lo ignoro. Todas estas apariencias son motivo bastante para suponer que soy el autor de tan horrendo crimen; pero con las explicaciones que acabo de dar, todas las dudas se desvanecen. Es verdad que de Quirós me he ocupado á todas horas, porque es mi rival; pero ajeno soy á las demás intrigas. El paradero de mi hija lo descubrí por casualidad; me introduje en la vivienda de Cañamero para explorar los ánimos, y cuando meditaba para adoptar una resolución, ese miserable consumó el abuso.

No podía don Juan de Guevara haberse defendido con más habilidad.

—Si hay pruebas—añadió—, que se me castigue; pero si no las hay, si en sospechas y en deducciones solamente ha de fundarse la sentencia, entonces, y perdón le pido á vuestra majestad, la justicia...

—No—interrumpió Felipe II—, no os condenaré sin pruebas, ni tampoco olvidaré lo que pueda atenuar vuestros delitos.

—¡Mis delitos!...

—¡Vuestros crímenes he debido decir!

—¡Señor!...

—Habéis reconocido á vuestra hija, la habéis dado vuestro nombre, y ha de heredar vuestros bienes, quedando así su suerte asegurada. No habéis hecho esto para cumplir vuestro deber, no lo habéis hecho por amor á esa pobre niña; pero de todas maneras resulta el bien, y tendrá su recompensa...

—Si vuestra majestad reconoce que no son pruebas las visitas que me ha hecho el señor Antonio...

—Lo conozco.

—Entonces...

—Pedís justicia, ¿no es verdad?

—No pido justicia; pero quiero que se haga.

—Y en cuanto al crimen de que ha sido víctima vuestra hija, por ahora y mientras otra cosa no resulte, os declaro libre de toda responsabilidad.

—Gracias, señor.

—Nada tenéis que agradecer, cuando nada se os concede graciosamente.

—Sin embargo...

—Pero olvidáis otra cosa, don Juan.

—Si vuestra majestad se digna recordármela...

—Aquí tenéis también la causa que se instruyó cuando herido fué vuestro rival.

—Y de esa causa...

—Resulta lo que no sabéis, porque no la habéis visto.

—La justicia buscó á los criminales...

—Antes—interrumpió el monarca—, dispuse que á Madrid viniéseis para ver al herido, y decir si lo conocíais, y vos declarásteis que nunca lo habíais visto. Pues bien, declarásteis falsamente, porque al señor Antonio de Quirós conocíais, habitábais en uno de los aposentos de la hostería donde él también se hospedaba, sin que se sepa por qué buscábais allí posada teniendo la vuestra. También consta que una mañana en-

tró el señor Antonio en vuestro aposento, la mañana siguiente á una noche en que don Luis de Guzmán intentó en vano sorprenderlo dentro de su casa.

Mortal palidez cubrió el rostro de Guevara.

—Señor—dijo con voz insegura—, preciso es tener en cuenta que se trata de mi rival, y la noche que vuestra majestad se refiere, me ofendió de tal manera, que la ofensa tenía yo que ocultar para que no quedase muy lastimado mi honor; pero eso no prueba que yo fuese el autor del crimen.

—Por de pronto prueba que mentisteis al contestar al rey.

—Señor, las circunstancias...

—Y á la hostería, y para hablar con vos, fué un bandido á quien se conoce con el apodo de Medio-Beso, y cuando esto supo el alcalde, lo prendió, y á otros compañeros suyos también, y tomó declaraciones, sin olvidar á un tabernero en cuya casa estuvisteis con mengua de vuestra dignidad, resultando de todas las declaraciones que vos fuisteis el autor del crimen. Aquí tenéis la causa, examinadla bien; y encontraréis mucho más de lo que acabo de deciros.

Frió sudor empapada el rostro del señor de Guevara.

Ya no encontró su ingenio recursos para salir del apuro.

—Las indicaciones que acababa de hacer el rey, lo convencieron de que el crimen estaba probado hasta la evidencia, y probado que él era el autor.

¿Para qué servían las negativas después de todas aquellas pruebas?

Entonces fué cuando el criminal comprendió que Felipe II había disimulado con el fin de dejarlo que se comprometiese más y más, y tener así motivo para imponer un castigo doblemente terrible.

¿Qué medios le quedaban para salvarse?

Ningunos.

Inclinaba la cabeza sin atreverse á mirar al monarca.

Este guardó silencio por algunos minutos.

El doctor Olivares continuaba siendo mudo testigo de aquella escena, y ni se movía ni hacía el más leve gesto.

—Hay motivos y pruebas sobradas para entregaros al verdugo—dijo el monarca—; pero no quiero que vuestro nombre quede deshonrado, porque ha de ser el nombre de vuestra hija; te-

niendo además en cuenta la circunstancia atenuante de haberla reconocido, no se pronunciará la sentencia de muerte; pero justicia se hará. Como amigo habéis sido un miserable traidor, delatando á don Pedro de Carvajal, y aunque así me prestabais un servicio, no era por eso vuestro proceder menos ruin. Os recompensé como habíais prometido; pero ahora castigaré al asesino cobarde.

—¡Señor! —exclamó don Juan.

Y de rodillas cayó cruzando las manos.

—Levantaos —le dijo el rey.

—¡En nombre de mi hija inocente!...

—Levantaos os he dicho.

En pie volvió á ponerse Guevara.

La mirada penetrante y dominadora de Felipe II se fijó en él.

No es posible concebir lo que el desdichado sintió.

El monarca, siempre con la misma tranquilidad, le dijo á Olivares:

—Llamad.

El doctor dió algunos pasos, levantó la cortina que cubría una de las puertas, y pronunció algunas palabras.

Inmediatamente se presentó Leandro, quedando inmóvil y en actitud respetuosa.

Estaba pálido.

No era menester más que mirarlo para comprender que sufría mucho.

—Alférez —le dijo gravemente Felipe II—, con el número de soldados que consideréis necesario, llevaréis al alcázar de Segovia á don Juan de Guevara, y lo entregaréis al alcaide con el pliego que voy á daros, exigiendo recibo para probar que habéis cumplido fielmente esta orden. Quedais facultado para adoptar todas las precauciones que bien os parezcan, incluso la de poner grillos al preso. De su persona me responderéis con vuestra cabeza, teniendo entendido que no os perdonaré si el preso se va, aunque justifiquéis que os han acometido con un ejército ó que la tierra se lo ha tragado. A la puerta encontraréis un coche donde os acomodareis con el reo. Leandro no pudo dominarse.

Dió un paso hacia el monarca, y exclamó:

—¡Señor, en nombre del...

Empero Felipe II lo interrumpió diciéndole asperamente:

—Cuando el rey hace justicia, no se replica... A Segovia, alférez, y no olvidéis que don Juan de Guevara es reo de Estado.

¿Cómo había de atreverse á replicar el manco?

Hasta entonces no supo cómo anonadaba, cómo subyugaba la mirada y la voz de Felipe II. Este le dió un pliego cerrado y sellado.

El infeliz Leandro se acercó á don Juan, y le dijo:

—Vamos, caballero.

El criminal quiso hablar y no pudo.

Hacía grandes esfuerzos para sostenerse.

Con pasos vacilantes salió de la cámara.

Por entre los cortesanos atravesó.

Todos lo miraron con extrañeza.

—¿Qué le sucede? —decían.

—Tiene cara de difunto.

—¿Y por qué lo acompaña el nuevo alférez? Pronto debían salir de dudas.

Don Juan estaba tan aturdido, que apenas se daba cuenta de su horrible situación.

La escolta se había preparado, pues lo que sucedía estaba previsto.

A las puertas del alcázar real encontrábase el coche, donde entraron el criminal y el manco.

Púsose en movimiento el pesado vehículo, tomando hacia la Cuesta de la Vega.

No fué menester más para que los cortesanos comprendiesen que el señor de Guevara iba preso. El castigo era quizás más terrible que la muerte.

En un calabozo debía pasar su vida aquel miserable.

Una prisión de Estado era como el sepulcro, porque al infeliz que en aquellos calabozos se le encerraba no se le permitía comunicación con nadie, ni aun con los individuos más allegados de su familia.

Como casi todos los reos de Estado eran personas de noble clase, se les trataba algo mejor que á los criminales en la cárcel, dándoles un regular alimento y asistiéndolos en sus enfermedades; pero nada más. En su encierro pasaban solos los días y los años, viendo siempre los mismos rostros, contemplando siempre lo mismo.

Entonces buscaban uno de esos entretenimientos pueriles y que exigían mucha paciencia y mucha constancia, proporcionándose así un goce que sólo ellos podían comprender.

Todo lo más que conseguían era que alguna vez se les dijese que vivos estaban los individuos de su familia; pero no se les daban otras noticias.

A los pocos años advertíase siempre que expresaban con dificultad sus ideas, y tanto influyó en ellos la costumbre de la soledad y el silencio, que aunque sus guardianes entablasen con ellos conversación, respondían lacónicamente, y no hacían nada para retenerlos á su lado.

Poquísimos consiguieron recobrar la libertad, y los que con vida salieron de su calabozo, estaban muy envejecidos, y no recobraron la alegría ni volvieron á ser expansivos ni comunicativos ni aun con las personas más íntimas.

¿Para qué quiere el hombre una existencia así?

Si á don Juan de Guevara le quitasen la vida, grandísimo favor le hubieran hecho.

Era cobarde; pero aun siendo valeroso, hubiera temblado, se hubiera sedtido poseído de pavor.

Muchos crímenes había cometido, pero todos los pagaba.

En la soledad de su encierro se levantaría su conciencia, y así tendría un tormento más.

Entonces comprendería que había podido ser dichoso por el camino de la virtud.

Ya era tarde.

¿Por qué Felipe II había encargado á Leandro la custodia del criminal?

¿Acaso no comprendía que así hacía sufrir mucho al noble mancebo?

Sí, lo comprendía demasiado bien; pero quiso ponerlo á prueba.

Todo lo que podía suceder era que Leandro favoreciese la fuga de aquel miserable por ser el padre de la mujer á quien amaba; pero, en último caso, poco ó nada le importaba á Felipe II.

Alejáronse de Madrid.

Por espacio de una hora permanecieron silenciosos.

Por fin don Juan de Guevara le dijo al mancebo:

—¿Y qué pensais hacer?

—Lo que ha mandado el rey — respondió Leandro.

—¿Y qué le diréis á mi hija?

—Ni una sola palabra sobre este asunto.

—Pero cuando sepa que yo soy su padre, porque se le dirá que la he reconocido, querrá verme.

—Entonces el rey determinará.

—La amais mucho.

—Y vos sois su padre; pero sois también el autor del crimen que la ha puesto á los bordes

de la sepultura y del abismo de la deshonra. No amais á vuestra hija, porque á nadie podeis amar; habeis querido sacrificarla á vuestras ruines pasiones, y...

—Pero soy su padre y ella será desgraciada con mi desgracia.

—Sí, porque su alma es muy noble, es el alma de su madre.

—Y como vos la amais...

—Sufriré mucho también.

—Entonces...

—Don Juan, he conseguido empezar á conocer á Felipe II.

—Yo también lo conozco.

—Pues bien; si intentais escapar, os mataré—dijo enérgicamente Leandro.

—¿Que me matarais?

—Sí, á pesar de que sois el padre de Consuelo.

—¿Señor Leandro!...

—Os lo juro.

—Y mi hija no pondría jamás sus manos en las vuestras manchadas con mi sangre.

—Así tendría yo un motivo para maldecir vuestra memoria.

—Son exageradas, insensatas vuestras ideas sobre el cumplimiento de los deberes.

—Tal vez, caballero; pero así soy, y no cambiaré.

—¿Creeis que mi hija os amará cuando sepa que vos sois quien me ha llevado á esa sepultura de los vivos que se llama prisión de Estado?

—No sé lo que sucederá, ni adivinarlo quiero.

—Entre vuestra fidelidad al rey y vuestro amor, vuestra dicha, la dicha de Consuelo...

—Cumpló mi deber.

—Reflexionad.

—Mi resolución es firme.

—Os arrepentireis.

—No me arrepentiré, porque cumpliendo también mis deberes, y á pesar de que no merecáis la consideración de ningún hombre honrado, después de cumplir esta orden, me consideraré en libertad y haré cuanto es imaginable para sacaros de vuestro encierro.

—¡Ah!—exclamó el señor de Guevara, cuyos pequeños ojos relumbraron con el fuego de la esperanza.

—Seguro estoy de que si conseguís veros libre otra vez, pensaréis ante todo en dar satisfacción á vuestros rencores; pero encontrareis el castigo,

y vuestra vida acabará horriblemente, sin que yo tenga parte en semejante desgracia.

—Os equivocáis, señor Leandro, porque después de lo que he sufrido...

—Sois más ruin que antes.

—Os juro...

—No juréis en vano. Os alienta la generosidad de vuestras víctimas, y no os convencen los sucesos. Creo que habéis nacido para el mal, y es inútil esperar de vos nada bueno.

—El tiempo lo dirá.

—No abriguéis ninguna esperanza, caballero.

—Si la perdiese toda me moriría.

—Por de pronto cumpliré mi deber, y en el alcázar de Segovia quedaréis encerrado.

—Y mi casa, mis bienes...

—El rey dispondrá.

—¿Con qué derecho?

—Tampoco tenía derecho para detener la acción de la justicia y libraros de la muerte. y sin embargo lo ha hecho.

—Decís que conocéis á Felipe II... ¡Oh!... Por vuestra desgracia os equivocáis. Lo conocéis algún día.

Don Juan de Guevara había conseguido ya todo lo que podía conseguir, que era la promesa que acababa de hacerle el mancebo.

Ningún incidente tuvo lugar en el resto del camino.

A Segovia llegaron, y con las debidas formalidades fué entregado el preso.

Leandro se volvió inmediatamente á Madrid porque le parecían siglos las horas que estaba separado de Consuelo.

CAPITULO XXXVIII

UNA ESCENA EXTRAÑA

El señor Antón seguía mejorando, y Consuelo, según ya hemos dicho, había recobrado la razón, y además de tener la satisfacción de ver á su lado al hombre á quien amaba, conocía ya su situación, y sabía que nada tenía que temer.

No se le dieron explicaciones con respecto á su padre, pues este asunto, por su gravedad, hubiera producido en ella coneciones que eran muy peligrosas.

Todo esto fué motivo de alegría para Leandro, y sin embargo, estaba cada vez más triste.

Además de lo que había sufrido el día que fué condenado Guevara á perpetua prisión, tenía

otras razones para estar preocupado, razones que el lector conoce ya.

Consuelo había sido reconocida por su padre; tenía un apellido ilustre, y además derecho á heredar, si no una gran fortuna, lo suficiente para que se la considerase rica, es decir, que su situación había cambiado completamente, mientras que en la del mancebo no había más diferencia que la de contar con recursos para vivir con desahogo.

Menester es no olvidar las ideas de la época en que tuvieron lugar estos sucesos. La cuestión del nombre de una persona tenía entonces mayor importancia que la de sus bienes.

El carácter de Leandro lo conocemos ya, y sabemos que su orgullo no le permitía transigir con ciertas cosas.

Se había instalado en la vivienda de doña Juana, y allí volvió al regresar de Segovia sin detenerse más que para dar cuenta al rey de haber cumplido fielmente su comisión, y para ver al veterano.

Otro motivo de preocupación tenía el mancebo, y era la ilustre dama.

¿Por qué ésta lo trataba tan cariñosamente?

¿Qué había en la mirada de aquella mujer?

Durante su viaje pensó el mancebo tanto en doña Juana como en Consuelo.

Sobre este punto habló con el señor Antonio; pero nada consiguió, porque el hidalgo se concretó á decirle:

—El tiempo os lo explicará todo, y entretanto tened calma y sed prudente.

Otra semana pasó.

Ya se encontraba la joven completamente fuera de peligro, y pronto debía entrar en el período de convalecencia.

Una noche, después que al reposo se había entregado Consuelo, doña Juana entró en el aposento, la contempló, volvióse á Leandro, y le dijo:

—Ahora duerme con mucha tranquilidad, y no necesita vuestros cuidados ni los de nadie.

—Si así os parece, me retiraré.

—Tenemos que hablar... Venid.

En el acento y en la mirada de aquella mujer había algo inexplicable.

Leandro la siguió.

Entraron en una cámara amueblada ricamente.

—Sentaos—dijo doña Juana, mientras ella lo hacía.

Y viendo que el joven iba á ocupar un sillón

que estaba á cinco ó seis pasos de distancia, le dijo:

—Aquí, á mi lado...

Y puso una mano en el diván donde ella se había colocado.

Maquinalmente obedeció el mancebo.

Era débil la luz que en el aposento había, porque estaba encerrada en un globo de blanco cristal.

La palidez del rostro de la dama era más densa que nunca.

Conocíase que hacía grandes esfuerzos para dominar su agitación.

Su mirada profunda se fijó en el mancebo.

Este empezaba á sentirse aturdido.

No sabía qué decir.

Silenciosos permanecieron algunos minutos.

Por fin doña Juana tomó una de las manos del joven, se la estrechó dulcemente, y le dijo con voz alterada por la emoción:

—Voy á escucharos.

—¡A escucharme!

—Sí.

—Señora...

—Antes os haré algunas preguntas—interrumpió doña Juana.

Y acercándose más al mancebo y desplegando una sonrisa tan dulce como melancólica, añadió:

—Os equivocais si habéis creído que la criatura que más os ama es Consuelo, porque su amor, comparado con el mío, es la gota de agua en comparación de la inmensidad de los mares.

Fácil es comprender hasta qué punto se sorprendería Leandro.

Con estupor miró á la dama.

¿Qué se proponía ésta?

Hablaba de amor, comparaba el suyo con el de Consuelo, estrechaba la mano del joven, le acariciaba, sonreía y lo miraba con la ansiedad de quien se siente devorado por una pasión.

¿Qué debía responder Leandro?

No acertó á pronunciar una palabra.

Temía cometer una torpeza.

¿Era posible que hubiese interesado el corazón de la dama?

Y aun siendo así, no se concebía que tan descaradamente le hablase ella de su impura pasión.

Pocas veces se ha encontrado ningún hombre en situación tan crítica y apurada.

Y como si fuese poco lo que doña Juana había

dicho y estaba haciendo, acercó sus labios á la frente de Leandro y estampó en ella un beso de infinita ternura.

—¡Señora!—exclamó el mancebo poniéndose en pie.

Y enrojeció su rostro como si su sangre fuese á brotar.

—¿Por qué huís?—dijo dulcemente la dama.

—¿Os desagradan mis caricias? ¿No sentís ninguna inclinación hacia mí?... Sentaos, y ya que vos no me habláis, os hablaré y me respondereis, siquiera para negar ó afirmar.

Empezó Leandro á creer que estaba trastornada la razón de aquella infeliz.

Desplegó ella otra sonrisa, como si adivinase el pensamiento del joven, y le dijo:

—Loca estuve por algunos momentos hace veintidós años; pero, desgraciadamente, recobré la razón, y ya no la perderé.

—Señora, es tan extraña vuestra conducta...

—¿Tenéis miedo?

—No; pero...

—Sentaos... He besado vuestra frente y ha quedado tan pura como antes, porque mis besos no pueden mancharla. También he besado muchas veces á esa pobre niña á quien Dios trajo á mi casa, y la he besado sin otra razón que la de que os amaba y que vos la amais... Y también amo á Quirós porque es vuestro mejor amigo... ¿Aún no me comprendéis?

—No—respondió Leandro, que estaba cada vez más aturdido.

Doña Juana suspiró penosamente.

Se humedecieron sus negros ojos, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Lloráis!—exclamó el mancebo.

—Sí, lloro... ¡Nada habéis sentido al verme!... Y os acaricio y huís, y os hablo de mi ternura y creéis que he perdido la razón... ¡Dios mío!

Profundamente conmovido se sintió Leandro.

Volvió á sentarse, tomó las manos de doña Juana, se las estrechó fuertemente y dijo:

—No, no os he mirado con indiferencia, ni de mi pensamiento os habéis apartado un solo instante; pero no acierto á explicar lo que he sentido desde que os vi... ¡Oh!... Perdonadme, porque tan turbado estoy...

—Sosegaos y escuchadme.

—Sí, explicaos, porque necesito poner en claro pronto este enigma.

—¿Conservais recuerdos de vuestra niñez?

—Sí.

—Pues referidme vuestra historia, y así el enigma lo pondréis en claro vos mismo.

Con desigual violencia empezó á latir el corazón de Leandro.

¿Por qué doña Juana le decía que refiriese su historia?

Sobre este punto no quiso pedir explicaciones el mancebo, porque deseaba poner término cuanto antes á tan extraña situación.

Decidió, pues, referir su historia, aunque con mucha brevedad.

—Señora—dijo—, para nadie más que para mí tienen interés los sucesos de mi triste vida; pero si os empeñáis...

—Sí.

—Nada puedo negaros, porque os debo el mayor de los beneficios: el de la salvación de la mujer á quien tanto amo.

—Os escucho.

—No conocí á mis padres, y confusamente recuerdo á una mujer que á todas horas me prodigaba sus caricias.

—¿Su nombre?—preguntó con ansiedad doña Juana.

—Cecilia.

—¡Ah!...

—¿Qué os sucede?—preguntó el mancebo al ver que se hacía más violenta la agitación de la dama.

—Continuad, os lo suplico.

—Un suceso recuerdo con mucha claridad, porque me impresionó vivamente. Tenía yo á lo más cinco años, según después supe, y una noche, poco después de haberme dormido, desperté fatigado. Miré á mi alrededor, y vi todos los objetos confusos como si estuviesen envueltos en una nube. Apenas brillaba la luz de una lámpara que había sobre la mesa. Tuve miedo y grité; pero la buena Cecilia debía encontrarse en el otro extremo de la casa, porque no acudió.

—Sí, la nabe era el humo de un incendio.

—No os equivocáis.

—¿Y vos?

—Oculté la cabeza entre el ropaje del lecho, y quedé inmóvil. Poco después llegaron á mis oídos y confusamente voces descompuestas y el ruido de pasos. No me atreví á descubrir la cabeza, y mi pavor fué más profundo al sentir que me cogían y del lecho me sacaban, envuelto como me encontraba en el ropaje.

—¡Pobre mancebo!

—Cuando empecé á recobrar la calma, porque á mi alrededor no resonaban más que voces tranquilas, abrí los ojos y me encontré en un aposento desconocido.

—¿Y las personas que os rodeaban?...

—Yo las había visto algunas veces, porque eran vecinos de una casa cercana á la mía. Llamé á Cecilia y me respondieron que estaba ocupada. Me acariciaron mucho y al fin me tranquilicé completamente y volví á entregarme al sueño en la cama en que me habían colocado. Al día siguiente me encontré también entre aquella gente cariñosa. Siempre me decían que Cecilia estaba ocupada ó que había tenido que salir, y como me complacían en todo, como me trataban con tanta ternura, continuaba tranquilo.

—Sin embargo, debísteis olvidar inmediatamente á la buena mujer que os había criado.

—No la olvidé; pero un niño es feliz donde quiera que satisface sus caprichos. Pasaron no sé cuántos días y al fin me dijeron que Cecilia estaba enferma y después que había muerto. Sentí el corazón oprimido, lloré y pasé no sé cuánto tiempo muy triste. Los que me habían amparado hacían conmigo todo lo que pueden hacer los padres, y yo acabé por acostumbrarme á mi nueva vida. Los amaba y respetaba, y ellos, á costa de sacrificios que entonces no pude apreciar, me educaban como á una persona de clase distinguida. Cuando tuve diez años quise comprender mi situación, y entonces me dieron todas las explicaciones que podían darme.

—Eso es lo que más interés tiene.

—Me dijeron que Cecilia no era mi madre, sino la encargada de criarme, y que si bien ella sabía quiénes eran mis padres, á nadie había revelado este secreto; que debía recibir cantidades de consideración era cosa que todo el mundo suponía, puesto que la veían gastar bastante, particularmente conmigo, y ella no tenía ningunos bienes. La infeliz había perecido en el incendio, y el hombre generoso que entonces me servía de padre, había conseguido sacarme de entre las llamas.

—¿Y qué clase de hombre era!

—Un hidalgo de alma más noble que cuna y que no contaba para vivir con más recursos que el del empleo que desempeñaba en la servidumbre real. Su esposa era un modelo de virtudes. No había tenido hijos y decidieron continuar la buena obra de educarme. Seguí creciendo y dando á mi situación más importancia cada vez.

El buen hidalgo inculcó en mi alma los sentimientos más delicados y nobles. Yo lo amaba como si fuese mi padre. Cuando tuve diez y siete años quise adoptar alguna determinación para serle útil trabajando, y proporcionándole algún bienestar; pero me habían educado como á un hidalgo se educa, y no sabía ningún oficio.

—Os hicieron un bien y un mal.

—No me quedaba más camino que el de ser soldado para buscar la fortuna en la guerra.

—¿Y qué hicisteis al fin?

—Nada entoces, porque mi generoso protector enfermó y murió á los pocos días, y tuve que dedicarme exclusivamente al cuidado de su esposa, apurando para vivir cuantos recursos son imaginables, y un año después murió ella también. Solo quedé en el mundo, que me era desconocido. No tenía ni amigos ni protectores, y pude vivir miserablemente vendiendo cuanto había en la morada de los que me sirvieron de padres. Esto debía de concluir y concluyó. Llegó el día del hambre. Sentí vértigos horribles, estuve muy cerca del abismo de la perdición, y aún no puedo decir cómo me salvé. Determiné al fin sentar plaza de soldado, y desde entonces mi vida ha sido como la de cualquiera, sin ofrecer nada de particular. Mi situación de hoy la conocéis. He omitido detalles, no he querido hacer una pintura de mis sentimientos durante la época de mi niñez, porque esto á nadie puede interesar más que á mí.

—Os equivocáis.

—Además, deseo salir de dudas en cuanto á los motivos de vuestra extraña conducta y á los vivos deseos que habéis manifestado de conocer mi historia. En cuanto á mis esperanzas para lo porvenir, no abrigo ninguna risueña.

—¿Y por qué?—preguntó doña Juana, que hacía grandes esfuerzos para dominarse.

—Porque mi dicha es imposible si no consigo averiguar quiénes fueron mis padres, y como no tengo más antecedentes que los que os he dado á conocer, como no hay ningún indicio, claro es que aspiro á un imposible.

—Pues escuchadme ahora y veremos si cambiais de opinión.

El mancebo hizo un gesto de duda.

—Mi padre—repuso la dama—, era tan honrado como severo, y me educó como á nuestra clase correspondía y con arreglo á sus ideas. Apenas cumplí los diez y seis años tuve la desgracia de conocer á un hombre que encendió en

mi pecho una pasión la más violenta. Otra vez, con más sosiego y cuando las circunstancias lo exijan daré á conocer la historia de mis desdichados amores y os diré cómo pude olvidar mis deberes y sacrificar la honra á mi amante.

—Quizás era un hombre como don Juan de Guevara...

—Muy distinto.

—Os abandonó...

—Y yo no tenía derecho á quejarme.

—Eso es incomprensible.

—Su falta consistió en aprovechar mi trastorno; pero luego hizo lo único que le era posible hacer, pues motivos de gran importancia no le permitían ser mi esposo. Una criatura fué el resultado de mi extravío, y mi padre, tan generoso como severo, dispuso que mi hijo fuese entregado á una mujer muy honrada que había servido á mi madre. Inmediatamente salió de España conmigo, y viajando por distintos puntos de Europa, pasó el tiempo en que mi severo padre me permitiese recibir de mi hijo ninguna noticia.

—Tanta severidad...

—Destrozaba mi corazón.

—¿Y al fin?...

—Cinco años después vi que mi padre estaba muy preocupado y que ni siquiera quería decir si mi hijo vivía. Le supliqué como una madre puede suplicar, y un día me dijo: "Olvida á esa criatura que es testimonio de nuestra deshonor..." ¡Olvidar á mi hijo!... Esto no es posible. Sospeché si habría muerto y sufrí lo que nadie puede comprender. Otros cinco años transcurrieron. Mi padre enfermó y murió sin revelarme el secreto de la suerte de mi hijo. Inmediatamente volví á España, y ante todo fui en busca de la honrada mujer que al hijo de mis entrañas había criado; pero había desaparecido. Pregunté y sólo conseguí que me dijese que había perecido en el incendio de su casa.

No pudo doña Juana proseguir.

El misterio estaba puesto en claro.

Había dicho más de lo que era menester para que Leandro comprendiese la situación.

No pudo dominarse el mancebo, y arrojándose en brazos de la dama exclamó:

—¡Madre mía!

—¡Hijo de mi alma!

Ni una palabra más pronunciaron.

En abundancia corría el llanto por sus mejillas.

Con violencia latían sus corazones.

La madre acariciaba al hijo y lo besaba con frenesí.

Largo rato pasó antes de que pudieran dominarse.

Leandro se consideraba la más feliz de las criaturas. ¡Ya tenía madre!

Doña Juana lloraba y reía al mismo tiempo.

¡Había encontrado á su hijo!

—Ya no te separarás de mí—decía.

—¿Y mi padre?—preguntó al fin Leandro.—Quiero conocerlo, saber si vive...

—Sí—le respondió la pobre madre.

—¿Dónde se encuentra?

—Hijo mío, ese secreto no puedo revelártelo. Tu padre vive, es un personaje en todos sentidos, sabe que existes, porque una casualidad ha hecho que te conozca; pero...

Se interrumpió la dama.

—Continúa—dijo Leandro.

—No puedo—murmuró doña Juana, inclinándose tristemente le cabeza.

—¿Qué razones puede haber para que yo ignore quién es mi padre?

—Tampoco puedes conocer esas razones.

El joven fijó una mirada de profunda extrañeza en su madre.

Esta prosiguió diciendo:

—Si yo fuese débil hasta el punto de pronunciar el nombre de tu padre, caerían sobre mí desdichas tremendas, y tú también serías la más desgraciada de las criaturas. En cambio de mi amor, de mi ternura inmensa, domínate, respeta la reserva que me imponen las circunstancias, y espera á que éstas cambien.

—¿Que renuncie á saber quién es mi padre!...

—A lo menos por ahora.

—¿Y cómo he de ser feliz mientras guardéis ese secreto?

—La felicidad no puede ser nunca completa, hijo mío.

—No exigiré á mi padre que me reconozca, nada le pediré, ni siquiera cariño; pero quiero saber quién es.

—Imposible.

—Madre mía, pensad que mi ignorancia sobre punto tan grave puede colocarme en situaciones horribles.

—No.

—Suponed que por efecto de una circunstancia cualquiera puedo ser enemigo del autor de mis días y que...

—No, no—volvió á decir la dama.

—Aunque mi padre quiera evitar que en cierta clase de situaciones nos encontremos, mientras yo no vea en él más que un hombre como todos, á quien no estoy obligado á guardar ninguna consideración...

—En vano te fatigas haciendo suposiciones. A pesar de todo eso, no pronunciaré el nombre de tu padre, y tú, si en algo estimas mi reposo, si quieres pagar mi amor sin límites y hacer algún sacrificio por mí, no me hablarás nunca de este asunto.

—¡Oh!...

—Para mí ya nada tiene en el mundo valor más que mi hijo y á la faz del mundo declararé que soy tu madre y tendrás mi nombre ilustre. En cuanto á bienes de fortuna, me sobran y todos han de ser para ti, de manera que podrás ser esposo de Consuelo sin que nadie tenga derecho á decir que has especulado con tu corazón. Fruto eres de una liviandad; pero á esa pobre niña le sucede lo mismo, y por consiguiente estáis iguales. ¿Qué más deseas? Aspiras al imposible de que en el cielo de tu dicha no haya siquiera una nube?

—¡Madre mía!...

—Tal vez con el transcurso de los años desaparezcan las razones que me imponen esta reserva, y entonces podré decirte quién es el hombre que te dió el ser.

No era posible que Leandro se convenciese; pero viendo estaba el dolor de su madre y comprendió que debía dominarse para no hacerle sufrir.

¿No le sería posible averiguar lo que su madre callaba?

Al mancebo le pareció que sí lo conseguiría, sobre todo si contaba con la ayuda del señor Antonio de Quirós.

—Reflexionaré—dijo después de algunos momentos—, y haré lo posible para no molestaros con súplicas.

Desde aquel momento tomó nuevo giro la conversación.

Leandro volvió á referir su historia; pero no como lo había hecho, sino con todos sus detalles.

Escuchó doña Juana con atención la más profunda, y luego hizo una pintura de lo que había sufrido desde que perdió la esperanza de encontrar á su hijo.

Quando con lágrimas y caricias hubieron desahogado sus corazones, se ocuparon de la situa-

ción presente, examinándola bajo todos los puntos de vista, y trazando planes para lo porvenir.

Aquella misma noche doña Juana llamó á todos sus criados, y declaró terminantemente que el mancebo era su hijo, y que por consiguiente, desde aquel momento representaba en la casa el principal papel.

Con gran sorpresa escucharon todos esta declaración.

La noche acabó de pasar sin que apenas durmiesen la madre ni el hijo.

Apenas amaneció, y mientras dormía Consuelo, Leandro, de acuerdo con su madre, salió y fué en busca del señor Antonio, exclamando apenas lo vió:

—¡Ya tengo madre!

No se sorprendió el hidalgo, y mientras abrazaba á su amigo y protegido, le respondió sencillamente:

—Lo sabía desde que conocí á doña Juana.

—¡Y me lo habíais ocultado!

—Y desde que á vos os conocí, desde que me referísteis vuestra historia, sé también quién es vuestro padre.

—¡Caballerol...

—El secreto se lo confió á mi padre la honrada Cecilia, y lo que ignoraba era la suerte del niño que pusieron á su cuidado.

—¡Ahl... Entonces...

—Sé tanto como vuestra madre; pero no os diré más que ella.

—¿Vos también?...

—Si queréis ser feliz, no averiguéis quién es vuestra padre.

—¡Oh!—exclamó desesperadamente el mancebo.—Y yo que contaba con vuestra ayuda...

—Os quiero demasiado y no he de haceros mal.

—¡Misterio horrible!...

—Desdichado de vos si lo penetráis.

—A pesar de todo eso, averiguaré quién es mi padre.

—Debéis contentaros con tener un nombre ilustre y ser rico, muy rico, y con la dicha sin igual de ser esposo de Consuelo.

—No, y mil veces no.

—Afortunadamente nada habéis de conseguir, porque las únicas personas que el secreto conocen, morirían antes de revelarlo.

—Eso quiere decir que además de vos...

—El doctor Olivares...

—¡El doctor!...

—Le habéis prometido hacer un sacrificio en pago de la salvación de la vida de Consuelo, y os exigirá el cumplimiento de vuestra promesa.

—Ahora comprendo...

—El doctor Olivares no dice ni una sola palabra sin intención. Reflexionad, haced un esfuerzo y decidid lo que mejor os parezca, en la inteligencia de que vais á decidir vuestra suerte.

El mancebo tuvo que resignarse por entonces, pues conocía muy bien al señor Antonio, y sabía que de éste nada había de conseguir.

De todas maneras, motivos tenía para considerarse afortunado, y decidió esperar ocasión más oportuna, pues era imposible que renunciase á saber quién era el autor de sus días.

Lo dejaremos para ocuparnos del señor Antolín.

CAPITULO XXXIX

EL SEÑOR ANTOLIN CAMBIA DE ENCIERRO

Parece cosa muy fácil encerrarse en un aposento y permanecer allí oculto cuanto tiempo sea menester, y sin embargo, esto es muy difícil, casi imposible prácticamente, porque no hay quien resista una reclusión de tal género, ni lo permiten las mil necesidades de la vida.

Decimos esto á propósito del señor Antolín, que pasó tres ó cuatro días regularmente en la miserable casa de su amigo. Este le llevaba comida, siempre fiambre y alguna botella de vino; pero no era esto suficiente para encontrarse bien.

Hay que tener en cuenta además la imaginación viva é inquieta del señor Antolín, imaginación que sin cesar trabajaba, tanto mas, cuanto que no tenía ningún objeto de distracción.

Muy pocas veces y por muy poco tiempo, por algunos minutos no más, hacía le compañía su amigo, pues tenía que ocuparse en sus negocios, que eran de la naturaleza que podemos suponer.

También tenía el señor Antolín al enemigo de su pasión, el recuerdo de la hija de don Juan, y su pasión era más intensa desde que había encontrado obstáculos insuperables, desde que no veía á la infeliz joven.

A todas horas pensaba el miserable en la encantadora rubia de los azules ojos, y así se atormentaba horriblemente.

Aburrido, más trastornado cada vez, desesperado á los cinco ó seis días, pensó que si quiera debía hacer averiguaciones en cuanto á Con-

suelo, Antón, don Juan y todo lo referente al asunto que tanto le interesaba.

Con su amigo habló de este asunto; pero no consiguió saber más sino que sus cómplices continuaban en la cárcel y que serían ahorcados, puesto que tenían que pagar otros crímenes además del que habían cometido al apoderarse de Consuelo.

¿Y don Juan de Guevara?

No pudieron saber más sino que continuaba viviendo tranquilamente, y que había sido nombrado gentil hombre de la cámara de su majestad.

Verdad es que ni el mismo Guevara sabía otra cosa.

¿Y Consuelo?

Ninguna noticia pudieron adquirir de la joven.

Su protector vivía; suponíase que su estado era grave; pero nadie sabía si á su lado había vuelto su protegida.

Más necesitaba averiguar el miserable Antolín, mucho más; pero su amigo no podía dedicarse enteramente á este asunto, porque hubiera tenido que abandonar por completo sus negocios, ó privarse de sus goces en los ratos que con sus amigos se divertía, y porque ya bien exponíase así á infundir sospechas, echando sobre sí una responsabilidad demasiado grave, y por un crimen que no había cometido.

Algún dinero le quedaba al señor Antolín, pero no era tanto que pudiera compensar los perjuicios que su amigo sufría, y aquel dinero mermaba diariamente, y pronto debía llegar el caso de que se concluyese, viéndose privado hasta de lo más preciso para salir de la corte, si era que salir podía quien sólo en las grandes poblaciones, sólo en Madrid, podía encontrar los medios para vivir.

Necesitó, pues, absolutamente salir de su encierro.

Ya no debían buscarlo con tanto afán los agentes de la justicia, y por consiguiente podría ir siquiera á los sitios donde se reunían los criminales, y tenía probabilidad de encontrar las noticias que habían de serle tan útiles.

Participó esta resolución á su amigo, que se encogió de hombros, diciéndole:

—Alguna vez has de salir, porque si hubieras de esperar á que desapareciesen los peligros, tendrías que pasar la vida encerrado; pero no te aconsejo, porque cada cual debe hacer lo que

se le antoje. Nosotros no debemos esperar más que una cosa, morir ahorcados, y por consiguiente...

—Calla, calla—interrumpió el señor Antolín mientras se estremecía.

—Tú has sido siempre un zorro muy astuto y te has metido en los negocios con tanta habilidad, que todos se comprometían y tú quedabas á salvo, pero no siempre es posible hacer lo mismo. Tienes mucho cariño á la vida, y no has pensado que los cobardes son los que mueren más pronto.

El señor Antolín palideció.

Suspiró tristemente.

—Sí—dijo—, soy cobarde; pero...

—Ten paciencia.

—Y lo peor de todo es que no puedo olvidar á esa mujer.

—Mira, Antolín, las mujeres son siempre la perdición de los hombres.

—Es verdad.

—Lo mejor que pues hacer es no ocuparte de esa criatura.

—Sí, eso sería lo mejor, pero no puedo.

—Cuando salgas te distraerás.

—Y prescindiendo de ella, mi situación es tan crítica...

—Lo mismo que la de todos los que vivimos como tú. Ahora me he metido yo en un negocio que probablemente me costará la vida; pero si llego á salir bien, seré rico.

Volvió á reflexionar el señor Antolín.

Al día siguiente salió de su encierro.

Entró en algunas tabernas, habló con muchos criminales y su cabeza se despejó.

Tranquilamente pudo volver á su morada aquella noche.

Así se alentó para continuar el mismo sistema.

Como le interesaba y era astuto, consiguió en dos ó tres días mucho más de lo que había conseguido su amigo, y acabó por averiguar con toda certeza que Consuelo no había vuelto á su morada.

Entonces el criminal meditó, haciendo todas las suposiciones imaginables, y comprendió lo que era muy fácil comprender, que á la pobre niña le habían faltado las fuerzas, y que si no había muerto, debía estar muy gravemente enferma y al cuidado de las personas que le hubiesen socorrido.

Siguió reflexionando el señor Antolín, y aca-

bó de convencerse de que por entonces tenía que renunciar á satisfacer su pasión, ocupándose solamente en poner á salvo su persona, y en buscar medios para vivir.

¿No debía acudir á don Juan de Guevara?

Podía éste acusarlo por el abuso que había cometido; pero en cambio el señor Antolín podía amenazarle muy terriblemente.

Mirada la cuestión bajo cierto punto de vista, el señor de Guevara no tenía motivos para quejarse, puesto que lo que deseaba y le convenía era que su hija desapareciese, y esto había sucedido.

Si esto hubiese pensado desde el primer momento Antolín, le hubiera sido fácil sacar cuanto dinero quisiese á don Juan de Guevara.

Sin embargo, no se atrevió á dar semejante paso; dudaba, y así pasaron algunos días más.

Llegó el terrible del castigo del señor de Guevara.

De este suceso se habló mucho entre los cortezanos; pero no pudo llegar la noticia al señor Antolín.

Por de pronto había dispuesto el rey que de los bienes de don Juan se hiciese cargo la justicia para entregarlos después á la persona á quien se nombrase tutor de Consuelo, pues no quería que ésta se viese despojada de lo que le pertenecía.

El alcalde Pantoja empezó á instruir las diligencias á que daba lugar aquella confiscación, y en la casa de don Juan, después de inventariar cuanto en ella había, puso una guardia de dos alguaciles, disponiendo que allí quedase también el fiel criado hasta que otra cosa se determinase.

Los dos alguaciles entraban y salían cuando se les antojaba, pues su presencia allí era más bien una fórmula.

A José se le dieron amplias explicaciones y minuciosas instrucciones para que comprendiese la situación.

Horrorizóse el sirviente al saber hasta qué punto era su señor criminal, y sin conocerla se interesó por la suerte de la pobre niña que había sido objeto de tales abusos.

No hay que decir que José deseaba vivamente que la justicia se apoderase del señor Antolín, y prometió hacer cuanto le fuese posible para ayudar á que así se consiguiese.

Con frecuencia salía también el criado, sin otro fin que el de recorrer las calles y las taber-

nas por si la casualidad le presentaba al miserable cómplice de su señor.

Siempre volvía de muy mal humor, porque no había encontrado lo que buscaba; pero al día siguiente hacía lo mismo, pues lo que á José le faltaba de astuto y de ingenioso le sobraba de tenaz.

Una semana pasó así.

—No debe estar en la corte—dijo el sirviente una noche al volver á su casa y mientras se disponía á cenar en compañía de los dos corchetes.

—Os fatigáis en vano—le dijo uno de éstos.

—De todas maneras no tengo otra cosa que hacer.

—A ese hombre se le encontrará; pero cuando no se le busque.

—Pensemos ahora en cenar y en dormir.

—Con sosiego no dormiré hasta que castigado quede ese bribón.

A replicar iba uno de los corchetes, cuando sonaron algunos golpes dados en la puerta de la casa.

—¿Quién puede ser á estas horas?

—No lo adivino.

—¿Tendremos alguna nueva desgracia?—dijo el sirviente.

—Preguntad y saldremos de dudas.

A una ventana se asomó José y preguntó:

—¿Quién es?

—¿No me conocéis?—le contestaron.

—¡Ah!—exclamó el sirviente.

Y de la ventana se separó, diciendo:

—¡Misericordia divinal...

—¿Qué os sucede?—le preguntó uno de los alguaciles.

—O yo estoy soñando, ó es el señor Antolín quien llama.

—¡Por el infierno!...

—¡Noche feliz!...

—Corred, abrid...

—Pero...

—Disimulad y dejad que ese bribón entre y suba.

—Bien pensado.

—Nos divertiremos.

—Y haremos buen negocio.

—Lo entretendréis como mejor os parezca, y entre tanto nosotros estaremos ocultos tras de esa cortina.

Con una luz, el sirviente bajó, abrió, y mirando como sorprendido al criminal, le dijo:

—¡Gracias á Dios!... Entrad... entrad... A to-

das horas preguntando mi noble señor si habíais venido...

—¿Está?

—Lo veréis en seguida.

El señor Antolín, sin sospechar que meterse allí era lo mismo que entrar en un calabozo, atravesó el umbral.

Apresuróse José á cerar, echó la llave y guardola en uno de sus bolsillos para estar seguro de que el criminal no se escaparía.

Subieron.

—Sentaos—dijo el sirviente—, porque habéis de esperar algunos minutos.

—¿Acaso vuestro señor tiene visita?

—No se encuentra en casa.

—Entonces...

—Lo esperaréis, señor Antolín, porque si os fuéseis me reconvenría con mucha dureza por haberos permitido salir, y razón tendría, porque siendo la situación tan grave como es, mi señor necesita entenderse con vos. Os advierto que nada ignoro, y que, por consiguiente, podemos hablar con toda franqueza.

El señor Antolín fijó una mirada escudriñadora en el criado.

—Pues explicaos—dijo—, porque ya os escucho.

—Me parece que habéis cometido una torpeza, señor Antolín.

—¿Y en qué consiste?

—Está muy bien que os lleváseis á la muchacha; pero cuando ella consiguió librarse de vuestras uñas debísteis venir y hablarle con claridad á mi señor.

—No os comprendo.

—Entonces...

—Os agradecería que me dijéseis adónde ha ido vuestro señor.

—Un poco lejos está.

—Pues si he de esperarlo...

—Ha tenido que emprender un viaje, y ahora yo soy el dueño de esta casa, y como lo represento y estoy al corriente del asunto...

—Repito que no os entiendo—interrumpió el criminal.—Necesito ver á don Juan de Guevara, y si de Madrid ha salido...

—En Segovia lo tenéis.

—¿En Segovia!...

—Hace unos días que se encuentra allí muy bien aposentado.

El criminal empezó á mirar con desconfianza al sirviente.

Este desplegó una sonrisa, y dijo:

—Aunque lo dudéis, mi noble señor don Juan de Guevara está en el alcázar de Segovia, y no por su gusto, sino porque así lo ha dispuesto su majestad.

—¿Presol—exclamó el señor Antolín, poniéndose en pie.

—Sí.

—¿Vive Dios!...

—Vos habéis tenido la fortuna de no caer en manos de la justicia; pero...

—Acabemos, porque...

—Escuchadme y sabréis todo lo que ha sucedido, y luego haréis lo que bien os parezca ó lo que os sea posible hacer. Y no tembléis, señor Antolín, que yo estoy tranquilo, á pesar de que por vuestra culpa y la de mi señor me encerraron en la cárcel, y gracias á mi habilidad me encuentro libre.

El criminal empezó á sentir frío en los huesos.

Era demasiado horrible lo que con tanta sencillez y sonriendo acababa de decirle el criado.

La circunstancia de encontrarse en una prisión de Estado don Juan probaba que el rey había tomado parte en el asunto, y que por consiguiente, la justicia había de demostrar mayor interés en la persecución de los criminales, castigándolos con la mayor dureza posible.

A todos lados miró el señor Antolín, como si temiese la aparición de fantasmas, ó lo que es igual, del alcalde y los alguaciles.

Sin embargo, le tranquilizaba el encontrarse libre y poder, según creía, volver á ocultarse como hasta entonces lo había hecho.

—¿Qué os parece lo que acabo de decir?—preguntó José después de algunos minutos.

—Que no lo entiendo.

—¿Y qué es lo que no entendéis?

—Eso mismo.

—Pues me parece que hablo con mucha claridad.

—Preso vuestro amo...

—Sí.

—¿Y por qué?

—Pues nada más que por el negocio en que os habíais metido.

—Pero á mí no me han encontrado y no he podido declarar, y por consiguiente...

—Tenéis un enemigo muy temible.

—¿Quién?

—El señor Antonio de Quirós.

—¡Oh!...

—Según he podido entender, os dió una paliza, y...

—En fin, el negocio se lo ha llevado el diablo,

—Sí.

—Vuestro señor está preso, y á mí me persigue la justicia.

—Eso es.

—Lo que me conviene es ocultarme.

—Pero habéis de tener en cuenta, señor Antolín, que una cosa es lo que nos conviene y otra lo que podemos hacer.

—¿Qué órdenes ó instrucciones os dió don Juan antes de partir?

—Ningunas.

—Entonces...

—Quien instrucciones me ha dado ha sido el señor alcalde.

—¿Y en qué consisten?

—En deteneros en cualquiera parte que os encuentre.

—No ha pensado que era muy difícil hacer eso.

—Ciertamente; pero por si acaso...

—Además, como vos queréis favorecer en lo posible á vuestro noble señor, porque sois agradecido...

—Sí, creed que de muy buena gana lo sacaré de su encierro, porque al fin he comido su pan por espacio de seis años, y porque todos tenemos la obligación de compadecer á los criminales.

—Pues bien, con mis declaraciones puedo hacer que del alcázar de Segovia saquen á don Juan para entregarlo al verdugo.

—Todo es posible.

—No lo dudéis, buen José. Y me parece que vos no habéis de querer que vuestro señor tenga fin tan desastroso.

—A nadie le deseo mal.

—Esta nueva desgracia podéis remediarla.

—Sí, porque en dejándoos en libertad, no de clararéis y las cosas no pasarán adelante.

—Es preciso que hagáis más, algo más.

—No adivino lo que puedo hacer.

—Para ocultarme, huir y librarme de manos de la justicia, necesito dinero.

—El dinero se necesita para todo.

—No lo tengo.

—Es una gran desgracia.

—Y como vos sois dueño, según habéis dicho, de cuanto en esta casa hay, podéis sacarme del apuro.

—El dinero no está en mi poder.

—A vuestra disposición tenéis lo que dinero vale, y como el caso lo merece...

—Perdonad—interrumpió José.

—Os advierto que mi resolución es firme. Más ó menos tarde he de caer en manos de la justicia, y mi suerte no es dudosa.

—Sí, supongo que os ahorcarán.

—Y como no tengo sentimientos nobles, me complaceré en que otros sufran la misma suerte que yo.

—No lo pongo en duda, porque los hombres como vos se consueñan con el mal ajeno.

—Es una ruindad, lo reconozco; pero así es.

—Para mí no tienen importancia unos días más ó menos.

—No deben tenerla.

—Y por consiguiente, en vez de aguardar á que la justicia me eche mano, lo cual ha de suceder muy pronto, yo mismo me presentaré, declararé, entregaré ciertas pruebas terribles y muy pronto vuestro señor y yo iremos juntitos al cadalso.

—Me parece que no perdería nada el mundo.

—No; pero vos...

—Sentiría que sucediese eso.

—Si algún dinero me dais, saldré de Madrid, lo cual ahora no puedo hacer, y con el auxilio de hombres tan astutos como valerosos trabajaré hasta conseguir sacar de su calabozo á don Juan.

—El plan es bueno.

—Después nos iremos de España y aún podremos ser felices.

—Sois un gran hombre, señor Antolín.

—Determinad, pues, en la inteligencia de que vais á pronunciar la sentencia de vida ó muerte de vuestro señor, y si la desgracia sobreviene, sobre vuestra conciencia pesará.

—El caso es grave.

—Sois un hombre honrado, de sentimientos generosos...

—Me parece que sí; pero el apuro consiste en que no tengo dinero.

—Buscadlo.

—¿Y quién me lo daría?

—A vuestra disposición tenéis algunas alhajas...

—Ya estoy decidido—interrumpió José.

—Sepamos.

—No os daré dinero.

—¡José!...

—Ni un maravedí.

—Que puedo presentar esas pruebas aunque me siga ocultando.

—El rey tiene cuantas necesita.

—Y además os castigaré por vuestra ruindad.

—Si me amenazáis...

—Y os mataré ahora mismo—dijo el señor Antolín llevando la diestra á la empuñadura de su daga.

Empero José soltó una carcajada burlona.

—¡Por el infierno!—gritó el señor Antolín.

—Os recordaré que me han mandado deteneros.

—Pues si os atrevéis...

—Tanto me atrevo, que de aquí no saldréis sino atado codo con codo.

Se convenció el señor Antolín de que no le quedaba más recurso que la violencia, pues ya no dudaba de que el sirviente había querido burlarse de él.

La necesidad le daba valor, y aprovechando aquellos momentos y para no dejar que se desatudiese el criado, el criminal sacó la espada y gritó:

—¡Por Satanás!

Pero al mismo tiempo y también espada en mano, se presentaron los dos corchetes.

—¡Tenéos á la justicia!—exclamaron.

No le quedaba duda al criminal de que había de morir, y, por consiguiente, decidió aprovechar la única probabilidad que tenía y que era la de entablar la lucha.

Contra los alguaciles arremetió tan furiosamente que les hizo retroceder, y con prodigiosa habilidad consiguió ganar la puerta del aposento.

—¡Luz!—exclamaron los corchetes.

Y siguieron al criminal mientras José alumbraba.

El señor Antolín llegó á la escalera, y de dos en dos escalones empezó á bajar; pero tuvo que detenerse al llegar á la puerta de la calle, porque le faltaba la llave para abrir.

Jadeante y con los ojos encendidos, dispúsose á morir matando.

En la puerta apoyó la espalda, extendió el brazo derecho, y dijo con ronca voz:

—Si os atrevéis, acercáos.

Detuvieronse los alguaciles, porque no estaban dotados de gran valor, y sabían muy bien que en la refriega habían de ser heridos, aunque al fin consiguiesen apoderarse del criminal.

José pensaba de distinto modo, y dejando en

el suelo la luz, volvió á subir, cogió un garrote, que era la única arma de que se servía cuando alguna vez tenía que salir á ciertas horas de la noche, volvió á bajar, y sin perder el tiempo en amenazas ni en intimaciones, acometió al señor Antolín, y del primer garrotazo le rompió la espada, disponiéndose á descargar el segundo sobre la cabeza.

No resistió el criminal, sino que cayó de rodillas, exclamando:

—¡No me matéis!

Los corchetes se complacieron entonces en propinarle algunos cintarazos, y luego, con una cuerda que bajó José, ataron codo con codo al criminal.

—¡Noche afortunada!—dijo uno de los alguaciles.

—Como que su señoría he ofrecido veinte ducados al que vivo ó muerto presente á este bribón.

—Y entre los tres lo hemos hecho, y repartiremos la cantidad como buenos hermanos.

—Yo nada quiero—dijo José—, nada más que ir á ver cómo lo ahorcan.

El señor Antolín suspiró penosamente.

Empezaban á faltarle las fuerzas.

Comprendía, y no se equivocaba, que su salvación era imposible.

—Y ahora—le dijo el sirviente como si quisiera mortificarlo—, sabed que hemos encontrado á la hija de don Juan, que su padre la ha reconocido, y que Leandro ha encontrado también á su madre, que es una dama muy noble y muy rica, y que los dos amantes se casarán, y serán felices...

—Callad, callad—gritó fuera de sí el criminal.

—Y el señor Antón Cañamero está casi curado de sus heridas.

—¡Oh!...

—Gusto da ver al señor Leandro y á la hija de mi señor cuando juntos están y se miran, y se ríen y se dicen que se adoran...

—Matadme—interrumpió el señor Antolín.

—Fácilmente haría yo con vos lo que vos hicisteis con la vieja de la calle del Almendro; pero antes que os ahorquen, y con pretexto de que declaréis, convendrá que os pongan dos ó tres cuñas, porque para los crímenes que habéis cometido es muy poco castigo ahorcaros sencillamente.

El criminal temblaba.

Frió y copioso sudor corría por su frente:

Estaba su rostro lívido.

En aquellos momentos era digno de compasión, porque sufría lo que no puede concebirse.

—Acabemos—dijo uno de los corchetes.

—Vamos á la cárcel, y luego á llevar la noticia á su señoría.

De la casa salieron con el criminal.

Este debía ser ahorcado al mismo tiempo que sus cómplices, terminando así su vida de maldades.

Y ahora, y mientras acaba de resolverse la situación de Leandro, nos ocuparemos de don Pedro de Carvajal, de la viuda y de la hija de Vargas y del señor Felipe de Maldonado, pues es preciso que la suerte de todos éstos conozcamos y veamos cómo Felipe II hizo justicia.

CAPITULO XL

LO QUE HABÍA DETERMINADO DON PEDRO

Don Pedro de Carvajal había cometido abusos de tal naturaleza, que apenas se conciben.

Si el lector recuerda los medios espantosamente criminales á que apeló don Pedro para obligar á María, dirá que aquel hombre era indigno de perdón.

Sin embargo, ahora tenemos que reconocer que con la mejor voluntad había hecho todo lo posible para volver al buen camino.

Mucho peor que don Pedro era don Juan, pues éste no se había arrepentido, y quizás no era susceptible de arrepentimiento.

Cuando lo encerraban en uno de los calabozos del alcázar de Segovia, como tenía alguna esperanza de recobrar la libertad, bien fuese porque lo salvase Leandro, ó bien porque Consuelo lo consiguiese con sus súplicas, el miserable empezó desde luego á trazar planes para satisfacer su ardiente sed de venganza, aniquilando al señor Antonio, haciendo todo el mal posible á Leandro, y cometiendo todos los abusos imaginables para hacerse dueño de doña Luz.

Estos planes eran delirios; pero probaban la maldad de aquel hombre.

Entretanto don Pedro de Carvajal hacía todo lo contrario; esforzabase para cumplir sus deberes, y se horrorizaba al recordar sus crímenes.

Empero el desdichado no acababa de conseguir que se extinguiese la pasión que en su pecho había encendido la prodigiosa belleza de

María, y por consiguiente la lucha que en su alma se había entablado era desgarradora.

No tenemos que decir que la obra santa de la regeneración de don Pedro se debía al señor Antonio de Quirós.

Había éste trabajado con un tino admirable.

No se había concretado á dar consejos, sino que puso particular cuidado de hacer resaltar á los ojos de don Pedro las maldades de don Juan de Guevara.

A éste le parecieren espantosos y hasta repugnantes los crímenes del padre de Consuelo, y claro es que al calificarlos como merecían, condenaba su propia conducta, pues algunos de sus abusos tenían mucha semejanza con los de don Juan.

Cuando la criatura reconoce que ha cometido una falta, y cuando su propia falta le horroriza, adelanta mucho para su regeneración.

El estado moral de don Pedro no tiene fácil explicación, y por consiguiente nos concretaremos á los resultados.

Sucedíole al caballero lo que les sucede á muchos hombres cuando abusan de los medios que tienen para gozar, y empezó á sentir la indiferencia, el cansancio y el hastío.

Su vida había sido tan borrascosa, que sus fuerzas estaban agotadas.

La clase de fuerzas que se necesitan para esos goces borrascosos que los mantienen en un estado casi constante de lo que pudiéramos llamar embriaguez, esas fuerzas son las que se agotan más pronto y más fácilmente.

El cambio moral de don Pedro empezó por una aspiración que en él era una cosa muy extraña, la aspiración de los goces tranquilos del hogar.

Entonces apreció á María bajo un punto de vista distinto, y comprendió que la joven era un tesoro inestimable,

Con una mujer como ella, ¡cuánta felicidad puede tener un hombre!

A pesar de ser la pobre huérfana del pobre hidalgo Alonso de Vargas, el orgulloso, el soberbio caballero se hubiera casado con ella; pero María no lo amaba, ni era posible que lo amase, porque su corazón era de otro.

Según indicamos, don Pedro de Carvajal, cuando á Madrid llegó con la Corte, se entregó á todos los delirios de una vida disipada, y tales locuras hizo que éstas llegaron á ser el objeto de todas las conversaciones.

Creyó que así se aturdiría, abrigó la esperanza de encontrar alguna mujer que con sus encantos le adormeciese y le hiciese olvidar á María.

Se equivocó.

Bien pronto sintió el cansancio.

Habíase embotado completamente su sensibilidad, y ya no le conmovían aquellas borrascas.

Cambió de vida.

Tampoco encontró atractivos.

Buscaba la compañía del señor Antonio, lo escuchaba, observaba á don Juan, se horrorizaba, y siempre concluía por lo mismo, siempre se encontraba bajo la presión de un malestar inexplicable; siempre era la más infeliz de las criaturas.

Se convenció al fin de que su mal no tenía remedio.

¿Cómo encontraría siquiera la tranquilidad de su espíritu?

Ya no aspiraba más que á esto.

Principió el señor de Carvajal por apartarse de sus compañeros de bromas, y no salía de su casa sino cuando le era absolutamente preciso, ó para pasearse por sitios solitarios.

A todas horas sentíase agobiado por una tristeza profunda.

La nostalgia lo consumía.

Por fin adoptó una resolución, decidió ponerla en práctica sin consultar con su amigo Quirós, porque temía quisiera ponerle estorbos.

Para alejar cuanto era posible los recuerdos de sus pasados extravíos, don Pedro recompensó largamente al miserable Andrés, y lo despidió; y libre así de este hombre, empezó á dar los primeros pasos para poner en práctica su plan.

Sigilosamente hizo todos los preparativos, tan sigilosamente que nada pudo apercibir el señor Antonio.

Luego pidió al rey una audiencia reservada, y con él habló durante una hora, dándole á conocer su resolución, que justificaba con la pasión fatal que en su pecho se había encendido.

Escuchó Felipe II con la frialdad que siempre lo hacía.

Tal vez esperaba otras declaraciones sobre los intentos de conspiración, pero sobre este punto guardó don Pedro de Carvajal la más absoluta reserva.

¿Había cometido una torpeza?

Nos parece que sí.

¿Qué opinó el monarca de la resolución de don Pedro?

Con pocas palabras lo dijo, pues cuando estuvo solo, desplegó una de sus terribles sonrisas, y murmuró:

—Se ha convencido de que no hay salvación posible para él, y así quiere librarse del castigo que merece. Por algo, y tal vez por mucho, entre su pasión en lo que ha determinado; pero no es todo. Si me hubiese dado una prueba de su sinceridad... ¿Quién sabe?... Veremos.

Felipe II meditó, y luego dijo:

—Si lo dejas, ¿con qué ejemplo de severidad impondré á los otros? Es menester que caiga en el cadalso una cabeza ilustre, y aun así Dios sabe si se detendrán.

Estas palabras eran la resolución de un plan espantoso.

¡Una cabeza ilustré!

—Muchas habían de caer, pues en su calabozo debía morir ahorcado el ilustre barón de Montigny; en su lecho y envenenado, debía terminar su existencia el noble marqués de Bergens; en Flandes y á manos del verdugo, debían morir Hoorne y el conde de Egmon, el héroe de Gravelinas y de San Quintín, y en el alcázar real, en un lóbrego aposento, sucumbiría también el infeliz príncipe don Carlos, y como último acto de justicia, pocos meses después moriría la virtuosísima reina doña Isabel de Valois.

Este último crimen no podemos darlo á conocer en la presente historia, porque el espacio nos falta; pero, Dios mediante, nos ocuparemos de él, llenando así el vacío que aún queda en el relato de la vida de Felipe II, y particularmente de sus actos de justicia.

¿Ante qué consideraciones había de detenerse el gran tirano, si después no se detuvo para afirmar la sentencia de muerte de su propio hijo?

Si á don Juan de Guevara lo dejó con vida, no fué por hacer un beneficio á Consuelo, no fué por un sentimiento de clemencia, sino porque la muerte de don Juan no servía para los resultados que deseaba Felipe II, y haciendo lo que hizo, consiguió obligar al señor Antonio y que se reconociese la elevación de sus sentimientos.

La situación del señor Carvajal era distinta, y por consiguiente distinta había de ser la conducta del monarca.

Por el doctor Olivares había sabido que sólo la firma de don Pedro de Carvajal estaba en el documento que tan cuidadosamente guardaba la viuda de Vargas, y no necesitó más el rey para trazar sus planes.

Aquel mismo día conferenció con el médico y con don Diego Pantoja.

Cuando éste salió de la real cámara, estaba pálido como un difunto.

Copioso y frío sudor corría por su rostro, y en vano se esforzaba para disimular su agitación.

Muy grave debió ser la conferencia.

Aquel día se pasó sin otra novedad.

A la mañana siguiente, muy temprano, don Pedro fué á visitar al señor Antonio, y le dijo:

—Escuchadme.

—¿Qué os sucede?—le preguntó el hidalgo.—Porque vuestro semblante, don Pedro, nada bueno dice.

—Pues me encuentro mejor que nunca, porque antes me atormentaban las dudas, y ya se desvanecieron; antes luchaba y ya no lucho; antes vivía en agitación constante, y ahora estoy tranquilo.

—A pesar de todo eso...

—Nadie más que vos tiene derecho á mi confianza sin límites, porque nadie me ha hecho mayores beneficios.

—¿Y con qué fin recordáis los títulos que yo pueda tener á vuestra amistad?

—Para que no os quede duda de que comprendo y reconozco lo que os debo, y que por consiguiente no es posible que yo sea reservado con vos.

—Aún no comprendo.

—Mi buen amigo, yo quisiera explicaros lo que siento; pero mi torpeza no encuentra palabras para dar la explicación.

—Yo procuraré adivinarlo.

—Y me alegraré mucho.

—Continuad, pues en gran cuidado me poneis.

—A nadie debe sorprender que la criatura busque todo el bienestar posible.

—Así obedecemos á nuestro instinto y hacemos uso de un derecho, con tal que nuestras determinaciones á nadie perjudiquen.

—Es cosa indudable que cada cual goce á su manera. Yo he conocido á muchos hombres completamente dichosos porque gozaban con lo que para mí no tenía ningún atractivo; pero su dicha no era menor porque yo no la comprendiese.

—Ciertamente.

—Yo he buscado la felicidad donde no existía, y lo que antes me hacía gozo, ahora me desagradaba, casi me repugna.

—El cansancio, el hastío.

—He cambiado de vida.

—¿Y no habéis conseguido lo que desabais?

—A medias no más; pero he descubierto el secreto de la única felicidad para mí.

—¿Y en qué consiste esa felicidad?

—En todo lo contrario de lo que hasta hoy he tenido; consiste en una calma absoluta, en el silencio, en la soledad, en el alejamiento del mundo, en el aislamiento. He hecho la prueba y me he convencido. ¡Bendita sea la soledad y bendito el silencio!

—Eso prueba...

—Que mi alma ha muerto para ciertas emociones. Cuando estoy solo gozo mucho, no lo dudéis.

—¿Y habéis decidido buscar la soledad?

—Sí; pero no una soledad absoluta.

—Tiemblo, señor de Carvajal.

—Os recuerdo que no deja de ser goce el que los demás no comprenden.

—Acabad de explicaros.

—He decidido separarme del mundo.

—¡Don Pedro!—exclamó el señor Antonio mirando ansiosamente al caballero.

—Sí—dijo éste con perfecta calma.

—Pero la separación del mundo...

—Se consigue sin más trabajo que el de meterse en una celda.

—¡Fraile vos!...

—Yo, sí, y dichoso seré, no lo dudéis.

Silencioso quedó el hidalgo.

No había previsto semejante cosa.

A don Pedro contemplaba con asombro.

La tranquilidad de éste era perfecta.

Pasaron algunos minutos.

Por fin dijo Quirós:

—No me atrevo á haceros una pregunta.

—Os contestaré sin necesidad que la hagáis. Deseáis saber si he conseguido dominar mi desdichada pasión.

—No os equivocáis.

—Aunque con más calma, amo á María; pero creo que mi amor es más intenso que nunca.

—¡Oh!...

—No la olvidaré jamás.

—Entonces...

—Ya veis que la respeto, y os juro que la respetaré.

—No lo dudo.

—Si el corazón de esa mujer no fuese de otro...

—Os casaríais con ella.

—Sin vacilar y con entusiasmo, y me consideraría el más feliz de los hombres; pero María no puede volver la espalda al señor Felipe de Maldonado, ni yo quiero hacerlo sufrir, y, por consiguiente, en paz los dejo. Si con el tiempo se extingue el fuego de mi pasión, mi dicha será completa.

—Don Pedro, la resolución que habéis adoptado...

—Es muy grave, ya lo sé; pero he meditado muy detenidamente, y tengo la seguridad de no arrepentirme, porque como el mundo no me ofrece ningún atractivo, ningún goce, no puedo desear volver á él. Hoy sufro con lo que antes me regocijaba, y lo que antes me aburría, es para mí el más dulce de los goces. No intentéis, pues, hacerme desistir de mi propósito, porque os molestaréis en vano y me mortificaréis.

Al señor Antonio no le quedó duda de que era irrevocable la resolución de don Pedro, y le dijo:

—No sé si os arrepentiréis, porque esto depende de muchas circunstancias; pero si estoy convencido de que ahora no habéis de retroceder. Siento que hayáis guardado conmigo reserva tan absoluta, que ni siquiera he podido traslucir lo que meditábais. Verdad es que otros graves asuntos me preocupaban: mi situación especial y esas pobres criaturas que tanto han sufrido con los abusos de don Juan.

—¿Y qué hubierais conseguido si antes conociérais mi situación?

—Que ya estaría hecho pedazos el documento que puede ponerlos en graves conflictos.

—Cuando yo desaparezca del mundo, nada tendré que temer; y, sobre todo, si es que esas infelices mujeres desconfían aún...

—No desconfiarán cuando yo les asegure que vuestra regeneración es verdadera.

—Entonces pueden hacer ahora lo mismo que antes, y, por consiguiente...

—Os equivocáis, don Pedro. Convenía aprovechar los días que han pasado en que el rey estaba preocupado con don Juan de Guevara, Consuelo y Leandro; pero ya este asunto ha concluido: don Juan se encuentra en un calabozo, de donde no saldrá sino para la sepultura, y ahora vos habéis de ser el objeto principal de los pensamientos del monarca.

—Tal vez.

—Y así lo creo tan firmemente, que ayer mis-

mo pensaba adoptar algunas precauciones, contando siempre con la viuda, cuya generosidad no tiene límites.

—Me parece que aún es tiempo.

—Así parece; pero debemos contar con que el rey es precavido hasta la exageración.

—Determinad lo que mejor os parezca, y, entre tanto, arreglaré mis negocios en lo poco que me queda que arreglar, y contando con vuestro auxilio.

—Sí.

—Desde el momento en que me encierre en un claustro, para nada me servirán mis cuantiosos bienes, como no sea para legarlos á la comunidad, puesto que individualmente nada puedo hacer.

—Es verdad.

—En este caso he decidido hacer una cesión ó venta simulada de todos mis bienes para que queden en poder de una persona de mi confianza.

—¿Y luego?

—Dispondré de esas riquezas, que á su vez el depositario cederá á las personas que yo designe.

—Entendido.

—Casi es excusado decir que ese depositario seréis vos.

—Don Pedro...

—Mi buen amigo, no os ofenderéis vos mismo hasta el punto de poner en duda que sois digno de semejante confianza.

—Eso no; pero...

—Tendréis molestias, ya lo sé.

—No es eso lo que me importa.

—Ninguna responsabilidad en cuanto al acierto de vuestras determinaciones, porque nada habéis de determinar, y, por consiguiente, vuestra conciencia estará siempre tranquila. Si yo dispongo mal de esas riquezas, yo seré el responsable.

—Si la destináis á otras personas...

—Sí.

—¿Por qué desde luego no hacéis la cesión ó venta en su favor?

—Porque temo que no quieran aceptar, sin que para esto haya más motivo que una delicadeza exagerada; pero después no sucedería lo mismo, puesto que mi nueva situación no me permitiría hacerme cargo otra vez de mis bienes. Además, así me evitaré el enojo de ofrecer y luchar para que acepten, porque seréis vos quien todo eso

haga. Busco otra clase de goces puros y tranquilos, y éste será uno. Acudo á vos para que me ayudéis y abrigo la esperanza de que no me negaréis vuestra ayuda. Todo está preparado, no he olvidado ningún detalle, y basta poner una firma para que yo quede legalmente en la última pobreza. La única excepción es la de mi casa, que conservaré hasta que pronuncie los sagrados votos con el fin de establecer luego en ella algún asilo benéfico y que nadie la habite más que los desgraciados.

—Ese plan es digno de alabanza.

—La casa solariega de los Carvajal, quiero que sea un lugar de consuelo para los que sufren.

Silencioso y pensativo quedó el señor Antonio.

Era muy grave lo que le proponía don Pedro; pero no podía negarle su auxilio porque se trataba de una buena obra.

Bien comprendía Quirós que aquellos bienes irían más ó menos tarde á poder de María ó del señor Felipe, y la verdad es que bien empleados estaban.

No se imponía don Pedro un martirio al encerrarse en un convento, puesto que en el mundo, sobre no tener ningún goce, sufría incesantemente.

¿Por qué hacerle cambiar de resolución?

Buscaba la paz del espíritu, y obligarlo á permanecer en el mundo era privarlo de tan dulce bien.

Quirós no era un hombre vulgar, y por consiguiente comprendía lo que pasaba en el alma de don Pedro.

Este era digno de toda clase de consideraciones á pesar de sus grandes extravíos, de sus crímenes.

—Puesto que habíais meditado...—dijo el señor Antonio después de algunos minutos.

—Sí.

—No intentaré haceros cambiar de propósito.

—Gracias, mi buen amigo, gracias—dijo Carvajal, estrechando la diestra de don Pedro.

—Y en cuanto al depósito que queréis confiarle...

—Aceptaréis, porque no habéis de negarme este último beneficio.

—Aceptaré.

—Conviene que nadie conozca el secreto de mi resolución, y para evitar comentarios me secundaréis en la farsa que representando vengo desde hace un mes.

—No adivino...

—Continuamente me quejo de mi situación en cuanto á intereses, y mi preocupación la he justificado diciéndole que mi vida disipada me ha obligado á contraer grandes deudas, aumentadas cada día con los réditos de la usura. Luego he dicho que como solución buscaba la de acudir á una persona rica que de todas esas deudas se hiciese cargo, porque así me entendería con un solo acreedor.

—Comprendo.

—Vos podéis ser esa persona, y unido lo que os debo á lo que en dinero me dáis para que yo cambie de vida, resultará cantidad suficiente para cubrir el valor de los bienes que os cederé. Luego, pasando una corta temporada durante la que perderé algunas cantidades en el juego y haré algunas otras locuras, declararé que estoy arruinado y me meteré fraile. Algunos bienes conservaré, pocos, para cubrir las apariencias, y esos irán á la comunidad. Entonces el mundo dirá aquello de que fraile se metió el lobo después que estuvo harto de carne; pero ¿qué me importa? No aspiro á que proclamen mis virtudes, sino á vivir tranquilamente en cuanto la tranquilidad es posible para mí. Ya véis que ningún detalle he olvidado.

—Ya lo veo.

—Y puesto que me concedéis esta última gracia, hoy mismo quedará todo arreglado, y mañana me despediré del señor Felipe, le revelaré el secreto que aún no ha podido adivinar...

—¿Don Pedro!...

—Sí, le diré que yo fui quien intenté asesinarlo. Supongo que me perdonará; pero si quisiera tomar venganza provocando un lance, con dejarme matar habría concluido todo.

—No haréis semejante cosa.

—Perdón les pediré también á esas infelices mujeres á quienes he hecho sufrir tanto.

—Y ellas os entregarán el documento que tiene vuestra firma y...

—¿Qué responderán á Felipe II si algún día se lo exigen?

—Yo responderé por ellas—dijo enérgicamente el señor Antonio.

—No, porque vuestro noble proceder os costaría la cabeza, ó por lo menos el horrible martirio de acabar vuestra vida en una prisión de Estado.

—Don Pedro, cuando cumplo un deber...

—Ese documento lo guardarán, y si el rey se lo pide se lo entregarán, porque ya estaré yo en

un convento, y no será posible que everigüen en cuál, ni fácil que de mi celda me saquen para entregarme al verdugo.

—A pesar de todo eso...

—Tened en cuenta también que como la vida es para mí un martirio...

—A pesar de todo eso, quiero que el documento desaparezca.

—Señor Antonio...

—Favor por favor, don Pedro.

—¡Oh!...

—Mañana os despediréis de las que han sido vuestras víctimas, y os llevaréis el terrible papel.

—Veremos.

—Si algo más necesitáis...

—Vuestra amistad.

—La tenéis.

Ya no hablaron más que lo preciso para ponerse de acuerdo y dejar arreglado el asunto aquel mismo día, lo cual era muy fácil, puesto que todo estaba preparado.

Despidióse don Pedro y se fué.

Inmediatamente el señor Antonio conferenció con la señora Ana y María, dándoles á conocer la situación.

No tenemos para qué pintar aquella escena.

Las dos nobles mujeres se sintieron profundamente conmovidas, y esperaron con ansiedad el momento de devolver el papel terrible á don Pedro.

Luego el señor Antonio fué á visitar al señor Felipe y al padre de éste, diciéndoles también lo que sucedía, y revelándoles entonces el secreto del crimen de que el mancebo había sido víctima.

Aquellas dos almas nobles escucharon con más dolor que enojo.

No necesitó el señor Antonio apelar á sus sentimientos generosos, porque ni por un instante pensaron en la venganza, sino que perdonaron y mostraron el más vivo interés por el desdichado que tanto debía sufrir con los tormentos de la conciencia.

Los demás asuntos se arreglaron en el resto de aquel día.

Y entre los cortesanos hablábase de la ruina de don Pedro y de la locura que éste había cometido ó intentaba cometer al enajenar la mayor parte de sus bienes.

Todos pronosticaban la ruina completa de Carvajal, y se preguntaban qué haría un hombre

de su clase; y que siempre había vivido con tanto lujo y ostentación.

Otra cosa sucedía ignorada por todos, hasta del astuto Quirós, y era que á todas horas don Pedro de Carvajal estaba espiado por orden de Felipe II, y secundada con admirable habilidad por el doctor Olivares.

A éste ya lo conocemos y sabemos que si á alguien favorecía era hasta cierto punto, y mientras en nada absolutamente pudiera contrariar los planes del rey.

Este también debía haber trazado su plan, plan que sería como todos los suyos.

Muy ajeno estaba don Pedro de que le amenazaba en aquellos momentos el golpe más terrible.

En realidad no le importaba morir; pero la muerte en el cadalso debía ser un sufrimiento demasiado horrible para el desdichado.

Además, las dos pobres mujeres, cuya vida había sido una serie de nobles sacrificios, sufrían mucho también, porque se acusaban de ser la causa de desgracia tan horrenda.

Felipe II no debía detenerse ante ninguna consideración.

CAPITULO XLI

UN GOLPE INESPERADO

Llegó el día siguiente.

A las diez de la mañana don Pedro de Carvajal fué á la vivienda del señor Antonio.

Ya lo esperaba éste y había prevenido á la señora Ana y á María.

Don Pedro estaba pálido y era sombría su mirada.

No sufría más que los días anteriores; pero sentíase muy agitado.

Iba á ver á María, á la mujer de belleza prodigiosa que en su pecho había encendido una pasión inextinguible.

Tenía que estar en presencia de ella grave y hasta cierto punto tranquilo, y tenía que dominarse, hacer grandes esfuerzos para que á sus ojos no asomase alguna llamarada de la hoguera que en su pecho ardía.

Pocos hombres se hubieran sujetado voluntariamente á esta prueba terrible.

Así probaba el desdichado caballero que su regeneración era una verdad.

Lo que pasaba en su alma en aquellos momentos, comprendíalo el señor Antonio hasta donde era posible comprenderlo.

Muy poco debían hablar, porque las explicaciones habían de ser una nueva mortificación, y porque no era posible que don Pedro expresase con exactitud lo que sentía.

—¿Hay alguna novedad que estorbe la realización de mi propósito?—preguntó don Pedro.

—Ninguna.

—Pues si queréis, anunciad mi visita á esas dos infelices...

—No he menester, porque os aguardan.

—Estoy dispuesto.

—¿Habéis medido bien vuestras fuerzas?

—Sí.

—Quiera Dios que no os engañe el deseo.

—Descuidad.

—¿No necesitáis mi compañía?

—Podéis venir ó quedaros, según os parezca bien.

—No quisiera influir con mis palabras ni con mi presencia en ningún sentido, y esto sin contar con lo que he de sufrir al comprender vuestro sufrimiento.

—Quedaos, mi buen amigo, porque así la señora Ana se dejará llevar solamente de los impulsos de su corazón, y ninguna responsabilidad tendréis en el resultado.

—Eso es lo que deseo.

—Venid, pues.

Atravesaron algunas habitaciones.

Era cada momento más densa la palidez del rostro del caballero.

De vez en cuando se estremecía violentamente.

Con desigual violencia latía su corazón.

Respiraba con dificultad, y abrasaba sus labios el aliento que de su pecho se escapaba.

Sus pasos eran inseguros.

Detuviéronse junto á una puerta cubierta con una cortina.

—Por última vez—dijo el señor Antonio.

—Tengo fuerzas—respondió Carvajal.

—Pues que Dios os ayude.

Levantó don Pedro la cortina, dió un paso y desapareció.

El señor Antonio retrocedió, volviendo á su cámara, sentándose, apoyando los codos en una mesa y la frente en las manos, y quedando inmóvil.

Reinó un silencio profundo.

Unos diez minutos pasaron.

En la casa entraron tres hombres.

Uno de ellos ocultaba casi completamente el semblante con el embozo.

Los otros le dejaban en descubierto, y de éstos era uno el doctor Olivares, que se adelantó y le dijo al portero:

—Ya sabemos que vuestro señor no ha salido.

El portero, que conocía al doctor, porque lo había visto ir varias veces á visitar á Quirós, se inclinó respetuosamente mientras los otros pasaban y subían.

En el piso superior encontráronse con un criado, que le dijo á Olivares:

—No sé si en estos momentos mi noble señor...

—Nos espera con don Pedro de Carvajal—interrumpió el médico.

—Entonces...

—No nos anunciéis.

Y así hablando, el doctor y sus dos acompañantes avanzaron y llegaron á la cámara de Quirós.

El que se ocultaba el rostro dió entonces un paso, mientras los otros quedaban inmóviles junto á la puerta, y se detuvo una vez dentro de la cámara.

De su presencia no se apercibió el hidalgo, porque vuelto de espalda estaba á la puerta, y porque se encontraba enteramente absorto en sus tristes pensamientos.

El embozado descubrió el semblante.

¡Era Felipe III!

Su mirada penetrante se fijó en el señor Antonio.

Algunos minutos pasaron.

Por fin Quirós levantó la cabeza, se pasó las manos por la frente, y al cambiar de postura, vió al monarca.

Lo que el hidalgo debió sentir no tiene explicación.

Exhaló un grito de sorpresa y de espanto.

No solamente se sintió aturrido por la sorpresa, sino poseído de terror, porque la presencia de Felipe II no podía significar nada bueno.

Púsose en pie Quirós, y exclamó mientras se inclinaba:

—¡En mi casa el rey!

—Sí—dijo tranquilamente el monarca.

—¡Señor!...

—Como no me esperábais, os habéis aturrido... Recobra la calma.

Y esto diciendo Felipe II, adelantó y se sentó.

Olivares y el otro caballero, que era gentil hombre, permanecieron como dos estatuas junto á la puerta.

Esforzóse Quirós para desaturdirse.

¿Por qué el gran tirano había ido á su casa?

Esto se preguntó el noble hidalgo, pues bien comprendía que no había sido para honrarlo, porque esta honra no se la dispensó á ningún vasallo aquel monarca.

Pensó el señor Antonio que en aquellos momentos don Pedro de Carvajal hablaba con las dos mujeres, y que éstas le devolvían el terrible papel.

Si ya lo habían hecho, y don Pedro lo había roto, esparciendo al aire los pedazos ó convirtiéndolos en ceniza, podía tener esperanza de salvación; pero no era probable que así hubiese sucedido.

Con ansiedad, la más angustiosa, esperaba el hidalgo las explicaciones del rey.

Este dijo, con el tono de frialdad que siempre hablaba:

—Hace poco vino á visitaros don Pedro de Carvajal.

Negar hubiera sido la mayor de las torpezas, pues bien comprendió el hidalgo que á Carvajal lo habrían seguido.

—Sí, señor—respondió.

—¿Y dónde está?

—Se fué hace pocos minutos.

—No os he preguntado eso.

—Pido perdón á vuestra majestad por mi torpeza.

—Lo que os he preguntado es dónde está don Pedro.

Preciso era contestar terminantemente; así lo hizo Quirós, diciendo:

—Cuando salió de aquí fué á ver á la viuda de Vargas, y aunque supongo que allí debe encontrarse todavía, no puedo asegurarlo.

—¿Había de irse sin despedirse de vos?

—No lo creo; pero como todo es posible...

—Esta casa está en comunicación con la que ocupan esas dos buenas mujeres.

—Sí, señor—dijo el hidalgo, convencido más y más de que las negativas eran inútiles.

—Por aquí ha entrado.

—Y puede salir por la puerta de la otra casa.

Lo único que ya le era posible hacer al señor Antonio, era ganar tiempo, y por consiguiente,

decidió emplear todo su ingenio para detener al monarca.

—Está bien—dijo éste.

—Don Pedro de Carvajal me ha dado á conocer la resolución que ha tomado, y que es muy grave.

—Y también es ingeniosa.

—No la aprecio bajo ese punto de vista, señor.

—Es igual.

—Sufre como quizás no haya sufrido ninguna criatura, porque su arrepentimiento...

—No dudo que sea verdadero.

—Lo es, señor.

—Todos los criminales, ó casi todos en los últimos momentos de su vida se arrepienten, y no por eso la justicia humana deja de imponerles el castigo que han merecido; porque el arrepentimiento, si puede ser bastante para la salvación del más criminal, no lo es para que en este mundo quede impune el crimen.

—Eso quiere decir...

—Que es preciso hacer justicia, sin tener en cuenta el arrepentimiento del delincuente, porque la humanidad ofendida con el crimen, pide satisfacción, y porque es también preciso el saludable escarmiento, que evita nuevos crímenes.

—Señor...

—Otro día hablaremos de esto, porque la cuestión es grave y merece examen muy detenido. Ahora—dijo el monarca, poniéndose de pie—, llevadme hasta la puerta de la habitación, donde deben encontrarse don Pedro de Carvajal y la viuda y la hija de Vargas.

Sintió el señor Antonio como si se helara su sangre.

—¿Qué le era preferible hacer?

—Nada, porque Felipe II se dirigió hacia la puerta.

Era preciso obedecer.

Pálido y temblando obedeció el señor Antonio.

Olivares y el gentil hombre siguieron al rey.

Silenciosamente atravesaron varias habitaciones, deteniéndose al fin junto á la puerta que tenía la cortina.

Felipe II colocó el dedo índice de su mano derecha en sus labios, indicando así que nadie debía pronunciar una palabra ni hacer el más leve ruido.

¡Momentos terribles aquellos!

El noble hidalgo miró á Olivares; pero el semblante de éste no expresaba nada.

Sostuvo con fría tranquilidad el médico la mi-

rada de Quirós, y luego se encogió de hombros, y con un leve gesto quiso decir:

—No hago más que obedecer, lo mismo que vos.

El rey se acercó más á la puerta.

Miró por entre una estrecha abertura de la cortina, y escuchó.

En el aposento inmediato estaban las dos infelices mujeres y don Pedro de Carvajal.

María, sentada, con la cabeza inclinada sobre el pecho, dejaba que el llanto corriese por sus mejillas.

Su madre, pálida y agitada, hacía esfuerzos para contener el llanto.

Hablaba con voz ahogada.

El caballero, que no había querido sentarse, apoyábase en el respaldo de una silla.

Su rostro estaba lívido y desfigurado.

También se inclinaba su cabeza y grandes esfuerzos hacía para domir su violenta agitación.

Su mirada fijábase alternativamente en la madre y en la hija.

Ni remotamente podían sospechar que fija estaba en ellos la mirada del rey.

—Dios ve mi alma y lo sabe—decía la viuda—: desde el primer momento quise devolveros el papel que podía ser vuestra perdición, porque para la defensa de su honor no necesitaba mi hija más que su virtud y el valor para morir; pero me aconsejaban que conservase esta defensa, y no me atreví á aceptar la responsabilidad de lo que pudiera suceder. Testigo el doctor Olivares, cuyos consejos tenemos la obligación de escuchar, porque le debemos muchos beneficios.

—Señora—respondió don Pedro—, esas protestas son inútiles, porque sobradas pruebas tengo de vuestra generosidad, que es tan grande que apenas se concibe.

—Pues bien, voy á entregaros...

—Esperad.

—No, no esperaré un instante, porque mientras yo sea depositaria de ese papel...

—No lo recibiré sin que me hayais escuchado.

—Os escucharé; pero sed breve, don Pedro, porque...

—Tranquilizaos, señora, porque todo el mal que puede sucederme sería un beneficio para mí. ¿No comprendéis que mi mayor tormento es mi propia vida?... No hay nada que tanto me halgue, que tan sonriente me parezca, como el descanso eterno del sepulcro, y si á mi existencia

no pongo fin, es porque aún no quiero cometer el horrendo crimen del suicidio, y porque aún tengo valor para sufrir, y mi sufrimiento lo considero como una expiación justa de mis crímenes.

—A pesar de eso...

—Si en manos del rey cayera ese papel, no me veríais temblar.

—Permitidme...

—Perdonad, señora; pero he de hacer la última observación.

—Después, os lo suplico—replicó la viuda,

Y abrió una papelera, y del fondo secreto de uno de los cajones sacó el documento.

¿Qué debió sentir en aquellos momentos el señor Antonio?

Don Pedro de Carvajal estaba perdido, y la verdad es que á pesar de todos sus crímenes era digno de consideración, pues que arrepentido estaba de veras, y además iba á desaparecer del mundo, haciendo beneficios de gran consideración á las mismas personas á quienes había hecho mal.

La teoría de Felipe II, establecido el principio de que el arrepentimiento sólo debía ser tomado en consideración por el Omnipotente, era contraria á los principios de la moral, contraria á la razón y á la verdadera justicia.

Esto no quiere decir que se dejen impunes los crímenes; pero en la situación que nos ocupa, bien podía ser perdonado el señor de Carvajal, pues sobre haber desistido de conspirar contra el rey, sus víctimas lo habían perdonado, recibirían de él grandes beneficios, y nada tendrían ya que sufrir por consecuencia de los pasados abusos.

Empero Felipe II, según ya hemos visto, miraba la cuestión bajo distinto punto de vista, y creía necesario que rodase una cabeza ilustre para imponer, para espantar y contener así á los descontentos que favorecían la causa flamenca.

A pesar de todo su talento no había pensado que las desgracias, las persecuciones y la sangre, obrando el prodigio de aumentar el número de los partidarios de las causas justas y santas, como lo son las de la libertad, y, por consiguiente, la de la independencia, que cuestión de libertad es.

El tiempo debió convencerlo de que sobre este punto se había equivocado, porque después del sacrificio de millares de víctimas, la causa de la libertad se levantaba triunfante.

—Tomad—dijo la señora Ana, entregando el papel á don Pedro—, hacedlo pedazos, convertido en ceniza, y luego me diréis cuanto se os antoje. La experiencia me ha enseñado mucho, y sé que cada minuto que pasa sin que se destruya este papel, cada instante es un peligro espantoso. Rompedlo, señor de Carvajal, quemadlo, que no puedo estar tranquila.

—Pero vos...

—Si el rey me pide cuenta de mi proceder le diré que no estoy obligada á delatar, y que antes que cometer semejante vileza prefiero morir. Y el rey, si algo noble hay en su alma, si es verdaderamente justo, me dejará en paz.

—No lo conocéis, señora.

—Si me equivoco, sufriré las consecuencias y moriré tranquila. Pero mi conciencia no tendrá motivo para acusarme. Tengo que cumplir un deber y lo cumplo. Las consecuencias no las miro, porque cuando el deber se cumple no debe mirarse nada.

La viuda mostrábase en aquellos momentos tan elevada como siempre.

Don Pedro temblaba.

Sentíase tan aturdido que apenas se daba cuenta de la situación.

Miraba el papel y dudaba.

Entonces María, enjugando el llanto, poniéndose en pie y acercándose al que tanto le había hecho sufrir, le quito el papel y lo rompió en muchos pedazos.

—¡Ah!—exclamó don Pedro, con acento indefinible.

—Este es nuestro deber y lo cumplimos—dijo la joven.

Y como si le pareciese poco haber roto el documento, acercóse al balcón, lo dobló y arrojó los pedazos á la calle, volviendo á cerrar el balcón y diciendo:

—Todo ha concluido.

Iba á replicar don Pedro; pero no pudo, porque se levantó la cortina y apareció la sombría y terrible figura del gran tirano.

Aquellas criaturas exhalaban un grito y quedaron inmóviles como estatuas.

Apenas podían respirar.

—No—dijo fríamente el rey—, no ha concluido todo.

Y dió algunos pasos, volviéndose hacia la puerta y añadió:

—Vizconde...

El gentil hombre acudió, se acercó al monar-

ca y se inclinó, escuchando algunas palabras que éste le dijo en voz muy baja y volviendo á salir.

Felipe II se sentó y guardó silencio.

Ni el señor de Carvajal ni las dos mujeres se atrevieron á pronunciar una palabra, ni siquiera á moverse.

El noble hidalgo quiso entrar; pero Olivares lo detuvo, diciéndole á media voz:

—Os advierto que si entráis os costará la vida.

Como carbunclos brillaron los negros ojos de Quirós.

—Vuestro sacrificio no solamente sería estéril, sino que haría mucho mal á esas dos pobres mujeres, al señor Felipe, á Leandro y á María.

—Vuestros temores...

—Arriesgo mucho al daros este consejo; pero lo hago porque así me lo manda la conciencia y el cariño que os profeso.

Olivares no se equivocaba.

Comprendió el hidalgo todo lo grave de la situación, convenciéndose además de que nada había de conseguir.

Por entre la cortina miró ansiosamente al inmediato aposento.

Las cuatro personas que allí había continuaban inmóviles.

¿Qué esperaba el rey?

No era posible adivinarlo.

Transcurrieron diez minutos, que debieron parecer diez siglos de agonía para aquellos desdichados.

Por fin se presentó el gentil hombre y miró á Felipe II.

—¿Está completo?—preguntó éste.

—Sí, señor—respondió el vizconde.

Entonces el monarca se puso en pie y le dijo á la viuda:

—Vos y vuestra hija tenéis un corazón muy noble; pero la generosidad no siempre se aviene con la justicia, y la justicia es antes que todo.

—Señor...

—Basta—interrumpió Felipe II.

Y el tono con que estas palabras dijo, el gesto y su mirada fueron de tal naturaleza, que otra vez enmudecieron y temblaron las dos mujeres.

El gran tirano dió media vuelta, y con la gravedad que le caracterizaba salió del aposento.

Aún no comprendía el señor Antonio lo que acababa de suceder; pero sí consideraba perdido á don Pedro.

Volvieron por las mismas habitaciones que antes habían atravesado.

El señor Antonio tuvo que seguir al rey.

Llegaron á la escalera, bajaron, y cuando se encontraron en el portal, volvióse Felipe II y le dijo al señor Antonio:

—Que Dios os guarde, noble Quirós.

Este murmuró maquinalmente algunas palabras.

El rey salió con Olivares y el vizconde.

Al llegar á Santa Cruz entró en un coche que allí lo esperaba.

Y entretanto el señor Antonio subía, corría y entraba en el aposento donde aún se encontraban aturridos completamente don Pedro, la viuda y María.

—¡Oh!—exclamaron las dos mujeres al ver á Quirós.

Este se acercó á Carvajal y le dijo:

—Venid, que los instantes son preciosos.

—¡Que vayan!—replicó el cababallero con indiferencia estoica.

—¿No comprendéis que estáis perdido?

Don Pedro se encogió de hombros con fría indiferencia, y respondió:

—Sí, eso parece; pero ya veréis que se arreglan las cosas de manera que mi vida se salve, porque es preciso que yo viva para sufrir. Tan cruel es la fatalidad que me persigue, que me niega el reposo de la muerte.

—Pero si os empeñáis en buscarla...

—No, porque eso sería un crimen que no quiero cometer.

—Por de pronto tenemos la ventaja de que el documento ha desaparecido; y si el rey quiere probar que es justo...

—Me perdonará la vida y resultará lo que antes he dicho.

—De todas maneras...

—¿Qué he de hacer?

—Venid, porque es preciso que os ocultéis.

—¿Y dónde?

—Saldréis de Madrid inmediatamente.

—Os complaceré.

—Vamos, vamos.

Ninguna resistencia puso don Pedro.

—Os acompañaré hasta vuestra casa—dijo Quirós.

Y poco después salían.

Apenas dieron en la calle algunos pasos, se les acercó el alcalde don Diego Pantoja, y se vieron rodeados por muchos corchetes.

—¿Qué significa esto?—dijo Quirós.

—Que preso queda don Pedro de Carvajal—dijo el alcalde—, y si lo siento, no tengo que decirlo, pues me conocéis muy bien, y...

—¡Presol...

—Por orden de su majestad, y orden dada tan terminantemente, que no es posible dejar de cumplirla.

—¡Oh!...

—Si en vez de salir por este lado, lo hubiérais hecho por la otra casa, el resultado sería el mismo, puesto que allí hay otro alcalde con gente de sobra para hacer esta prisión. Todo se ha previsto y se ha preparado muy hábilmente. No tengo que deciros, señor don Pedro, que nada conseguiríais con resistir, pues hay más fuerza preparada en estos alrededores, y sucumbiríais.

—Sin embargo—replicó Carvajal, dejándose arrebatar por la cólera—, hay mucha diferencia entre morir á manos del verdugo y morir defendiéndose con la espada como buen caballero.

—Sí; pero eso significa casi el propósito de morir.

—No haréis resistencia—dijo el señor Antonio.

—¿Y adónde me lleváis?

—A vuestra casa, que será vuestra prisión.

—¿Y de qué se me acusa?

—Según las indicaciones que me ha hecho su majestad, se os acusa de favorecer la causa de los herejes flamencos, conspirando contra la augusta persona del rey.

—¿Y las pruebas?...

—Su majestad me ha dicho que hoy mismo me las entregará.

—Esas pruebas no existen.

—Pues si no existen, os juro que os declararé inocente, sin ningún miramiento, pues antes que todo es mi conciencia.

—Fío en vuestra rectitud, don Diego.

—La probaré.

—Vamos, pues.

—Si vuestra palabra de honor me dais de no intentar huir desde aquí á vuestra casa, mandaré que os dejen los alguaciles.

—Mi palabra tenéis.

—Y si en mí fiais—dijo el señor Antonio—, os juro por mi honor que yo llevaré á su casa á don Pedro y allí os lo entregaré.

—No necesito más... Con Dios id, y hasta luego.

Y Pantoja, con una nobleza digna de elogio, se alejó con los alguaciles.

Y los dos caballeros, esclavos de su honor, sin vacilar un instante, encamináronse á la vivienda de don Pedro, yendo por el camino más corto, pues creían que sólo así cumplían fielmente su promesa.

Hablaron durante el camino, y aunque su conversación era de mucho interés, no debemos repetir, pues hemos de ver el resultado.

Llegaron á la suntuosa casa.

Pocos minutos después se presentó el alcalde con diez corchetes que allí debían quedar.

El señor Antonio le dijo:

—Aquí tenéis á don Pedro de Carvajal, que en prisión se constituye, respetando y cumpliendo la orden de su majestad.

—Habéis cumplido vuestra palabra como caballeros.

—Pero desde este instante la responsabilidad es de los que vigilen, y puesto que guardias se le ponen, mi amigo don Pedro hará lo que pueda y le convenga para recobrar la libertad. Prometió venir, y ha venido; pero ahora no promete nada.

—Eso quiere decir...

—Don Diego, sería la mayor de las necedades creer que el que está preso se resigna y no ha de aprovechar la ocasión que se le presente para verse libre.

—Razón tenéis; pero si no existen las pruebas...

—Entonces esperará tranquilamente don Pedro.

—Sería lo mejor.

—Su conducta depende de las circunstancias.

—Yo he de concretarme á cumplir mi deber.

—No habéis de constituíros aquí como guardia de vista.

—No; pero adoptaré todas las precauciones imaginables para la seguridad del preso.

—Le permitiréis que le vean sus amigos.

—Eso depende de la importancia que tenga lo que contra don Pedro resulte. Ahora iré á ver á su majestad para que me entregue las pruebas de que me habló, y según esas pruebas sean...

—Comprendo.

—Nada más puedo deciros, señor de Quirós, y esto os lo digo por ser quien sois.

—Y os lo agradezco mucho.

—Vos haréis en favor de vuestro amigo cuanto posible os sea.

—A palacio iré ahora mismo.

—Recordad antecedentes, y tampoco lo miréis...

—Don Diego, nada puedo olvidar. Mi situación la conocéis demasiado bien, y no es menester que hablemos mucho para entendernos.

—Nos hemos entendido.

—Que el cielo os guarde.

El señor Antonio salió.

—No estoy tranquilo—decía.—¿Qué órdenes le dió el rey al vizconde? ¿Por qué le preguntó si todo estaba completo?... ¡Oh!... Y la seguridad conque el rey promete presentar la prueba del crimen de don Pedro... Quisiera salir de dudas.

A palacio fué Quirós.

Mucho arriesgaba al hablar de aquel asunto al rey; pero no se detendría, porque valor le sobraba para arrostrar todos los peligros.

CAPITULO XLII

SORPRESA POR SORPRESA

No le hizo esperar el rey al señor Antonio, y además lo recibió muy afablemente.

—Señor—dijo el hidalgo—, quizás cometo una indiscreción, una imprudencia...

—Tranquilizáos—interrumpió el monarca—, que yo no puedo reprobar las acciones nobles. Venís para pedir gracia por don Pedro de Carvajal, para hacer cuanto os sea posible por salvarlo, y semejante proceder es una prueba de la generosidad de vuestra alma.

—Mi deber...

—Casi enemigo vuestro es el acusado, y, por consiguiente, vuestra acción tiene doble mérito; pero desgraciadamente no podéis conseguir lo que deseáis.

—Señor...

—Una cosa habéis olvidado, buen Quirós.

—Tal vez.

—Si yo perdonase á don Pedro de Carvajal, don Juan de Guevara tendría derecho para decir que he cometido una injusticia, y de todo quiero que me acusen menos de injusto, sin contar con que mi conciencia me prohíbe serlo.

—Si vuestra majestad fuese bondadoso hasta el punto de permitirme algunas observaciones...

—Y las escucharé con gusto.

—El caso no es igual tratándose de don Pedro de Carvajal y de don Juan de Guevara.

—¡Que no es igual...

—Me parece que no.

—¿Y en qué consiste la diferencia?

—Don Juan de Guevara ha cometido muchos crímenes, y si no de todos, de algunos hay pruebas tan claras y terminantes, que no dan lugar á duda, y con la conciencia tranquila puede el juez condenarlo.

—Estamos de acuerdo.

—No tiene derecho á quejarse don Juan, sino motivo para agradecer, puesto que en vez de morir en el cadalso, según merecía, le ha perdonado la vida vuestra majestad, y no le ha impuesto más pena que la de reclusión por toda su vida. Se le ha concedido, pues, una gracia.

—Es indudable.

—Pues en justicia rigurosa nada debe temer don Pedro, porque completamente distinta es su situación. Tal vez ha cometido crímenes; el juez puede sospecharlo y estar convencido; pero ¿en qué pruebas ha de fundarse para condenarle? Las pruebas no existen, señor, y en esto consiste la diferencia que hay entre don Pedro y don Juan.

—Ahora os olvidáis de otra cosa.

—No sé...

—Mala memoria tenéis hoy, buen Quirós, y esto consiste en que toda vuestra atención la fijáis en lo que puede favorecer á Carvajal.

—Reconozco mi torpeza; pero...

—Sí, olvidáis que don Pedro de Carvajal cometió la imprudencia de firmar una declaración que es una prueba clara y terminante de su crimen, y si una declaración suya y hecha espontáneamente no la consideráis prueba bastante, ninguna fuerza deben tener las que han servido para condenar á Guevara.

—Como ese documento, aunque haya existido, no lo tiene el juez...

—Es verdad, no lo tiene; pero podrá tenerlo.

—Mientras eso no suceda...

—Siento decirlo, porque sé que habéis de sufrir; pero sabed que ese documento terrible está en mi poder.

—Si vuestra majestad me permite que franca, rudamente, diga lo que siento...

—Sí.

—Pues bien, señor, es imposible que en ma-

nos de vuestra majestad se encuentre ese documento.

El rey fijó su mirada penetrante en el hidalgo.

Luego desplegó una leve sonrisa, lo cual era anuncio de algo terrible.

Sin pronunciar una palabra abrió un cajón de la mesa, sacó un papel y se le presentó al señor Antonio.

—¡Ahl—exclamó éste.

—¿Dudáis ahora?—preguntó Felipe II con una calma espantosa.

El hidalgo miraba el documento y callaba.

El rey añadió:

—Noblemente procediendo, lo cual alabo, la hija de Vargas hizo pedazos el papel y á la calle lo arrojó. Esto bien lo sabéis, puesto que bien lo habéis visto.

—Sí, señor, es verdad que un papel rompió María y lo arrojó á la calle.

—Gente había ya prevenida para lo que pudiera suceder, y dí al vizconde, según visteis, la orden conveniente, y los pedazos de papel se recogieron, y en este otro papel se han pegado, uniéndolos muy cuidadosamente y resultando así que pueda leerse la declaración con la firma de don Pedro. Y para que nada falte, observad que la casualidad ha querido que entero quede el pedazo donde está la firma, de modo que así ésta puede examinarse y comprobarse en caso de duda.

—Todo eso es ingenioso, señor.

—Y sencillo.

—Y todo eso prueba la previsión de vuestra majestad cuando se trata de hacer justicia.

—En tales casos nada olvido.

—No falta más que una cosa, señor.

—¿Qué?

—Una declaración igual á ésta y firmada por don Pedro de Carvajal.

El rey fijó una mirada de extrañeza en el hidalgo.

Este prosiguió diciendo:

—Así sería preciso condenar á don Pedro, y yo no pediría gracia para él, porque soy amante de la justicia.

—Lo que decís es incomprensible.

—Pues me parece muy claro y muy sencillo; pero quizás he sido torpe para explicarme, y de otra manera lo haré.

—Sí.

—Quiero decir que este papel no es prueba, ni es nada.

—¡Que no es prueba!...

—No, señor, porque esta firma no es la de don Pedro de Carvajal.

A pesar de toda su calma, no pudo el rey contener una exclamación de sorpresa y de disgusto.

—¿Qué estais diciendo?—replicó.

—Lo que es verdad; porque la firma de don Pedro la conozco muy bien, y ésta no lo es, sino una imitación muy torpe, según ha de verse por las comprobaciones y el examen que hagan personas competentes.

Se contrajo la frente de Felipe II.

Su mirada se fijó con ansiedad en el documento.

—¡Que no es su firma!—murmuró sordamente.

—Por torpe que don Pedro sea, no ha de serlo tanto que su firma ponga en declaración semejante. Quizás para satisfacer alguna exigencia y con fines que no podemos adivinar, entregaría ese papel, diciendo que lo había firmado, y la persona que lo recibió no había de ponerse á examinar la firma, ni examinándola hubiera conocido tampoco el engaño. También es posible que otra persona cualquiera haya hecho esta falsificación para tener en qué fundarse al acusar á don Pedro, y esas dos infelices mujeres han guardado el papel que en sus manos puso la casualidad, creyendo que tenían un arma terrible.

—¡Oh!...

—Don Juan de Guevara quiso engañar á don Pedro, y tal vez don Pedro se preparó también á engañar á don Juan, y de todo esto ha resultado...

—Sí, que si mi plan era ingenioso—interrumpió Felipe II—, más ingenioso es el vuestro.

—¡El mío!

—La declaración estaba firmada por el conde de Noringens.

—Para que yo creyera eso, sería menester que lo viese, ó que vuestra majestad me dijese que lo había visto.

—Lo vió don Juan de Guevara.

—¿Y quién fía en las palabras de semejante hombre?

—Otro, que es muy honrado, lo vió también, y el haber desaparecido la firma del conde, prueba...

Se interrumpió el monarca, porque no sabía lo que probaba aquello.

—Señor, procediendo con justicia, hay que atenerse á lo que resulta; pero aun discurriendo y haciendo suposiciones con el fin de satisfacer nuestra curiosidad, pienso que también es posible que se falsificase la firma del conde, y que don Pedro, impulsado por un sentimiento noble, la quitase después, sustituyendo un papel con otro; pero de todas maneras, nos encontramos con que esta declaración no está firmada por él.

—¿Y por quién está escrita?

—Lo ignoro, pues esta letra, aunque imitada, no es suya.

—Lo decís con tanta seguridad...

—Repito que conozco muy bien la letra de don Pedro.

—Está bien—dijo el monarca, volviendo á guardar el papel.

—Ahora...

—No podemos hablar de este asunto mientras en claro no se ponga lo principal, que es lo referente á la firma de don Pedro.

Iba el señor Antonio á pedir licencia para irse cuando un gentil hombre anunció á don Diego de Pantoja.

—Que entre—dijo el monarca.

Y mandó al hidalgo que esperase.

El alcalde se presentó.

—¿Y don Pedro de Carvajal?—le preguntó el rey.

—Preso en su casa y con guardias de vista, según lo mandado por vuestra majestad.

—Voy á entregaros la prueba de su crimen.

—Señor...

—Y os advierto que don Pedro ha de estar incomunicado hasta que yo resuelva otra cosa.

—Así se hará.

—Este papel—dijo el rey, sacando otra vez el falso documento y entregándolo á Pantoja—se rompió; pero han podido unirse los pedazos. Leedlo.

Obedeció el alcalde.

Palideció y tembló.

—¿Qué os pasa?—le preguntó el monarca.

—Esto es claro, terminante.

—Haceis de ese documento el uso que procede en justicia... Y vos, buen Quirós, idos ya, y tened por seguro que justicia haré con toda verdad.

—Nunca lo he dudado, señor.

Se inclinó respetuosamente el hidalgo, y salió.

Lo que habló el rey con don Diego Pantoja no lo sabemos...

Quince minutos después salió éste de palacio.

Su entrecejo se arrugaba.

Revelaba su semblante su intranquilidad.

—Esto es grave—decía—, muy grave; y temo verme aún más comprometido que con el otro asunto.

La explicación de lo que acababa de suceder era muy sencilla, y la daremos con pocas palabras. La viuda no acabó de convencerse de que le estaba permitido guardar el documento, mucho menos cuando se encontraba en Madrid y bajo la protección del señor Antonio, y al fin manifestó su resolución irrevocable de hacer lo que le mandaba su conciencia.

Inútiles fueron todas las razones dadas por Quirós, y viendo éste que aquellas infelices iban á colocarse en una situación muy crítica, porque aún no era segura la regeneración de don Pedro, apeló á un medio ingenioso que tranquilizase á la noble mujer y la dejase á cubierto de cualquier abuso.

No hay que decir en qué consistía este medio, pues no fué otro que copiar la declaración, imitando la letra.

La copia, en poder de la viuda, podía servir de amenaza, y si caía en manos del rey, como al fin sucedió, no haría ningún mal á don Pedro.

El original fué quemado.

La generosidad de la señora Ana y el ingenio del hidalgo fueron, pues, la salvación de Carvajal.

Este nada supo hasta después que lo prendieron, pues entonces se lo explicó todo esto el señor Antonio.

Así quedó tranquilo don Pedro de Carvajal, estando prevenido para negar la legitimidad de la firma cuando llegara el caso de que el juez le presentase el documento, pues aunque éste se había roto, no podía estar tranquilo Quirós.

La salvación del señor Carvajal parecía cosa cierta.

Sin embargo, pronto veremos que Quirós no había conseguido con su noble intriga todo lo que deseaba.

Incomunicado quedó don Pedro, y cuando aquella tarde fué el hidalgo á visitar á don Diego de Pantoja, éste se mostró muy reservado, y le dijo:

—Si os interesa mi suerte, si en algo estimáis mi vida, no me habléis de este asunto.

—El rey os ha dado instrucciones secretas.

—Lo que el rey me ha dicho...

—No quiero saberlo.

—Señor de Quirós, compadecedme.

—Solamente os recordaré que habéis prometido ser justo.

—Y lo cumpliré.

—Ese documento es falso.

El alcalde no respondió.

—Si encontráis otras pruebas, condenad á don Pedro; pero si no tenéis más que ésa...

—Pues bien, si otras pruebas no hay más que esa declaración escrita y resulta falsa...

—¿Qué haréis?

—Lo que me manda mi conciencia, que es declarar que don Pedro es inocente.

—No necesito más, don Diego, y para evitaros disgustos no volveré á visitaros mientras no termine este asunto.

—Gracias, señor de Quirós, muchas gracias.

Dos horas después el asunto de todas las conversaciones en Madrid era la prisión de don Pedro de Carvajal.

Hiciéronse comentarios de todas clases, y todos compadecían al caballero que sufría tan tremenda desgracia después de haberse arruinado.

CAPITULO XLIII

DE CÓMO NO SIRVIERON LAS PRECAUCIONES DEL HIDALGO

Aquel mismo día don Diego de Pantoja se presentó con un escribano á don Pedro de Carvajal.

Este parecía completamente tranquilo, y saludó muy cortésmente al alcalde, diciéndole:

—Que seáis bien venido, señor de Pantoja.

—Para bien quien quisiera venir, os lo aseguro: pero los extremos deberes de mi cargo...

—Cumplidlos sin violencia, porque yo no he de llevarlo á mal. Supongo que váis á pedirme declaración.

—Sí.

—Pues dispuesto me tenéis á responder.

El alcalde se volvió al escribano, que respetuosamente esperaba junto á la puerta, y le dijo:

Señor Garfio, preparad la pluma y el papel, y sentaos, porque habéis de escribir la declaración de este ilustre caballero; y luego, con grave tono, le preguntó:

—¿Conocéis al conde de Noringes, natural de Flandes?

Don Diego se despidió y salió con el escribano.

Otra vez fué el buen alcalde á palacio.

Nada podía sentenciarse sino después del reconocimiento de la firma.

Al día siguiente, cuando don Diego se disponía á dar las órdenes para que se hiciese el reconocimiento del manuscrito, le dijeron que un hombre deseaba hablarle para un asunto que interesaba á la justicia.

Le recibió Pantoja, como era su deber.

No lo conocía; pero nosotros sí, porque era Andrés, el antiguo escudero del señor de Carvajal, el miserable que le había ayudado á cometer todos los abusos.

Ya dijimos que don Pedro despidió á su criado y confidente, dándole una crecida suma para que pudiese vivir con independencia y decoro.

Andrés aparentó quedar muy agradecido, y desapareció.

Cuando se vió libre y con dinero abundante, entregóse á todos los excesos de una vida licenciosa, pues ni quería trabajar ni contrariar sus vicios y sus malas inclinaciones.

Lo que era Andrés ya lo sabemos, y por consiguiente no tenemos que decir que no había ningún abuso, ninguna ruindad, ningún crimen que no estuviese dispuesto á cometer con la mayor frialdad.

Mientras tuvo dinero no pensó más que en divertirse, en gozar; pero el dinero se acabó pronto, porque los vicios son un monstruo que devora instantáneamente cuanto se ofrece á su voracidad.

Entre los vicios de Andrés, estaba el juego, que es lo que más caro cuesta, y como la fortuna le volvió la espalda al antiguo escudero, resultó que en un plazo breve se vió arruinado hasta el punto de que no tenía ni para cubrir las más urgentes necesidades.

Pensó entonces acudir á su nuevo señor, á pesar de que había oído decir que éste también estaba arruinado, y quiso la casualidad que esto lo hiciese precisamente la tarde del día en que preso fué don Pedro de Carvajal.

Encontróse Andrés con la casa convertida en cárcel.

Anonadado se sintió Andrés, porque instantáneamente se desvanecía su esperanza única, como se discurre cuando se perturba el juicio.

Acusó como causa de sus desdichas á su anti-

guo señor por haberlo despedido, lo cual calificaba el sirviente de ingratitud.

Las almas ruines, cuando no pueden encontrar el remedio para sus desgracias, se complacen en agravar los males ajenos, pues así se consuelan.

Creyó Andrés que tenía derecho para vengarse del ingrato señor á quien había servido tan lealmente y arriesgando la vida, y que no le había pagado más que con un puñado de oro.

Durante aquella noche meditó el antiguo escudero, y cuanto más cavilaba y se calentaba la cabeza, excitábase más y encontraba más justificado el ruin proceder de la venganza.

Amaneció.

Buscó el criminal recursos para comer aquel día, no los encontró, y á duras penas, en fuerza de humillaciones, consiguió que en la taberna que frecuentaba le hiciesen un pobre almuerzo.

Todas estas circunstancias contribuyeron muy poderosamente para que Andrés se desesperase, concluyendo por adoptar la resolución que puso en práctica muy pronto.

No se detuvo más que para hacer algunas averiguaciones referentes á la prisión de don Pedro, y aunque no pudieron darle noticias ciertas, supo lo bastante para llevar á cabo el criminal abuso.

Sabemos ya que Andrés no era un criminal grosero, rudo, pues muchos años había vivido entre personas distinguidas, y su lenguaje y sus maneras parecían de un hombre de mediana educación.

—Vuestra señoría me perdonará—le dijo el alcalde con respetuoso tono—; pero del asunto que he de tratar interesa mucho á la justicia, y ninguna circunstancia me ha detenido para cumplir mi deber.

—Explicaos.

—Para hacer lo que hago ahora he vacilado mucho, porque consideraciones de importancia me detentan; pero al fin, cuando he visto que la desgracia no tiene remedio, he decidido y aquí estoy. De todas maneras, señor alcalde, más vale tarde que nunca.

—¿De qué asunto queréis hablarme?—preguntó don Diego, mientras que de pies á cabeza miraba al criminal.

—De un asunto referente á don Pedro de Carvajal.

Se arrugó el entrecejo de Pantoja.

—Yo fui su criado, su escudero, y puedo acla-

rar muchas cosas que están á oscuras sobre los crímenes de mi antiguo señor.

—Habéis dicho crímenes.

—Sí, señor.

—Eso es muy grave.

—Ya lo sé.

—Si no podéis probar que don Pedro ha cometido crímenes, vuestra responsabilidad será muy grande.

—Estoy tranquilo.

—Sepamos qué crímenes son esos, y en qué consisten las pruebas—repuso severamente Pantoja.

—El señor de Carvajal está preso, y por algo será.

—Eso no os importa.

—Pero le importa mucho á la justicia, señor alcalde, y yo he venido para ofrecer pruebas del crimen de que á don Pedro de Carvajal se le acuse, cualquiera que sea, porque de todos ellos tengo conocimiento.

—Vuestra obligación es decir qué crímenes ha cometido y presentar las pruebas, sin que para eso tengáis que averiguar el por qué ahora se ha determinado prenderle.

—Es igual—dijo Andrés encogiéndose de hombros.

—Y Dios os libre de no justificar vuestras acusaciones.

—Voy á principiar.

—Decid.

—Primeramente, el señor don Pedro de Carvajal andaba en tratos para favorecer á los herejes flamencos, y yo escuché algunas conversaciones que tuvo con ciertos personajes, particularmente con don Juan de Guevara.

El alcalde palideció.

En lugar de documentos se presentaban testigos.

—Proseguid—dijo.

—Don Pedro de Carvajal incendió la era don de tenían toda la cosecha del año la viuda y la hija del señor Alonso de Vargas, y además pagó criminales para que asesinasen al señor Felipe de Maldonado.

—Continuad.

—Esos son los principales crímenes.

—No son pocos.

—Si se ofrece perdón, ó siquiera rebaja de la pena á los que intentaron dar muerte al señor Felipe, declararán espontáneamente.

—Eso no puede ofrecerlo la justicia, si bien su

espontánea declaración se consideraría como causa atenuante.

—En último caso, diciendo yo quiénes son esos asesinos, vuestra señoría puede prender, y si bien á bien no declaran, en el tormento lo harán, y referirán el suceso con pelos y señales, así como, si la verdad quieren decir la viuda de Vargas y su hija, quedará probado que á esta última la amenazó don Pedro con el incendio y la muerte del señor Felipe, y con todo esto y algo más, probados quedarán los crímenes. En cuanto á lo que yo tuve que hacer, no para ayudar á que esos abusos se cometiesen, sino para cumplir órdenes de mi señor, que en relación estaban con esos crímenes, daré todas las explicaciones necesarias, y presentaré todas las justificaciones que se me pidan.

—¿Y qué os mueve para hacer todo eso?

—El deseo de cumplir mi deber, y nada más.

—Tenéis alguna queja de vuestro antiguo señor?

—Ninguna, porque me pagó los servicios que le hice.

—¿Y por qué salisteis de su casa?

—Cambié de vida, arregló su servidumbre de distinta manera y mis servicios fueron ya innecesarios. Entonces, además de pagarme me regaló una cantidad no despreciable; de manera que más bien debo estarle agradecido.

—Y le pagáis...—dijo irónicamente don Diego.

—Señor alcalde, me parece que antes que mi gratitud, antes que mi conveniencia, y antes que todo es la justicia.

—Sí, antes es la justicia, en buena doctrina legal, pero hay también leyes morales.

—No entiendo lo que vuestra señoría quiere decir.

—Ni es del caso ahora.

—He reflexionado, y al fin he decidido cumplir mis deberes.

—Y yo os ayudaré á cumplirlos.

—Así lo espero de la rectitud de vuestra señoría.

De todo lo que habéis dicho debo deducir que alguna parte habéis tomado en los crímenes de que habláis.

—Ninguna, señor.

—Eso lo veremos; pero cuando se presenta algún indicio, cuando hay algún motivo para sospechar, la justicia tiene la obligación de adoptar precauciones.

Andrés palideció.

Se había propuesto hacer la delación, dar á conocer los criminales de que se había servido para descargar el golpe contra el señor Felipe, y luego desaparecer, porque sabía que al fin su nombre había de pronunciarse como el de uno de los delincuentes.

Todo esto lo había previsto el miserable; pero no lo de las precauciones de que hablaba don Diego.

—Está bien—respondió—, para cumplir mis deberes con toda exactitud...

—Ahora—interrumpió el alcalde—, no podemos seguir tratando de este asunto, porque antes es preciso cumplir ciertas formalidades.

—Vuestra señoría dispondrá, y yo volveré á esperaré...

—Yo iré á buscaros á vuestro aposento.

—Señor, no puedo permitir...

—Ni yo he de pedirlos permiso—replicó don Diego.

Y tomó una campanilla que tenía sobre la mesa, haciéndola resonar.

Dos corchetes se presentaron.

Andrés tembló, y antes de que hablar pudiera, dijo el alcalde:

—A la cárcel con este hombre, y que incomunicado quede.

—Señor...

—Hablaréis cuando yo os pregunte.

—Esto es una injusticia...

—¡Silencio!...

—¡Oh!...

—Si grita, si habla siquiera, lo amordazaréis. Y tened entendido que es pajar de cuenta, y que, por consiguiente, vuestra responsabilidad sería muy grande si se fugase.

—Para eso están las cuerdas, señor—dijo uno de los alguaciles.

—Haréis lo que bien os parezca, puesto que vosotros habéis de responder.

—El miedo y la ira le hacían temblar al miserable Andrés.

Convencido estaba de que la resistencia era inútil.

De los brazos le cogieron los alguaciles, haciéndole salir.

No había previsto este desenlace.

Quizás con esta determinación cometía don Diego un abuso; pero ya sabemos que hacía muy bien, pues esto era lo que merecía aquel hombre ruin.

—¡Ah! — exclamó Pantoja cuando solo que-

dó.—Ya no hay salvación para don Pedro de Carvajal. El documento es falso; pero en su lugar tenemos los testigos. Y no puedo desentenderme de las declaraciones de este bribón porque mi conciencia no me lo permite. ¿Qué puedo hacer sin olvidar mis deberes?

Don Diego meditó.

Su apuro era muy grande, no tanto por don Pedro como por Quirós, á quien profesaba estimación particular.

Dudó mucho, vaciló, exclamando al fin:

—¡Que Dios me favorezca!... Mis deberes cumpliré con toda severidad; pero haré lo posible para que la desgracia sea menor.

Inmediatamente puso en práctica su noble resolución el alcalde.

A la morada del señor Antonio fué.

Sin rodeos y con toda claridad le dió noticia de lo que acababa de suceder, encareciendo la necesidad de guardar el secreto.

—¡Oh! — exclamó el hidalgo con voz reconcentrada.—No hay salvación posible para ese desdichado.

—No, no la hay, porque yo cumpliré mis deberes.

—Sí, cumplidlos, porque yo no quiero que don Pedro se salve á costa de vuestra responsabilidad. Tenéis un corazón noble, don Diego; pero no debéis olvidar lo que os mande vuestra conciencia.

—Si habláis de este asunto con su majestad...

—No iré á palacio, á menos que el rey me llame.

—¿Y qué haréis?

—Cuanto me sea posible para evitar que don Pedro muera á manos del verdugo.

—Que Dios os proteja.

Muy poco más hablaron.

El alcalde fué á dar parte á Felipe II del giro que tomaba el negocio.

El señor Antonio de Quirós salió para ir en busca de Leandro y del señor Felipe.

CAPÍTULO XLIV

EL SEÑOR ANTONIO Y LEANDRO ACOMETEN LA EMPRESA

En la época en que tuvieron lugar los sucesos que referimos, había en Puerta de Moros y es-

quina á la calle del Humilladero una casa grande y de aspecto sombrío, sobre cuya puerta principal se veían las armas de la ilustre familia de Carvajal.

Allí habitaba don Pedro, es decir, cerca de la madre de Leandro, cuya morada levantábase muy próxima á San Andrés, según hemos dicho, y esquina á la calle de Don Pedro.

Cumpliendo su deber, como había prometido, pues no quería responsabilidades, don Diego Pantoja adoptó todas las precauciones para la seguridad del preso.

De dos aposentos podía éste disponer, espaciosos y de buenas condiciones en todos sentidos; pero ambos tenían ventanas y fuertes rejas á un patio.

En éste se colocó un alguacil para vigilar por si acaso se intentaba romper las rejas, de modo que por allí era imposible la fuga.

En la habitación contigua á las ocupadas por el caballero instaláronse doce corchetes que á todas horas vigilaban.

Los criados de don Pedro andaban libremente por el resto del edificio y entraban y salían á su antojo; pero les estaba prohibido acercarse á las habitaciones ocupadas por su señor.

Además, el rey había dispuesto que en el portal de la casa se estableciese una guardia de seis soldados para que auxiliasen, en caso de necesidad, á los alguaciles.

No era posible adoptar más precauciones.

Los criados de don Pedro arreglaban la comida para su señor; pero se la servían los alguaciles.

¿Cómo habían de arreglarse el señor Antonio y Leandro para sacar de su prisión á don Pedro?

Esto parecía imposible; pero las dificultades y peligros de la empresa no habían de detener á hombres como ellos.

Conferenciaron, según hemos dicho, y, después de mucho cavilar, convinieron en lo que habían de hacer y aquel mismo día dieron principio á su obra.

Para poner en práctica su plan necesitaban el auxilio de los criados de don Pedro, siquiera el de uno, y Leandro se comprometió á conseguir esto, que no presentaba grandes inconvenientes.

Acababa de ocultarse el sol cuando el mancebo, envuelto en su capa, recatando el rostro y como quien espera ver al objeto de su amor, paseábase por la calle del Humilladero.

Por aquel lado tenía la casa una puertecilla que daba paso á las caballerizas, y con mucha frecuencia saltan por allí los criados.

Uno de éstos volvió á la casa poco después de haber sonado el toque del *Angelus*; pero cuando á la puertecilla se acercaba para abrir y entrar, se le puso delante Leandro, y le dijo:

—No tan deprisa.

Sorprendido miró el sirviente y le preguntó:

—¿Qué queréis?

—Lo sabréis muy pronto; pero habréis de venir y escucharme, porque en este sitio no podríamos hablar sin hacernos sospechosos.

—¿Quién sois?

—Lo sabréis también.

—¿Y qué es lo que tenéis que decirme?

—Algo que interesa mucho á vuestro noble y desgraciado señor don Pedro de Carvajal, y suponiendo que os interesáis por su suerte, porque sois leal y tenéis buen corazón, á vos acudo. Si no queréis escucharme, tendré paciencia y acudiré á cualquiera de vuestros compañeros que sea más generoso y tenga valor para cumplir sus deberes.

—¡Vive Dios!... Valor me sobra, y bien lo he demostrado; pero no os conozco...

—Me parece que nada perderéis con escucharme; pero aunque yo os proponga cometer el mayor de los crímenes, siempre estaréis en libertad de volverme la espalda. Yo arriesgo más, pues no os conozco, y si se os antoja me entregáis á la justicia; pero me parece que sois un hombre honrado, agradecido, y...

—¡Mil rayos!... Habláis de una manera...

—Y repito que se trata de la suerte de vuestro señor.

—Diez años hace que lo sirvo.

—Ha cometido grandes faltas; pero...

—Si yo supiera quién sois...

—Dos veces he venido á esta casa con el noble hidalgo Quirós, y no sé si me habéis visto.

—¡El señor Quirós!...

—¿Os inspira confianza?

—¿Y á quién no se la inspiraría?

—Pues yo soy su mejor amigo.

—Lo veremos.

—Si bien os parece, venid á mi casa, donde hablaremos descuidadamente, y si desconfiáis, nos meteremos en una taberna ó nos pasearemos, pues el sitio me es indiferente, y lo único que quiero es alejarme de aquí para evitar que nos observen.

—Vamos á vuestra casa, si está cerca; pero tened entendido...

—Descuidad...

Salieron á Puerta de Moros, cuya plaza atravesaron, y bien pronto entraron en la vivienda del mancebo; ó lo que es igual, en la de su madre.

El criado de don Pedro se sorprendió al ver que el portero y los criados que encontraban se ponían en pie y se inclinaban respetuosamente.

Subieron.

Atravesaron varias habitaciones y se detuvieron en una ricamente amueblada.

Un criado llevó luz y salió, cerrando la puerta. Leandro se quitó la capa y el sombrero.

No tenía ya el aspecto de un infeliz, como pocos días antes, pues iba ricamente vestido.

El criado de don Pedro lo miró con asombro, y después de algunos momentos exclamó:

—¡Por Satanás!... Si no sois un mancebo que con el señor Antonio de Quirós fué á nuestra casa un día...

—No os equivocáis.

—Entonces...

—Yo era pobre, muy pobre, y ahora soy rico, muy rico, porque he encontrado á mi madre, á quien no conocía.

—Gran fortuna—murmuró el sirviente mientras á su alrededor miraba.

—Y mi madre es la dama que aquí habita.

—¡Ahl...

—Debéis conocerla.

—Hace muchos años.

—Todo esto debe ser para vos una garantía.

—Me parece que empiezo á entender.

—Pues sentaos y hablemos.

El criado representaba unos treinta años y nada de particular ofrecía su aspecto.

Era honrado y leal, y había deplorado los extravíos de su noble señor, á quien amaba verdaderamente.

Sentóse, aunque con cierto temor, porque le infundía respeto el lugar donde se encontraba.

—Don Pedro de Carvajal—dijo Leandro—ha cometido muchas faltas, y algunas muy graves.

—¡Vive el cielo!—exclamó el sirviente, cuya frente se contrajo.—Eso es verdad; pero no es toda la culpa de mi noble señor, sino del bribón de Andrés que lo alentaba y le proporcionaba ocasiones para cometer toda clase de excesos.

—¿Y no sabéis lo que ahora ha hecho ese miserable?

—No he vuelto á tener noticias suyas y me alegro mucho.

—Pues se ha presentado al alcalde don Diego de Pantoja para declarar contra don Pedro.

—¡Por Satanás!—exclamó indignado el sirviente.

—De manera que lo que no podía justificarse, ahora se justificará, y vuestro señor será sentenciado á morir.

El fiel criado sintió que su sangre se helaba.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Con espanto fijó la mirada en el mancebo.

No acertó á pronunciar una palabra.

—Esa es la suerte que á vuestro desdichado señor espera.

—¡Dios mío!...

—Sí, sentenciado á muerte como conspirador contra su majestad, como incendiario y como asesino.

—¡Horror!...

—Y no hay que esperar clemencia del rey.

—Pero todos esos crímenes...

—Algunos ha cometido el señor de Carvajal; pero está arrepentido, sufre, porque su conciencia lo atormenta sin cesar, y más que de castigo, es digno de compasión. Ha remediado los males que hizo; y por consiguiente nuestro deber es salvarlo de una muerte afrentosa. Determinado tiene acabar sus días en un claustro.

—¡Fríale!...

—Y cuando iba á poner en práctica esta resolución...

—Entiendo, entiendo.

—La empresa que intentamos el señor Antonio y yo es muy peligrosa.

—¿Y qué importan los peligros?

—Os lo advierto...

—Si á mi desgraciado señor puedo salvar, ante nada me detendré.

—¡Noble corazón!...

—Cumpló mis deberes, y nada más.

—Y tendréis la recompensa que merecéis.

—Nada quiero, porque siempre he sido pobre, y la pobreza no me hace sufrir.

—Doy á Dios gracias por haber hecho que seáis vos y no otro el que se ha puesto en mi camino esta noche.

—Mis compañeros también son leales, pues en aquella casa no había ninguna criatura ruin más que Andrés.

Ya está en un calabozo, y su suerte será la

peor, pues ha de resultar complicado en los mismos crímenes de que á don Pedro acusa.

—Justo castigo.

—Sí.

—Pues bien, decidme lo que es preciso hacer, porque á todo estoy dispuesto.

—Antes deseo saber cómo vigilan á vuestro señor.

—Las habitaciones donde está tienen ventanas con rejas á un patio.

—¿Y el patio?

—Hay siempre un guardián.

—Nada podemos intentar por ese sitio.

—En la antecámara tenéis diez ó doce alguaciles, y seis soldados en el portal de la casa para lo que sea menester.

—Supongo que vosotros salís y entráis con libertad.

—Y vos podéis entrar también por la puerta de la caballeriza.

—¿No veis ninguno de vosotros á vuestro señor?

—Ni siquiera para servirle la comida, pues esto lo hacen los alguaciles.

Leandro inclinó la cabeza y quedó pensativo. Después de algunos minutos brillaron sus negros y magníficos ojos.

—¿Lo salvaremos—exclamó.

—Dios quiera que no os equivoquéis.

—¿Quién ocupa las habitaciones que están sobre la que sirven de encierro á vuestro señor?

—Son camaranchones donde nadie habita.

—¿Y á cualquiera hora de la noche podéis salir por la puerta falsa?

—Sí, porque los corchetes no se ocupan de nosotros.

—Pues esta noche saldréis cuando duerman vuestros compañeros, y me encontraréis sólo ó en compañía del noble Quirós.

—¿Entraréis?

—Sí, porque cuanto antes hemos de dar principio á la obra.

—Pues no me esperéis hasta las once.

—A esa hora nos tendréis en las cercanías de la casa.

—Por de pronto nada diré á mis compañeros...

—Ni una palabra.

—Después, cuando veamos lo que conviene...

—Haremos lo que aconsejen las circunstancias y la prudencia.

—¿Nada más tenéis que disponer?

—Nada por ahora.

—Pues que Dios os bendiga.

—¿Cómo os llamáis?

—Roque.

Pocas palabras más cruzaron.

El sirviente se fué.

Leandro salió para ir á ver al señor Antonio, que lo esperaba.

Dióle cuenta de lo que acababa de hacer y de las trazas que había imaginado para sacar de su encierro al señor de Carvajal.

Todo lo aprobó el noble hidalgo.

A las once en punto entraron silenciosamente en la calle del Humilladero.

No transitaba por allí alma viviente.

Cerrada estaba ya la puerta principal de la casa de don Pedro, y cerca de la otra se situaron nuestros amigos.

No era fácil descubrirlos en medio de la oscuridad.

Esperaron.

Antes de que transcurriesen cinco minutos rechinó la llave al girar en la cerradura de la puertecilla, y ésta se entreabrió, asomando la cabeza de Roque.

Se le acercaron el señor Antonio y Leandro, y éste dijo:

—Aquí nos tenéis.

—Entrad y seguidme sin hacer ruido.

Así lo hicieron.

La puerta se cerró.

Y los tres avanzaron por un pasillo y después subieron por una escalerilla que daba á las habitaciones de los criados.

Algunos aposentos atravesaron.

Otra escalera subieron, y por último llegaron á los camaranchones de que había hablado Roque.

—Ahora podéis hablar con todo descuido—dijo éste.

CAPITULO XLV

PRINCIPIAN LOS TRABAJOS Y AUMENTAN LAS DIFICULTADES

El techo inclinado y ennegrecido; las paredes desconchadas; el suelo terrizo; polvo y telarañas por todas partes, y algunos muebles inútiles, hechos pedazos y amontonados en un rincón. Esto era cuanto se veía en el camaranchón donde entraron nuestros amigos.

La luz se esparcía muy trabajosamente allí, y en ningún sitio reflejaba, porque todo era de color muy oscuro.

Inclinándose, encorvándose para no dar con la cabeza en el techo, avanzaron.

De vez en cuando tenían que pasarse las manos por el rostro para quitarse las telarañas que se les pegaban.

Por fin se detuvo Roque al pie de una ventana muy pequeña que había en uno de los extremos del caramanchón.

—Aquí es—dijo.

—¿Estáis seguros de no equivocaros?

—Completamente seguro—respondió el sirviente—, y señalaré el espacio que ocupan las habitaciones donde mi señor se encuentra.

—Hacedlo.

—Desde aquí, hasta este sitio—repuso el criado mientras iba de un lado para otro y figuraba una línea en el suelo—, está la habitación donde tiene la cama, y desde aquí hasta aquella pared, es el otro aposento. Por otro lado tiene las tres rejas que al patio dan, y por allí la puerta. Más allá está el otro aposento donde se han situado los corchetes, y hacia esta otra parte de la derecha, un pasillo y otras habitaciones.

—Entendido.

—Ahora veréis lo que es posible hacer.

—¿Cómo son los techos de la prisión?

—De vigas y tablas.

El señor Antonio y Leandro fueron de un lado para otro, mirando al suelo mientras calculaban.

—Señalad ahora los sitios donde deben encontrarse los muebles, y decid cómo son éstos.

Roque hizo una descripción minuciosa.

Luego le preguntó el señor Antonio á Leandro:

—¿Qué opináis?

—Lo mismo que antes.

—Yo también.

—Adoptando muchas precauciones es realizable nuestro plan.

—Y una de esas precauciones ha de ser la de ponernos antes en comunicación con el señor de Carvajal para que nos diga á qué hora está completamente solo, y lo demás que le parezca conveniente para nuestros fines.

—Escribidle, dándole explicaciones, y en el momento oportuno le enviaremos la carta.

—¿Y cómo haréis eso?—preguntó Roque, que aún no acababa de comprender el plan.

—Porque principiemos por hacer un agujerito que nos permita ver el aposento donde está vuestro señor, y cuando se encuentre solo, le enviaremos la carta, y la suya la subiremos con un hilo. Así nos pondremos de acuerdo en todos los detalles, y no cometeremos ninguna torpeza.

—Pero ese agujero...

—Aquí, y ahora mismo lo veréis.

—Mientras vos trabajáis, yo escribiré—dijo el hidalgo.

—Bien me parece.

—Roque me proporcionará papel y pluma.

—Sí, caballero.

—Pues manos á la obra.

—En nombre de Dios.

Leandro sacó entonces una piqueta de que iba prevenido, se arrodilló, y sin producir apenas ruido, empezó á carcomer la capa de yeso que el suelo cubría.

—¡Ah!—exclamó Roque.

—Os recuerdo, señor Leandro, que no es hacerlo pronto lo que nos conviene, sino hacerlo bien.

—No lo olvido.

—Pues voy á escribir.

Dejando allí la luz, salieron á tientas del caramanchón el señor Antonio y Roque.

Este encendió otra luz y fueron en busca de lo necesario para escribir.

Entretanto el mancebo trabajaba.

La obra no era difícil, puesto que apenas ofrecía resistencia el terrizo.

Un cuarto de hora después quedaban en descubierto en un pequeño espacio las tablas del suelo, que era el techo de una de las habitaciones donde se encontraba el señor de Carvajal.

Leandro quedó inmóvil y contemplando con satisfacción su obra.

Se inclinó luego más, y escuchó.

No percibió ni el más leve ruido.

Sacó una barrena y agujereó la tabla.

Junto á un agujero hizo otro, y otros después, formando un pequeño círculo que tendría una pulgada ó poco más de diámetro.

Repitió esta operación muchas veces, clavando siempre la barrena en aquel pequeño espacio, y al fin, después de otros veinte minutos consiguió abrir un agujero por donde no solamente podía mirarse, sino hacer pasar la carta.

—¡Ah!—exclamó el joven.

Volvió á escuchar.

Miro; pero nada pudo ver, porque no había

luz en las habitaciones ocupadas por don Pedro.

Pocos minutos después se presentaron el señor Antonio y Roque con la carta y un hilo.

—Aún no es tiempo—dijo Leandro.

—Don Pedro debe dormir.

—Así parece.

—Será preciso que esperemos á mañana.

—Sí.

—Veamos vuestra obra.

El señor Antonio y Roque examinaron la abertura, pareciéndoles muy bien.

—Uno de vosotros—dijo Leandro—debe quedar aquí, porque así evitaremos llamar la atención con entradas y salidas, y entretanto el otro hará averiguaciones sobre el estado de la causa.

—¿Y quién ha de quedarse?

—Yo, por muchas razones.

—Sepamos.

—La primera, porque vos tenéis más medios de averiguar lo que se hace, y la segunda porque es posible que os llame el rey para hablaros de este asunto. Aquí acabaré de pasar la noche, y mañana haré lo que convenga. Cuando á Roque le sea posible, me subirá un pedazo de pan y un poco vino, con lo cual tengo bastante para mi alimento, porque á la pobreza estoy acostumbrado.

—¿Y habéis de pasar aquí la noche?—preguntó el sirviente.

—¿Y por qué no?

—Bajaréis á mi aposento y allí os arreglaré una cama.

—Pero vuestros compañeros...

—Nadie os verá, y en cuanto á comida, algo más que pan y vino tendréis. A la hora que bien os parezca subireis mañana y os quedaréis aquí, y así, todo se arreglará sin grandes molestias para nadie. Ahora que comprendo vuestro plan, estoy seguro de que ha de salvarse mi noble señor. ¡Oh!... Si esto me hubiera ocurrido... Pero Dios me ha dado poco entendimiento.

Bien pensado, no era menester que en aquel sitio pasase la noche el mancebo, y aceptó la cama que Roque le ofrecía.

Salieron del camaranchón, bajaron, y en el aposento del sirviente se acomodó el amante de María.

Poco después salió de la casa el señor Antonio.

Pasó la noche sin novedad.

A la mañana siguiente, y poco después de las ocho, el alcalde fué á ver á don Pedro, dándole

la desagradable noticia de lo que había hecho su antiguo criado Andrés.

Lo que el caballero sintió no puede explicarse.

Había sido muy criminal; pero no concebía tanta ruindad, tanta ingratitud.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para dominar los arrebatos de la cólera; pero lo que sufría lo revelaba su lívido rostro.

Andrés, á la primera amenaza de tormento, había dicho cuanto sabía.

Los criminales que le ayudaron en el Escorial estaban presos también, y habían declarado la verdad.

¿Cómo se defendería el caballero?

No le quedaba más recurso que el del testimonio de sus víctimas, pues las declaraciones de éstas debían tener mucha fuerza para la justicia.

Si los mismos agraviados confesaban que nada tenía que ver don Pedro con sus desdichas, éste adelantaría mucha.

Seguro estaba el caballero de la generosidad de sus víctimas, y seguro también de ganar algún tiempo mientras hacía otras justificaciones; pero al fin debía considerarse perdido.

Más que el temor á morir, hacía sufrir la indignación, por el ruin proceder de su antiguo escudero.

Escuchó sin articular una sílaba, evitando así cometer una torpeza.

—¿Qué tenéis que contestar á todos estos cargos?—le preguntó gravemente don Diego.

—Que Andrés miente, me calumnia.

—Los testigos están conformes.

—Pero ninguno dice que haya tratado conmigo para cometer esos crímenes.

—Se entendían con vuestro criado.

—Pues mi criado debe dar explicaciones del por qué quiso asesinar al señor Felipe de Maldonado, y por qué hizo todo lo demás.

—Las explicaciones las ha dado.

—Faltan las pruebas, don Diego.

—Me parece, y lo siento mucho, que esas pruebas se me vendrán á las manos sin que yo las busque.

—Otra cosa falta también, la de más importancia.

—¿Qué?

—Que la viuda y la hija de Vargas declaren que yo las amenacé con el incendio y con la muerte del señor Felipe.

—Quizás lo nieguen.

—Entonces...

—Pensad que antes, por ser distintas las circunstancias, pudieron hablar con alguien de este asunto, en cuyo caso resultaría una contradicción.

Pensó don Pedro en el doctor Olivares, que conocía el secreto de aquellas intrigas.

—Pues bien—dijo después de algunos momentos—, detérminaré según lo que resulte de las declaraciones de mis supuestas víctimas. Ahora no tengo que decir más de lo que he dicho; que ese hombre me calumnia, que quiere vengarse porque lo despedí, y que las declaraciones de los otros nada tienen que ver conmigo.

Esta respuesta la consignó el juez y dió por terminado el acto, despidiéndose y saliendo.

Cuando estuvo en la calle exclamó:

—¡Infeliz!... No hay salvación posible, porque en último caso tendremos las declaraciones del doctor Olivares, y lo que él mismo me diga que ha observado, y sobre todo, que el rey se empeña en que sea condenado don Pedro á muerte; y como se empeña, se hará, porque no hay medio de oponerse á su voluntad. Entretanto yo, con mi conciencia por un lado, con mi deber de evitar desgracias por otro, y... ¡Dios tenga misericordia de mí!

El buen alcalde, cumpliendo las órdenes que había recibido, se encaminó á palacio.

Entretanto el mancebo estaba en el camaranchón, arrodillado, inclinado, hasta tocar con la frente en el suelo, y mirando á través de la pequeña abertura.

Había visto á don Diego, había escuchado y oído toda la conversación.

Esperaba el momento oportuno.

El almuerzo le llevaron al señor de Carvajal, que distraídamente comió algo y bebió un vaso de vino. Luego mandó que lo dejaran.

Los alguaciles tuvieron la consideración de cerrar la puerta para que así estuviese el desdichado caballero con más libertad.

Dió algunos pasos por la habitación, sentándose luego, cruzando los brazos, inclinando la cabeza y quedando inmóvil.

Se entregó á sus sombríos pensamientos, á sus ideas desconsoladoras.

Cinco minutos pasaron.

Sintió el caballero como si una mosca revoloteara á su alrededor.

Maquinalmente levantó un brazo y lo agitó, y su mano chocó con un cuerpo frío y de mayor volumen que una mosca.

Estremeciéndose violentamente.

Levantó la cabeza, y vió que delante de su rostro oscilaba un papel enrollado.

Nadie se sustrae á los efectos de la sorpresa.

Exhaló un grito y se puso en pie.

Como el grito podía llamar la atención de los guardianes, Leandro tiró del hilo.

El papel subió y desapareció.

Al mismo tiempo se abrió la puerta y se presentó uno de los corchetes, diciendo:

—¿Ha llamado vuestra señoría?

—No—respondió don Pedro.

—Nos había parecido, y...

—Pues nada necesito.

Salió el corchete, volviendo á cerrar.

—¡Ah!—murmuró el caballero.

Y se pasó las manos por la frente, y levantó la cabeza.

—He visto una cosa blanca, y juraría que era un papel.

Bien pronto salió de dudas, porque otra vez y pendiente del hilo empezó á descender la carta.

Entonces se apercibió el señor de Carvajal del pequeño agujero.

No necesitaba explicaciones para comprender que sus amigos ó sus criados trabajaban para ponerse en comunicación con él y sacarlo de su encierro.

No era el señor de Carvajal tan torpe como Roque, y el plan adivinó instantáneamente.

Ya hemos dicho que no tenía ningún apego á la existencia; pero sí deseaba vivamente verse libre.

La libertad tiene casi el mismo encanto que la vida, y tanto amor como á la vida se tiene á la libertad.

¿Qué es la existencia de la criatura en un encierro?

Vivir sin libertad no es vivir, es una vida falsa, y es además un tormento.

Las manos del caballero temblaron.

Desató el papel, lo desdobló y empezó á leer con una ansiedad que apenas se concibe.

Su rostro cambiaba de expresión.

Brillaban sus azules ojos con el fuego de la más viva alegría.

—¡Almas nobles!—exclamó al fin.—¡Qué grande, qué inmenso debe ser el goce que experimentan al arrostrar todos los peligros para hacer una buena obra!... Yo también he arrojado peligros; pero para hacer mal... ¡Oh!...

He podido ser dichoso y soy desdichado. No tengo derecho para quejarme, porque de mi mal yo soy la causa.

Volvió á leer don Pedro.

En seguida se acercó á una mesa donde había lo necesario para escribir, y contestó, dando todas las noticias que sus amigos necesitaban.

Como no llamase, lo dejaban solo hasta la hora de comer, y durante la noche no entraban los alguaciles.

Alguno de éstos debía vigilar mientras los otros dormían; pero esta circunstancia no debía considerarse como un estorbo ó un inconveniente insuperable.

Don Pedro ató su carta al hilo, uniéndole la otra para que en su poder no quedase, según le encargaba el señor Antonio.

Leandro tiró del hilo y desapareció el papel.

Desde aquel momento el señor de Carvajal frecuentemente levantaba la cabeza para mirar al techo.

El amante de María leyó la carta, meditó, calculó y dijo:

—De noche habrá de ser; pero entretanto trabajaré á todas horas.

Poco después fué Roque al camaranchón con una cesta donde había buenas y abundantes viandas, de manera que el mancebo pudo almorzar muy bien.

Hablaron detenidamente del grave asunto que los ocupaba.

Para romper una de las tablas ere menester bastante tiempo, ó hacer mucho ruido.

Lo primero era preferible, y Leandro se armó de paciencia para continuar poco á poco la obra sin perjuicio de comunicarse diariamente con don Pedro.

Encargóse Roque de ir á buscar al señor Antonio para llevarle la carta.

Leandro se puso á trabajar, descubriendo las tablas que se apoyaban en las vigas.

Don Pedro de Carvajal, como ya estaba advertido, paseábase pisando con bastante fuerza, y así el ruido de sus pasos ahogaba el poco que producía con su trabajo el mancebo.

A las cuatro de la tarde había hecho éste cuanto le era posible hacer por entonces.

Roque le llevó la comida.

Llegó la noche.

A las once fué el señor Antonio.

Los amigos hablaban alegremente.

—Esta desgracia—decía Leandro—, es una

fortuna para mí, pues mientras en esto me ocupo, no pienso en lo que tanto me desagrada.

—Sí, en vuestro padre.

—Ese misterio...

—Os conviene olvidarlo, ya os lo he dicho, porque desde el momento en que conociésteis el secreto, cambiaría vuestra suerte y seríais muy desgraciado.

—No, no me convenceré.

—Pues á mí me espanta la sola idea de lo que os sucedería.

—Señor Antonio...

—Ocupémonos ahora de lo que más interesa.

—Ved mi obra.

—Aún queda lo más difícil.

—Tiempo tenemos.

—Hasta el amanecer podemos trabajar. He traído otra barrena para ayudaros, porque me parece el mejor este sistema de hacer muchos agujeros para cortar las tablas.

—No se me ocurre otro medio.

—¿Para cuándo calculáis que podemos concluir?

—Mucho me equivoco, ó mañana á la noche podrá salir don Pedro.

—Y si al amanecer no se han apercibido de su fuga, partiré con el señor Felipe.

—¿Y dónde pasará el resto de la noche?

—En mi casa correría peligro.

—En la mía también.

—Y como el rey conoce demasiado bien la generosidad de los hidalgos, sospechará que éstos le protegen, y en su casa tampoco debe estar.

—Y por esa misma razón no convendría que el señor Felipe le acompañase, pues su ausencia ha de ser sospechosa.

—Tenéis razón—dijo el hidalgo.

—Debe irse solo, pues si lo descubren en el camino, para nada le serviría la compañía.

—Roque irá con él, porque en esta casa no puede quedar.

—La justicia procederá contra todos los criados.

—Y si ninguno falta, ni tampoco ninguno se confiesa criminal, los castigarán á todos.

—Es indudable.

—Desapareciendo Roque al mismo tiempo que su señor, quedará probado que él es el único delincuente, y así los demás no tendrán que sufrir el castigo por una culpa que no han cometido.

—En todo pensáis.

—Me dolería mucho que á esos infelices le sucediese una desgracia.

—De todas maneras, me parece que Roque no consentiría separarse de su señor, pues sobre amarlo verdaderamente, ahora quedarán unidos con un lazo que no puede romperse.

—De todo esto hablaremos con Roque.

—Falta únicamente determinar dónde don Pedro ha de pasar la noche, puesto que no puede salir de la villa hasta que al amanecer se abran las puertas.

Los dos amigos cavilaron.

—¡Ah!—exclamó Leandro después de algunos minutos.

—Explicáos.

—Como recuerdo de mis desdichas, conservo la pobre habitación donde he sufrido tantas amarguras, y allí...

—Buena idea.

—Desde aquí á la Morería y á mi antigua morada, y desde allí á la calle de Segovia.

—Y entre la espesura de la pradera del Manzanares encontrarán los fugitivos dos caballos y cuanto puedan necesitar para su viaje, que no ha de ser largo.

—Eso es.

—Si Dios quiere protegernos.

—Nos protegerá, no lo dudéis.

Este plan le pareció muy bien á Roque.

Los dos amigos se pusieron á trabajar.

En medio del silencio absoluto que reinaba percibíase el leve y sordo ruido del roce de las barrenas.

Hubieran creído que la polilla devoraba las maderas de la techumbre.

Don Pedro de Carvajal, con el oído atento, percibía aquel leve rumor, y se sentía profundamente agitado.

No pudo conciliar el sueño hasta que sus amigos dejaron de trabajar.

Luego durmió hasta después de las ocho de la mañana, hora en que tuvo que dejar el lecho, porque le anunciaron la llegada del alcalde don Diego de Pantoja.

Tan pálido y ojeroso estaba el caballero, que el alcalde le preguntó:

—¿Se ha quebrantado vuestra salud?

—No—dijo el señor de Carvajal.

—Vuestro semblante...

—Lo que debe expresar es el aburrimiento, y además el disgusto que me produce verme tratado con tanta injusticia.

—Siento deciros que me veré obligado á mostrar aún más rigor.

—¿Han declarado la viuda y la hija de Vargas?

—Y también el señor Felipe de Maldonado.

—Y sus declaraciones...

—Os favorecen; pero hay tantos indicios, que vuestra inocencia...

—Don Diego—interrumpió el señor de Carvajal—vos debéis presentarme las pruebas de mis crímenes en vez de exigir que yo pruebe mi inocencia.

El alcalde se movió como si no se encontrase bien, y después de dudar, dijo:

—Preciso es que lo sepáis, don Pedro.

—¿Qué?

—El rey manda...

Se interrumpió Pantoja y palideció.

—Acabad—dijo el caballero.

—Pues bien, manda el rey que se os dé tormento si os negáis á decir la verdad en lo de la conspiración.

—¡Por Dios vivo!...

—Y como el rey lo manda...

—¡Otra injusticia!

—Ya conocéis á su majestad.

—¿Y cuándo pensáis cometer ese abuso?—preguntó don Pedro, empezando á perder la tranquilidad.

—Hoy mismo.

—¡Hoy!...

—Si queréis declarar, dando á conocer á vuestros cómplices, y explicando la trama, os evitáis un sufrimiento horrible.

El señor de Carvajal guardó silencio por algunos minutos, y luego dijo:

—Lo que se me exige es tan grave, que requiere meditación.

—Idudablemente.

—Ya que otras consideraciones no se me guarden, dejadme siquiera tiempo para pensar, porque no quisiera arrepentirme de mis resoluciones.

—Su majestad ha previsto el caso de que pidiéseis algunas horas para reflexionar.

—Y me niega un plazo.

—Os lo concede hasta mañana á estas horas, plazo fatal, tenedlo entendido.

—Está bien.

—Ahora...

—Mañana hablaremos, señor Pantoja.

—Pues que Dios os ilumine y que á mí me dé fuerzas para cumplir mi penoso deber.

Así pusieron término á la conversación.

Salió el alcalde, y en seguida sirvieron el almuerzo al señor de Carvajal.

Su salvación se hacía cada momento más difícil.

CAPITULO XLVI

DONDE VEREMOS SI CONSIGUIO DON PEDRO SALVARSE

No hay que decir que Leandro escuchó cuanto habló el alcalde con don Pedro, comprendiendo así la urgente necesidad de sacar de su encierro al acusado aquel mismo día.

Vió el mancebo que el señor de Carvajal, cuando solo quedó, miraba frecuentemente al techo como si demandase el auxilio de sus amigos.

—Le tranquilizaré en cuanto para él es posible la tranquilidad—dijo el amante de María.

Y cuando Roque le llevó el almuerzo, pidióle papel, tinta y pluma, y escribió lo siguiente:

“He escuchado. Nada temáis y preparaos, porque cuando llegue la noche recibiréis la libertad; seguid aparentando que sufrís, que estáis muy preocupado, y que dudáis en cuanto á la determinación que habéis de tomar, pues ante todo es preciso evitar que sospechen. Probablemente á las once saldréis del encierro y de esta casa.”

No era menester que más dijese el mancebo.

Enrolló el papel, lo ató y lo bajó.

Su lectura fué para el señor de Carvajal un gran consuelo.

Con una mirada y un ademán dió las gracias á Leandro.

Roque fué á buscar al señor Antonio para darle cuenta del nuevo giro que la situación tomaba.

Durante todo aquel día vieron los alguaciles que el señor de Carvajal estaba muy pensativo, y que apenas contestó á las preguntas que le dirigieron, así como que apenas tomó alimento.

De esas observaciones, según se les había mandado, dieron parte á don Diego de Pantoja, y éste volvió aquella tarde á palacio.

El rey escuchó las noticias, hizo un gesto de disgusto, y dijo:

—Todo eso me parece inverosímil.

—Y sin embargo—respondió el alcalde—, es verdad.

—Conozco á don Pedro.

—Vuestra majestad conoce á todo el mundo.

—Y no solamente me parece imposible que declare, sino que siquiera dude. Don Pedro es un malvado; pero tiene valor, no lo dudéis; mucho valor, y además es soberbio, con una soberbia satánica.

—Esa es mi opinión.

—También le sobra entendimiento, y no se le oculta que aunque declare ha de morir, y, por consiguiente, convencido de que el mismo ha de ser el resultado, no ha de dar ocasión á que se le llame ruin y mal caballero, á que de él se diga lo que puede decirse de don Juan de Guevara.

—La amenaza del tormento...

—El tormento no espanta á hombres como don Pedro de Carvajal.

—No lo entiendo, señor; pero sí puedo decir que ha pedido un plazo, lo cual prueba que duda y que está meditando y sombrío, y que apenas come, lo cual prueba también que teme.

Felipe II reflexionó algunos momentos, y luego dijo:

—¿Y no es posible que se proponga ganar tiempo?

—Señor, cosa natural es que ciliatemos lo posible el momento en que hemos de sufrir, y bajo este punto de vista no dudo que tiempo quiera ganar el acusado; pero ya sabe que el plazo es fatal, y...

—No es eso—interrumpió el monarca.

—Pues no adivino que otra cosa se propone.

—Don Pedro tiene esperanza de salir de su prisión, y el tiempo os convencerá de que no me equivoco.

—Señor, durante mi larga carrera no he visto un solo preso que no tenga esperanzas de recobrar la libertad hasta en los momentos en que el verdugo lo lleva al cadalso.

—También habréis visto á algunos que la recobran burlando la vigilancia de sus guardianes.

—En cuanto á eso nada puedo decir. He adoptado todas las precauciones imaginables, y vuestra majestad las conoce detalladamente. Si algo olvido, que se me diga, porque no quiero responsabilidad en este gravísimo asunto.

—No se me ocurre que pueda hacerse más de lo que se ha hecho; pero tened entendido que

no hay nadie tan ingenioso como el que está preso.

—Ciertamente.

—Y hay más, don Diego.

—Sí; vuestra majestad piensa tal vez...

—Que Quirós hará hasta lo que parece imposible, y no debéis olvidar que es un hombre que vale mucho, muchísimo, pues así lo ha probado.

—He dispuesto que lo espíen.

—Muy bien, don Diego.

—Y ahora apenas sale de su casa, y cuando lo hace es para ir á la Cuesta de Santo Domingo.

—A pesar de todo eso, no estoy tranquilo.

—Yo no he concedido á don Pedro más que el plazo que fijó vuestra majestad.

—Quizás hemos debido ponerlo en el tormento sin esperar á mañana.

—Pero cuando un hombre pidé que se le permitiera reflexionar...

—A pesar de todas esas consideraciones...

—Señor, si lo dispone vuestra majestad, antes de dos horas estará en el tormento el acusado.

—No quiero que digan que soy severo hasta la crueldad. Puesto que algunas horas faltan no más, dejadlo.

—Y si otra cosa he de hacer...

—Hay en la casa doce ó catorce alguaciles, y, además, los soldados... Nada más puede hacerse.

—Así estoy tranquilo.

—Recomendad nuevamente la vigilancia á todas horas.

—Está recomendada.

—Pues retiraos, y hasta mañana, don Diego.

—Que Dios guarde á vuestra majestad.

Salió el alcalde mientras decía:

—Me parece que mi responsabilidad está á cubierto.

A la morada de don Pedro fué.

—¿Hay novedad?—le preguntó á los corchetes.

—Ninguna—le respondieron.

—¿Nada habéis observado que sea digno de atención?

—Absolutamente nada, señor alcalde. El preso continúa como todo el día; sus criados no se acercan por aquí, y... nosotros vigilamos y nos aburrirnos.

—Pues mucho cuidado, porque hay temores de que el delincuente se vaya.

—¡Bah!...

—El que está preso hace milagros.

—Por las rejas no puede salir, y por aquí tampoco; de manera que no le queda más recurso que meterse por la pared como un fantasma.

—Os lo advierto porque es reo de mucha consideración, y la responsabilidad sería muy grande.

—Descuide vuestra señoría, que aunque á todas horas vigilamos, esta noche lo haremos más cuidadosamente.

—Os conviene así, porque si don Pedro de Carvajal se fugase, me parece que todos vosotros iríais á la horca.

—No sucederá.

Como don Diego había hecho cuanto era posible hacer y con conocimiento y aprobación del rey, á su casa se fué tranquilo, y con tranquilidad durmió después de haber cenado.

Don Pedro de Carvajal, á la hora de costumbre, apagó la luz y se acostó, aunque sin desnudarse.

Poco después entreabrieron la puerta los alguaciles y no pudieron observar nada que les llamase la atención.

A poco rato fueron recostándose en los bancos y en las sillas.

El que quedó para vigilar empezó á sentir el sueño, y por si acaso se dormía, echó la llave en la puerta de las habitaciones ocupadas por don Pedro, y, además, en la otra que comunicaba con un pasillo y el resto de la casa.

Así era imposible una sorpresa aunque todos estuviesen dormidos, pues nadie podía entrar sin romper las cerraduras y hacer algún ruido.

El sueño es contagioso, y el corchete acabó por sentarse y por dormirse como sus compañeros.

Eran las diez y media.

Media hora pasó.

Roque atravesó silenciosamente varios aposentos, bajó, y, sin producir el más leve ruido, abrió la puertecilla que conocemos ya.

El señor Antonio entró.

No pronunciaron una palabra.

Cenaron y se dirigieron al piso superior.

Llegaron al desván.

Allí estaba Leandro, ocupado en adelantar y perfeccionar su obra.

—¿Falta mucho?—le preguntó el hidalgo.

—Poco; lo que no puede hacerse sino en el momento crítico.

—Veamos.

—Supongo que no habréis olvidado lo demás.

—Traigo lo que se necesita.

Roque miraba y callaba.

Escucharon con la atención que el caso requería.

No percibieron ni el rumor más leve.

—¿Qué esperamos?—dijo el mancebo.

—En nombre de Dios.

—Triunfaremos, no lo dudéis.

No hablaron entonces más.

Pusieron manos á la obra.

Les convenía entonces acabar cuanto antes.

Don Pedro oyó el ruido que sus amigos hacían al carcomer las tablas del techo.

Roque ayudaba en cuanto podía.

Los tres estaban pálidos y sombríos.

Una circunstancia cualquiera podía en un instante hacer inútil su ingenioso plan, en cuyo caso no solamente moriría don Pedro, sino ellos también.

Empero los tres eran valerosos.

Giraban las barrenas, produciendo sordo ruido.

Por fin, al cabo de media hora pudieron acabar de romper una de las tablas, quedando una abertura que próximamente tendría un pie cuadrado.

Este hueco era poco para que pasase un hombre.

Faltaba acabar de romper la tabla inmediata.

—¡Vive Dios!—exclamó Leandro con tono de impaciencia.

—Calma—le dijo el señor Antonio.

Trabajaron entonces con más ardor que nunca.

Otra media hora pasó.

—¡Ahl!—exclamó el mancebo.

Y sus negros ojos brillaron como carbuclos.

Entretanto don Pedro había salido de la cama, colocándose bajo el sitio donde sus amigos trabajaban.

Temblaba.

Su agitación era creciente.

Levantaba la cabeza con ansiedad.

Cuando distinguió la luz que en el camaranchón había, tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener una exclamación de júbilo.

Siguió inmóvil.

Siglos le parecían los minutos que pasaban.

Cuando estuvo terminada la obra, lo cual co-

noció por la extensión del hueco que había en la techumbre, acercóse don Pedro á la puerta, se inclinó, acercó el rostro á la cerradura y escuchó.

Todos los corchetes debían dormir.

Otra vez volvió el señor de Carvajal á colocarse bajo la abertura.

Poco tiempo después percibió un leve roce.

Luego agitó los brazos y sus manos encontraron una cuerda con nudos.

No pudo entonces contenerse, y exclamó:

—¡En salvo estoy!

Y á la cuerda se agarró empezando á subir con pasmosa agilidad.

Llegó al techo.

Allí pudieron ayudarle sus amigos.

Apenas cabía por la abertura; pero se esforzó, y sin que él mismo supiese cómo, pasó y se encontró en el desván.

Su agitación era la más violenta.

—¡Amigos míos!—exclamó.

Y abrazó al señor Antonio, á Leandro y á Roque, cuyos ojos estaban húmedos por el llanto.

Quería hablar para expresar su gratitud y su alegría; pero el hidalgo lo interrumpió, diciéndole:

—¿Olvidáis el valor que ahora tiene cada minuto?

—¡Ahl...

—Vamos, vamos, que tiempo nos queda para hablar.

—Estoy aturdido y...

—Venid, que cuando respiréis el aire libre se despejará vuestra cabeza... Mucho cuidado, porque el más leve ruido...

—Vamos, sí, vamos.

Don Pedro miraba á todos lados con extrañeza.

Aún dudaba de que fuese cierta su dicha.

Se pasó las manos por la frente.

—¿No estoy soñando?—murmuró.

—Callad.

Roque había prevenido capa, sombrero, espada y daga para su señor, y así se encontró éste en disposición de salir sin que llamase la atención de ningún transeunte.

Sienciosamente, con el oído atento y escudriñadora la mirada, atravesaron uno y otro aposento, galerías y pasillos y bajaron escaleras.

Llegaron por fin á la puertecilla.

Roque abrió.

Salieron de la casa.

El señor de Carvajal levantó la cabeza y contempló el cielo cuajado de estrellas, y la luna que á la tierra enviaba sus nacarados resplandores.

—¡Dios mío!—exclamó.—¡Bendita sea la libertad!

Y añadió, dirigiéndose al señor Antonio y á Leandro:

—Por su libertad luchan los hijos de Flandes, por su libertad sufren las persecuciones y el martirio...

—Y triunfarán al fin—dijo el señor Antonio—; pero antes ha de correr mucha sangre, mucha, porque mucha se necesita para que se ahoguen los tiranos.

—¡Bendita sea la libertad!—volvió á decir don Pedro.

—Ahora podéis contemplar tranquilamente los muros que os han servido de cárcel.

—Sí, ahora puedo meditar sobre la justicia de Felipe II.

—Mi noble señor—dijo Roque que estaba profundamente conmovido—, no me tranquilizaré mientras estemos aquí.

—Desde hoy eres mi mejor amigo.

—Y de vos no me separaré aunque os encerréis en un convento.

—Ese sacrificio debo hacerlo yo solo.

—Señor, yo no he de profesar, porque vocación no tengo, pero en el convento estaré como un donado cualquiera, y os serviré y nada habré perdido.

—Roque...

—Que tengo miedo aquí, mi noble señor.

—Pues vamos.

—Cerrad la linterna—le dijo el señor Antonio al sirviente.

Desnudaron los aceros.

Salieron á la plazuela de Puerta de Moros.

Tomaron hacia San Andrés y luego á la izquierda, internándose en el laberinto de calles de la Morería.

La fortuna quiso que á nadie encontrasen.

Don Pedro hablaba sin cesar.

Tenía necesidad de desahogarse, expresando lo que sentía.

Llegaron á la miserable casa que ya conocemos.

—Ahora—dijo Leandro—, es cuando podéis consideraros seguro.

Abrió y entraron.

Con el auxilio de la luz de la linterna atrave-

saron el portal y subieron por una empinada y medio desnuda escaleta.

Entraron en un corredor donde muchas puertas había.

Una abrió el mancebo, y pronto pudieron contemplar la horriblemente miserable habitación del infeliz.

Allí no había más que una muy pobre cama, si este nombre merece un jergón y una manta en el suelo; un banquillo y una mesa, que se sostenía porque estaba arrimada á la pared.

Por mucho tiempo aquella habitación lóbrega y de ennegrecidas paredes había sido la del hijo de doña Juana, de la dama ilustre que habitaba lo que era casi un palacio.

¡Cuánto había sufrido allí el mancebo!

¡Cuántas amarguras había tenido que devorar durante las penosas noches de su época de desdichas!

¡Cuántas veces había suplicado allí al Omnipotente y había invocado á su madre!

Aquel miserable aposento era un santuario para el amante de María, y no hubiera consentido que nadie lo profanase.

Conmovido se sintió.

Se humedecieron sus ojos.

Don Pedro, sin darse cuenta de lo que hacía, se descubrió la cabeza, la inclinó y quedó inmóvil y silencioso.

Esta demostración de respeto tenía inmenso valor para Leandro, que estrechó la diestra del caballero, y exclamó:

—Si mi vida necesitáis, pedídmela.

—Por todas partes almas nobles, y la mía... está regenerada por el arrepentimiento.

—Vos tenéis estos recuerdos de dolor y de ternura, recuerdos de vuestra virtud, y los míos son negros y espantosos; los míos...

—Basta, don Pedro, que deliráis.

—¡Qué negro es el horizonte de mi porvenir!... No merece la pena de que hayáis arriesgado la vida para salvar la mía.

—Para hacer estas reflexiones no hemos venido—dijo el señor Antonio.—Es muy tarde, tenéis que madrugar y emprender un viaje, y por consiguiente habéis de dormir.

—Me sería imposible conciliar el sueño.

—Os acostaréis en esa pobre cama, que fué la de nuestro amigo Leandro; Roque se acostará en ese banquillo, donde Leandro pasó algunas noches sin poder dormir, sin haber cenado y pensando qué haría para comer al día siguiente,

y nosotros nos iremos á nuestras casas, y yo daré las órdenes oportunas.

—¿No volveréis?

—No, porque es posible que se ocupen demasiado de mí, y me expíen. Apenas brille la aurora saldréis, hajaréis por la calle de Segovia, atravesaréis el puente y luego encontraréis los caballos en el lugar cuyas señas conoce ya Roque. Partiréis sin perder un instante y... Nada más por ahora.

—Ya sabéis que lo tengo todo preparado secretamente para mi entrada en el monasterio de San Martín.

—Os empeñáis en que habéis de estar en Madrid...

—Antes no tentó semejante empeño; pero ahora sí, y tal vez...

Don Pedro se interrumpió.

Cambió la expresión de su semblante.

—Comprendo—dijo el señor Antonio—: la injusticia que acaba de cometerse con vos os impulsa á conspirar otra vez.

—Profesaré, seré fraile, no lo dudéis.

—No lo dudo, pero bien puede un fraile ser conspirador.

—Sincera y firme era mi resolución de no ocuparme de las cosas del mundo; pero ahora...

—Haréis lo que mejor os parezca. Yo he cumplido mi deber.

—Y yo cumpliré el mío, haciendo cuanto me sea posible, si no en favor de los flamencos, en bien del príncipe don Carlos, cuya suerte no puedo mirar con indiferencia.

—Y al favorecer al príncipe...

—He de favorecer á la reina, á esa mujer sublime y santa.

—Que será una de las víctimas de Felipe II—murmuró el señor Antonio.

—¡Oh!...

—Por de pronto os ocuparéis en poner á salvo vuestra persona.

—Y volveré pronto á Madrid, muy pronto.

—Si habéis de volver, es igual.

—Y desde mi convento os enviaré un aviso.

—Dios os proteja.

—Si antes me sucediese una desgracia, ya conocéis mi voluntad y mis planes en cuanto á mis bienes.

—Sí.

—Nada, pues, tengo que deciros sobre este punto.

—A Roque le he dado dinero; pero por si acaso, tomad.

El señor Antonio sacó una bolsa bastante grande, que llena de monedas de oro estaba, y se la entregó á don Pedro.

Muy poco más hablaron.

—Despidiéronse con el disgusto de leales amigos que temen no volver á verse.

El señor Antonio y Leandro salieron.

Separáronse junto á San Andrés.

El noble hidalgo se fué á su casa.

Las horas pasaron tranquilamente.

No bien empezaba á brillar el matutino crepúsculo, cuando de la pobre casa salieron el señor de Carvajal y su fiel criado.

Recatáronse el semblante.

Aún no transitaba por la calle alma viviente.

Pronto llegaron á la de Segovia.

Bajaron.

Empezaron entonces á encontrar algunas de las personas á quienes su oficio obligaba á madrugar: pero nadie se ocupaba de los fugitivos.

—Muchas gracias tenemos que dar á Dios—decía Roque.

—Dios me protege y me conserva la vida para que me sea posible favorecer la justicia, compensando así mis criminales abusos.

—Me parece que vuestros proyectos...

—No desistiré, porque me lo manda la conciencia.

—Conmigo podéis contar para todo, que si entendimiento me falta, me sobra corazón.

—Bien lo has probado. Roque.

Llegaron al puente.

Lo atravesaron.

Internáronse entre la espesura de la pradera.

—Por aquí—dijo Roque.

Diez minutos después llegaban á un sitio donde había dos hombres, teniendo cada uno de ellos de las riendas de un caballo.

—Dios os guarde—les dijo el señor de Carvajal descubriéndose el rostro.

Bien venido seáis, caballero.

¿Podemos marchar con descuido?

—Sin ningún temor, porque nadie nos ha visto.

—¿Tenéis algo que decirme?

—Nada más sino que nuestro señor desea que Dios os proteja en vuestro viaje.

Cabalgaron los fugitivos.

Roque, que conocía muy bien el terreno, indicó hacia dónde debían dirigirse.

Despidiéronse de los criados del señor Antonio, y partieron.

El sol empezaba á brillar en un horizonte purísimo.

—¡Estoy libre!—exclamó don Pedro.

—¡Bendito sea Dios!—murmuró Roque.

Desde ahora podemos decir que harían felizmente el viaje, y que felizmente volverían á la corte para entrar en el antiguo monasterio de San Martín.

Bien puede decirse que desde aquel día principiaba una nueva historia de muchísimo interés, historia de luchas terribles, de sangre y de lágrimas.

Don Pedro de Carvajal se había equivocado al creer que podía pasar su existencia en un con-

vento sin hacer más que rezar y cumplir sus deberes de sacerdote; para que otra vez se mostrase su espíritu inquieto, no era menester más que una ocasión cualquiera, un pretexto con que pudiera justificar su conducta.

Desde el fondo de su celda debía don Pedro de Carvajal luchar como nunca había luchado con Felipe II, y entonces había de ser un enemigo demasiado temible.

¿Y qué haría el señor Antonio de Quirós?

Probablemente le ayudaría.

Dejaremos á los dos fugitivos, y á Madrid volveremos para ver lo que sucedió en la morada de don Pedro de Carvajal, y lo que determinó Felipe II al tener noticia de la desaparición del acusado.

FIN DEL TOMO QUINTO

V. Blasco Ibáñez

Argentina y sus grandezas

(Segunda edición)

La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo, las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadernada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio de **25 pesetas**.

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.

La libertad de la Cátedra.

Asalto de la Universidad de Madrid por la policía en 1884.

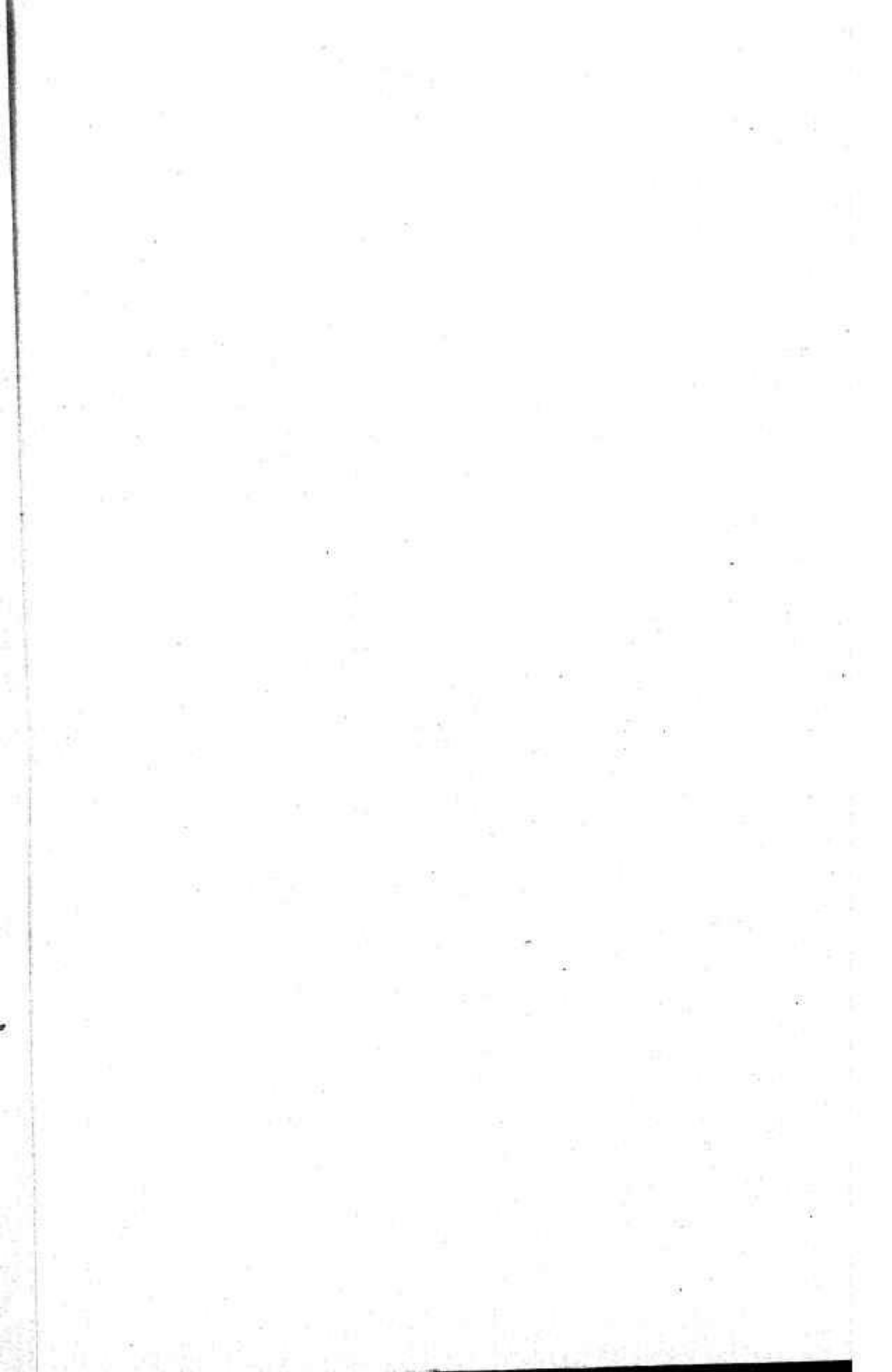
Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos, velada. La que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid Apartado de correos 376.



PROLOGO DE EL ARTE DE LEER

Por EMILIO FAGUET, de la Academia Francesa, una de las obras más hermosas que se han publicado recientemente y que acaba de ponerse á la venta en todas las librerías.

"Se lee demasiado poco—decía Voltaire—; y, aun entre los que lo hacen para instruirse, la mayoría lee muy mal."

También un epigramista desconocido—al menos yo le desconozco—decía á principios del siglo XIX:

He aquí la suerte de los hombres:

Muchos los llamados y pocos los elegidos.

He aquí la suerte de los libros:

Muchos los de letrados y pocos los leídos (1).

De aquí se deduce que el saber leer constituye un verdadero arte. Pensando en ello escribió Sainte-Beuve que "la crítica no es más que un hombre que sabe leer y enseña á leer á los demás".

Pero ¿en que consiste este arte?

He aquí una pregunta difícil de contestar.

Puesto que todo arte ha de definirse según el objeto que aspira á conseguir, debemos, antes de nada, preguntarnos por qué y para qué leemos.

¿Es para instruirnos? ¿Es para juzgar las obras? ¿O es, por el contrario, para simple deleite ó regocijo?

En el primer caso debemos leer lentamente; con la pluma en la mano; anotando todo cuanto nos enseñe el libro, todo lo que haya en él de desconocido para nosotros. Después debemos releer muy despacio cuanto hayamos escrito.

Se trata, por lo tanto, de un trabajo serio y grave, donde no hay otro placer que el de sentirse cada vez más instruido.

En el segundo caso, cuando se leen las obras para juzgarlas ó, dicho en otros términos, cuando se lee en crítico, también hay que leer lentamente tomando notas á cada momento é incluso sobre fichas ó tarjetas de índice.

Fichas relativas á la invención, á las ideas nuevas; referentes á la disposición, al plan ó especial manera con que el autor desarrolla su tema, é intercala en éste los pensamientos y las imágenes; fichas acerca del estilo y dominio del idioma; y fichas, por último, que se refieran á la diferencia ideológica entre el autor y el lector, acerca de su criterio comparado con el nuestro y el de su generación frente al de la nuestra.

De todas estas notas surge el concepto en que

(1) *Beaucoup d'appelés, peu d'élus.*

Beaucoup d'apelés, peu de lus.

debemos tener al autor, y ya sólo nos resta reunir, generalizándolas, las ideas particulares que hemos ido observando y anotando para hacer, si no un buen artículo, por lo menos un artículo que se pueda leer.

Sin embargo, hay que reconocer que este sistema tiene el inconveniente de enseñar á leer como crítico y no sirve para gozar con la lectura. Pero no por eso debemos destruir la afirmación de Sainte-Beuve. El crítico que no lee gozando con la lectura, es incapaz de enseñar á los demás ese placer.

Podrá enseñar á leer como crítico y, por lo tanto, no enseñará sino un placer muy relativo, algo seco y árido.

Recuerdo que pocos meses antes de su muerte, me decía Sarcey: "Estoy ya cansado de leer los libros para hablar de ellos. Esto no es leer, no es abandonarse á la lectura. Es reaccionar, leer uno en sí mismo en vez de leer al autor."

Tenia razón.

¿Para qué sirve la crítica? Para hacernos leer desde un punto de vista determinado.

Los artículos críticos son como introducciones ó prólogos de la obra criticada. Y algunos hasta sirven de algo.

Según que el lector haya leído ó no al autor, el crítico ejerce sobre él una influencia distinta; instándole á leer en la misma disposición ó á releer en otra nueva y desconocida.

En el primer caso dice: "¿Le enseña usted sobre esto?"; y en el segundo: "¿Ha pensado usted sobre esto?"

Del mismo modo que Bonald veía siempre las cosas y los seres bajo un triple aspecto y para el cual toda triada tenía siempre un agente intermediario, toda lectura se compone de tres personajes: el lector, el autor y el crítico.

El crítico es el intermediario; es un hombre que no sabe leer más que como crítico y sólo sabe enseñar, por lo tanto, lectura crítica.

Nada más lejos de mi ánimo que censurar esa clase de enseñanza; pero no obstante, al escribir esta obra me propuse todo lo contrario.

Es decir: enseñar el placer de la lectura. Que el lector aprenda el arte de leer como se aprende otro arte cualquiera, el de tocar un instrumento musical, por ejemplo, para obtener con ello la mayor cantidad de espiritual goce.

Pedidos á la EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA, Mesonero Romanos, 42, MADRID

Precio del ejemplar, 2 pesetas.